

MOSAICO

DE

LEYENDAS, TRADICIONES Y RECUERDOS HISTÓRICOS DE LA CIUDAD DE NIEBLA (HUELVA)

POR

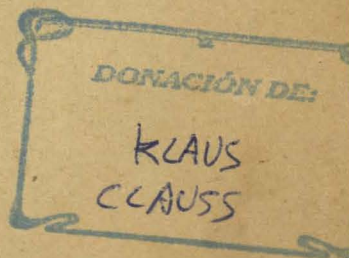
DON CRISTÓBAL JURADO CARRILLO, PBRO.,

PÁRROCO DE DICHA CIUDAD, PROCURADOR DE LOS TRIBUNALES CIVILES, INDIVIDUO DE LAS ACADEMIAS CIENTÍFICAS, HISTÓRICAS, LITERARIAS Y ARTÍSTICAS DE SEVILLA, MÁLAGA, ZARAGOZA, BURDEOS, TOLEDO, CÓRDOBA Y CÁDIZ, SOCIO DE MÉRITO DE LA ACADEMIA MARIANA DE LA CIUDAD DE LÉRIDA, CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA ESPAÑOLA, SOCIO DE HONOR DE LA COLOMBINA ONUBENSE, VOCAL ACADÉMICO DE LA COMISIÓN DE MONUMENTOS HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS DE LA PROVINCIA DE HUELVA Y ESCRITOR LAUREADO EN VARIOS CERTÁMENES PÚBLICOS ESPAÑOLES, LITERARIOS, HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS Y CONGRESOS EUCARÍSTICOS DE MADRID Y LONDRES, DE LA MÚSICA SAGRADA Y DE LA BUENA PRENSA EN SEVILLA, COLABORADOR DE VARIOS PERIÓDICOS Y REVISTAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

PRIMERA PARTE



LÉRIDA
IMPRENTA MARIANA
1934



Claus.
12788

LA BANDA DEL MARISCAL

Azarosos fueron aquellos días en que la Madre Patria se vió atacada en las más grande y noble de sus libertades, la santa independencia. La intranquilidad de los hogares españoles se reflejaba en los corazones y en el semblante de todos; cada noticia del avance arbitrario de los invasores napoleónicos producía una consternación general y una pena difíciles de describir.

El dinero, aunque no mucho, porque no lo había, se ponía todo a disposición de la santa causa. Los héroes legendarios se multiplicaban como si fueran cosecha propia del país, confirmando el testimonio universal de que esta bendita tierra era la madre de ellos. Los jóvenes hispanos criados entre los arrullos y caricias de la piadosa mujer española eran brindados para el solemne holocausto de la patria, evocándose el sublime y conmovedor pasaje del sacrificio de Isaac.

El ejemplo inmortal de Numancia y de Sagunto se repitió en todos los pueblos españoles, desde las faldas meridionales de los nevados pirineos hasta el agitado estrecho de Gibraltar y desde las revueltas playas del Cantábrico hasta las orillas del Mediterráneo y del Océano Atlántico. El fiero y denodado catalán, el valiente aragonés, el humilde y religioso navarro, el fuerte leonés, el alegre andaluz, el laborioso asturiano, el paciente gallego, el noble castellano, el rico extremeño, y el traficante valenciano hicieron de sus pechos acerados escudos para la defensa del suelo patrio. Y así como el fuego se penetra con el candente hierro de manera que no se puede distinguir cual era el hierro y cual sea el fuego; del mismo modo el amor a España enardeció los corazones todos de la antigua Iberia.

Sin que se pueda apreciar ahora si fué mayor la gloria que cupo a la Epopeya de la Reconquista que duró varios siglos o los laureles alcanzados en la guerra de la Independencia, que se puede reducir a un escaso número de meses.

Matanzas inauditas, templos saqueados y santos hogares allanados; innumerables objetos de exquisito arte perdidos; y sobre todo ello el casto amor de la Patria mancillado por los sicarios del egoísmo galo, como siempre digno de maldición ante el severo y nunca sobornado tribunal de la vera historia. Pero al fin se dió el caso providencial en los anales humanos de que el soberbio sol de Napoleón se eclipsara en Europa por la interposición de la luna de la bandera Española.

El día se mostraba desapacible, nuboso y triste, como queriendo compartir las desventuras de la Patria. La aurora, al parecer, no había mostrado sus esplendores de siempre, ni la estrella de la mañana le había precedido, permaneciendo oculta a través de los celajes. Las aves se ocultaban silenciosas en sus estrechas moradas, y los árboles desprovistos de su verde follaje temblaban extrañamente al empuje del soberbio huracán. Las campanas de la vieja iglesia de santa María se dejaban oír clamorosamente.

El alcalde y el párroco de la ciudad, seguidos del pueblo, en procesión de penitencia y rogativas llevando al frente las banderas históricas de Alfonso el Sabio y de las milicias elempenses, se dirigieron acompasadamente a la capilla del Santo Cristo de la Columna, que desde los siglos mudéjares recibía los homenajes de los fieles.

Una vez en el Santuario el Regidor y el Párroco se adelantaron y postrados de rodillas ante la veneranda efigie, depuestas las banderas, le hicieron la siguiente súplica:

¡Señor, Dios de los Ejércitos, Rey de reyes y Señor de los que dominan. Depositamos ante Vos estas sagradas enseñas que nos recuerdan las glorias inmarcesibles de España durante la Reconquista. Vos que entonces levantásteis héroes como Pelayo, Alfonso el Batallador, Ramiro II, Fernán González, Jaime el Conquistador, el Cid, San Fernando y los Reyes Católicos, que en Covadonga, Abelda Górmaz, Calatañazor, Simancas, las Navas y Granada llevaron la Cruz victoriosa sobre nuestro suelo, suscitad ahora nuevos y gloriosos varones, que nunca faltaron en la tierra de ellos, para que preserven incólume nuestra santa fe católica y libren a nuestra Patria y a ésta nuestra querida Ciudad del yugo extranjero.

Un silencio profundo siguió a esta súplica de amparo y protección, sólo interrumpido por algunos sollozos y suspiros de los fieles.

Muchos creyeron ver que la imagen de Cristo movió los ojos, dejando caer dos gruesas lágrimas, que resbalaron sobre su faz adorable, cual signos de sufrimiento y dolor y como si fuese una señal de aceptación de aquellos homenajes sencillos.

Cerróse el día y apareció la noche con su imponente cortejo de majestad; el agua comenzó a caer a torrentes y el rayo hizo ver sus terribles relámpagos y la tormenta se hizo sentir con temibles truenos. El pueblo consternado, triste y pensativo se recluyó presuroso en sus hogares. Y el sonido acompasado de la Campana de la Gueda en la torre del Homenaje aumentó el terror de aquella noche trágica.

El sol seguía su marcha triunfal entre los colosos del firmamento, dirigiéndose con sus vestidos de púrpura y oro hacia los palacios de Occidente. Ante la señal de alarma el pueblo huía presuroso a los campos y acudía a las murallas y a las torres que ceñían a la vieja ciudad. En lontananza por el camino de Hispalis una larga faja de nubes de polvo, que dejaban ver puntos luminosos del brillo de las armaduras, acusaba la llegada del ejército francés a las órdenes del Mariscal Soult.

Las calles desiertas de la Ciudad dejaron paso franco al invasor, oyéndose el toque de las cornetas, los relinchos de los caballos, con el ruido de sus cascos, el galopar sobre el suelo empedrado y el crugir de los carros de guerra con la pesada artillería.

El Mariscal Soult al frente de su brillante escolta se dirigió a la Iglesia de San Martín para posesionarse de ella, y, acostumbrado a saquear los templos del Señor y abusando de su poderío, cual otro Saullo perseguidor, quiso entrar montado en su soberbio caballo blanco, para alojarse en la capilla del Cristo de la Columna y hacer mofa del poder de Dios. Mas al presentarse ante la veneranda imagen le detiene un poder misterioso y sobrenatural, según la tradición popular; el caballo, al resbalar sobre el pavimento, espantado, se destroza en el suelo del

santuario, arrojando sobre el altar al general, que pierde el conocimiento por breves instantes quedando su rostro lívido y sudoroso.

Se suceden momentos de estupor. Los soldados de la escolta acuden presurosos a socorrer al Mariscal Soult y a costa de reactivos le hacen volver en sí.

Repuesto el general francés del terrible accidente, temeroso y convulso, se postró ante el altar del Cristo con suma devoción ofreciendo a la imagen de Jesús la banda o fajín de Mariscal que él ciñó al cuerpo de Cristo con sus propias manos, por haberle salvado la vida puesta en peligro.

Las tropas desalojaron a poco el templo de San Martín, trasladándose a los corredores del Alcázar.

Y el Santísimo Cristo de la Columna ostenta, todavía en señal de triunfo, la faja del general de Napoleón de seda grana, con franjas y ribetes de color de plata.

LEYENDA DE ILIPLA

LA TORRE DEL ORO

*Al Muy Ilre. Sr. Don
Joaquín de Lora López.*

La ciudad de Ilipla construida sobre un promontorio a orillas del mar presentaba un aspecto deslumbrador e imponente. Sus muros recubiertos de planchas de cobre rojizo, como la poderosa capital de los Atlantes, presentaba a lo lejos el aspecto de un gran incendio. En su interior sobresalía la ciudadela, que tenía en su centro el templo del sol, cuyas paredes se hallaban chapadas de láminas de oro, adornadas con estatuas del mismo metal y en cuyos atrios soberbias pateras o fuentes, sostenidas por toros de bronce, ofrecían aguas limpias y cristalinas, donde los pajarillos de las próximas florestas mojaban rápidamente sus alas a la presencia de la rosada aurora, como señal de regocijo por el nuevo día. Por sus jardines poblados de curiosas plantas y flores volaban multitud de aves de los más vistosos plumajes, encontrándose también hermosas fieras de raras pieles, ya domesticadas por los esclavos.

Tan hermosa ciudad de los Tartesos se hallaba bañada y rodeada por el Urium o río del Oro, que arrastraba en abundancia pepitas del rico metal, procedentes de sus criaderos auríferos dando un color fantástico a su fondo, cuando sus aguas cristalinas eran iluminadas por los purpúreos rayos del sol. Y en donde se veían numerosas falanjes de peces plateados, cual ejércitos de brillantes en doradas alhajas.

En sus márgenes como en bruñidos espejos se retrataban las frondosas selvas que le tenían como aprisionado, donde magníficos pavos reales, en bandadas, graciosas monas y fornidos elefantes les daban una animación y vida indiscriptibles.

El sol, al declinar el día y marcharse por Occidente, quebraba, al parecer, sus luces más bellas para no interrumpir las mágicas hermosuras de aquel portentoso paraíso de las Hespérides.

En uno de los ángulos de la ciudad y a la entrada del Puerto, con vistas al poderoso mar, donde anclaban las naves multicolores de los más remotos países, en busca del oro del Tharsis, se hallaba la soberbia torre del Oro, en cuya cúspide una gran lámina del mismo metal, perfectamente bruñida, hacía las veces de faro, que recogía y despedía los rayos del sol y de la luna, por medio de ingeniosos mecanismos, trasmitiéndolos a largas distancias.

Sobre la tersa superficie de aquel magnífico espejo los centinelas de la soberbia torre veían dibujarse en formas peregrinas las embarcaciones todas mucho antes de arribar al puerto. También durante las noches serenas y estrelladas era iluminado por antorchas poderosas, para servir de aviso y guía a los intrépidos marinos.

Al lado del reluciente espejo una campana de oro anunciaba constantemente la entrada y salida de las naves.

Mas en uno de los cuerpos de la hermosa torre se hallaba también un aposento, adornado de mosaicos de oro y piedras preciosas, entrelazados con animales fantásticos, que servía de habitación a la bella princesa Elin, hija del rey Hispalo, señor de la ciudad de Ilipla, cuya mano había sido solicitada por numerosos reyes de la Fenicia Oriental, que le enviaban embajadas y ricos presentes,

En una mañana de espléndida primavera, en que las aguas azuladas del mar hacían juego con los encantos del bello panorama de las selvas, las vislumbres doradas de los muros de Ilipla y deliciosos aromas de las florestas, arribaba al puerto del Urium la flota del rey Salomón, a cuyo frente venía el arrogante joven Hirán arquitecto del grandioso templo de Jerusalem, la primera maravilla del mundo. Más de veinte embarcaciones multicolores componían aquella embajada comercial que traían a Hispalo multitud de ricos y curiosos presentes, entre ellos las plantas del árbol del Incienso trasportadas de los más remotos países de la Arabia y aves rarísimas de tornasolados plumajes.

Hirán obtuvo en cambio preciosas láminas de oro y plata, estaño y piedras preciosas que habían de servir en la construcción del gran templo de los hijos de Israel.

Mas el joven Hirán, que era la segunda vez que visitaba el

puerto de Ilipla, había quedado prendado de la belleza de la princesa Elin, a quien quería llevar consigo, para después mostrársela al sabio rey; pero, no sabiendo cómo se determinó a pedírsela por esposa al rey Hispalo, su padre, antes de marchar para el Oriente. Al efecto, y para salir airoso de la ardua empresa, se colocó en uno de sus dedos el maravilloso anillo de Jareb, que Salomón le había entregado, para que pudiera resolver todas las peripecias que se le presentasen en su largo viaje.

La entrevista de la audiencia de despedida fué afectuosísima, entregando Hispalo para Salomón un cofre precioso lleno de piedras finas de incalculable valor; pero se negó en absoluto a desprenderse de Elin y más a dárla por esposa a Hirán, ordenando en cambio a los centinelas que redoblasen la vigilancia en la torre del oro, cuyas soberbias puertas se cerraron con siete llaves.

Según la señal convenida por los pilotos, a la salida de la aurora, en que las brisas del mar son más suaves y las bulliciosas ondas aparecen como en estática majestad para contemplar al padre de los astros, debía zarpar la gran flota de Salomón para las apartadas regiones del Asia, conduciendo el oro de Tharsis para el santo de los Santos.

Mas el apuesto Hirán no conforme con la negativa de Hispalo, se decidió a hacer uso de las propiedades maravillosas del anillo de Jareb y ordenó a los genios, que mientras cazaba en las selvas el rey de Ilipla a los elefantes, entrasen en la torre del oro y le trajesen a Elin, amenazando a los recalcitrantes con encerrarlos en bolas de bronce y arrojarlos al mar.

Pero no bien hubo sido dada la orden, cuando fué cumplida; la soberbia torre del oro, al contacto con el prodigioso anillo, se derrumbó con gran estrépito, como castillo de naipes y la hermosa Elin se encontró improvisadamente en los bajeles de Sión, los cuales se alejaron precipitadamente del puerto de Ilipla.

Cuando el rey Hispalo regresó de la cacería de los elefantes y pavos reales se dirigió rápido a la Torre del Oro; pero cual no fué su sorpresa, al ver que esta ya no existía, ni se percibían las vislumbres de sus planchas de oro, ni se oía el bullicio de los Vigías del Puerto, ni se notaban las cadenciosas armonías de los bellos conciertos que las odaliscas ejecutaban constantemente

para endulzar los ocios de la princesa Elin. Todo lleno de dolor prorrumpió en amargo llanto, entristeciendo el ambiente con sus grandes lamentos.

Mas una idea feliz cruzó por su mente. Iría con su séquito al soberbio templo de Neptuno o del sol, haría al dios del infierno solemnes sacrificios de niños al sonido de bélicos instrumentos y llenarla las pateras con la sangre de bueyes blancos de la cual beberían en vasos de oro y pediría a Satán que interviniese en el robo de la princesa Elin trayéndola nuevamente a los palacios de Ilipla.

Efectivamente los sacrificios se hicieron con todo el esplendor posible, quemándose en un gran horno los niños de las familias nobles. Las pateras se llenaron de sangre y el rey y los sacerdotes bebieron de ella en sus copas de oro. Grandes músicas contribuyeron a realzar la ceremonia.

Cuando todo hubo concluido el dios del Infierno satisfecho del homenaje prometió a Hispalo, por medio de sus augures, que Elin no sería esposa de Hirán, ni sería poseída por el rey Salomón.

En seguida dispuso Hispalo que la flota de Ilipla compuesta de cuarenta bajales partiese al momento para Oriente.

La gran flota de Hirán después de un viage accidentado, se detuvo felizmente en las costas del Carmelo, para desde allí internarse la expedición en Palestina. Les esperaban varias caravanas de Israel, con aderezados camellos para trasportar el oro y la plata de Tharsis para el grandioso templo de Jerusalén.

Apenas llegaron a la ciudad santa, salió a recibirles el monarca Salomón con sus cortesanos, quedando prendado de la belleza de Elin que fué hospedada en el palacio de las Maravillas.

El rey de Israel, despreciado por Dios por sus apetitos sensuales, no durmió de toda aquella noche, enviando por medio de una de sus aves amaestradas, una carta escrita en tela de púrpura a la bella princesa de Ilipla, al rayar del alba, con objeto de que recibiera la música real al asomarse a los balcones del hermoso palacio para adorar al sol.

Todo se dispuso para la boda, pero Satán, invocado por Hispalo, que había embarcado en la flota de los Tarterios llegó a Jerusalén en los precisos momentos en que la princesa Elin en-

traba en el templo de Israel, a los acordes de diez mil instrumentos de música dirigidos por Asaf jefe de los conciertos, convirtiéndola instantaneamente en un becerro de oro.

Salomón ante aquella terrible prueba, se hizo idólatra y acordándose de la bella princesa, adoró al becerro de oro e hizo que el pueblo de Israel, doblase también las rodillas ante él, mereciendo por ello los castigos del cielo.

Al volver después a Ilipla la flota de los Tartesios no trajo consigo a la bella Elin, con gran dolor de Hispalo, su padre, pero sí al pirata Hirán convertido en monstruo, el cual arrojado al Urium convirtió sus aguas en sangre.

El recuerdo de esta poética leyenda de Ilipla va unido a una torre octógona, que en el recinto amurallado ocupa uno de los ángulos orientales de la ciudad, sobre el embarcadero fenicio del Tinto, llamada todavía Torre del Oro. Y el nombre de Hispalo lo llevaba en una de sus antiguas puertas, cerca del Alcázar señorial; desde cuyas almenas se divisan los llanos de Sevilla. Creyendo el vulgo que la célebre campana de oro que se hallaba en la cúspide de la torre se encuentra envuelta entre el fango del río negro.

LEYENDA HERÓICA

LA CRUZ DE LOS MOZOS

*A la santa memoria del
laborioso joven, Francisco
Pacheco Avendaño.*

Corría el año 1521, siendo Alcaide de las fortalezas de la histórica ciudad de Niebla el esforzado caballero don Alomar Vilapiente del Cierzo y Guzmán de Peñaranda emparentado con la nobleza de los condes de Medina Sidonia y Niebla, casado con doña Leonor Garci-Muñoz y Fontanal de Calatrava, de rancia alcurnia.

De este matrimonio hubo una preciosa niña llamada Laura, que creciendo en edad, adelantó en hermosura, y en la cual se miraban sus padres como en reluciente y brillante espejo.

Desde muy temprano, antes de llegar a los quince abriles, hubo de tener pretendientes de jóvenes guerreros y apuestos mancebos, por lo cual sus padres reforzaron sobre ella una extremada vigilancia, no dejándola salir del Alcázar señorial sin damas de verdadera confianza.

Mas, por la maldita suerte, plugo a la Providencia, que sin saber como, según la costumbre de intrigas y raptos de aquellos revueltos tiempos, la linda muchacha fuese robada y trasladada a sitios lejanos, llenando de consternación a sus cariñosos padres. Todas las pesquisas que se hicieron resultaron inútiles.

El Alcaide don Alomar Vilapiente, en el paroxismo de su desgracia y dolor, dictó un bando, ofreciendo una fuerte suma al que le presentase al raptor de su hija Laura y lograrse saber su paradero.

En una buhardilla de los extramuros sucedía una escena de dolor: una mujer anciana, llamada Marta, extenuada por las fiebres, rodeada de nietecillos huérfanos, moría de hambre y de necesidad. Sus tres hijos moros Romualdo, Alberto y Walo, de

diez y siete y diez y nueve y veinte y dos años, faltos de trabajo y sin recursos, por la penuria de los tiempos, contemplaban llorosos aquel cuadro de terrible angustia.

No había medios tampoco de robar lo estrictamente preciso para la vida, pues el Alcaide don Alomar había dado y publicado por pregoneros un edicto, de que a los ladrones y malechores de cualquier clase y condición que fuesen se les haría sufrir el suplicio de la horca, colocando despues sus sangrientas cabezas alrededor de la cruz de los ajusticiados para vulgar escarmiento de todos.

¿Que hacer, pues? Al más joven Romualdo, se le ocurrió una idea feliz y atrevida: echarían suertes entre los tres, colocarían en un recipiente tres bolitas, una blanca y dos negras y los que sacasen estas dos últimas, serían denunciados como raptores de Laura, recibiendo el tercero la crecida suma con que aliviar la desgraciada suerte de su buena madre y los dos huerfanitos.

La designación vino a recaer en el mayor, llamado Walo y el menor o más pequeño Romualdo, los cuales serían denunciados, precedidos por cierto aparato de ánonimos, por Alberto ante el Alcaide don Alomar, jefe del Alcázar señorial.

El bullicio en las tortuosas y moriscas calles de la ciudad era inusitado no hablándose de otra cosa sino de la ejecución de los dos reos, raptores de la bella Laura, hija del Alcaide de las fortalezas.

Ellos manifestaron que la agraciada joven fué robada en los jardines del Alcázar, aprovechando momentos de descuido de las damas que la servían y conducida en brioso corcel a las espesuras de los bosques de la Sierra, donde, despues de abusar de ella, la abandonaron atada de pies y manos, a la voracidad de las fieras.

Sería el mediodía cuando la comitiva se puso en marcha para la decapitación de los culpables Romualdo y Walo, los cuales iban atados de pies y manos entre dos patrullas de guerreros que les precedían y escoltaban, marchando a paso lento al suplicio, que estaba preparado en las afueras de los arrabales y extramuros por el lado de Poniente.

Delante de la soldadesca iban dos heraldos que pregonaban al sonido de sonoras trompetas y los clásicos tambores guerreros el crimen perpetrado y la sentencia recaída.

Al llegar al lugar de la ejecución Romualdo se hincó de rodillas, besó una cruz sencilla que le presentó un religioso de Santo Domingo y envió con su mano derecha, que se aproximó a sus labios, un beso en dirección a la buhardilla en que habitaba su querida madre y sus dos sobrinos huérfanos y otro a su amado hermano Alberto, que, con los ojos arrasados en lágrimas, presenciaba oculto entre la multitud la ejecución de los inocentes reos, que se despejan de él, agitando un blanco pañuelo.

Walo, por el contrario, en actitud humilde y resignada, con la vista baja, presentó su cuello al hacha del verdugo.

Una vez cumplida la terrible sentencia, las sangrientas cabezas fueron colocadas sobre grandes palos, para que sirvieran de escarmiento a los malhechores en el lugar donde se levanta la cruz de los ajusticiados.

No había transcurrido un año cuando el Alcaide don Alomar recibió confidencias secretas de que su querida hija Laura se hallaba retenida en el soberbio castillo Feudal de Cumbres, del que era señor don Veremundo González de las Cuevas y Campuzano de Trillo, raptada con habilidad y soborno de las damas por su hijo llamado Ricardo acompañados de guerreros de su escolta.

Entabladas las oportunas diligencias del rescate, la hermosa Laura no tardó en volver a los Alcázares de Niebla; pero en castigo a la osadía del joven Ricardo, el Alcaide de la ciudad se negó terminantemente a concederle la mano de su hija, antes bien le desafió en duelo a batirse con las armas, de cuya pelea salió triunfante don Alomar, que hundió su afilado estoque en el pecho de su adversario, cuyo cadáver fué expuesto a la voracidad de los perros.

Una vez esclarecido todo, el Alcaide don Alomar mandó llamar a la anciana Marta y a su hijo Alberto para que les diesen explicaciones de todo lo ocurrido, pues estaba intrigado por saber la trama de aquel extraño suceso.

Recibidos ambos en audiencia, Marta supo entonces lo ocurrido por la relación de su hijo Alberto, pues siempre creyó que sus otros dos hijos estaban ausentes en busca de trabajo, y presa de intenso dolor falleció a los pocos instantes. Alberto se arrodilló a los pies de don Alomar y le pidió perdón.

El Alcaide de Niebla, enternecido de aquellas escenas heró-

cas, levantó a Alberto, le abrazó y le dijo; Tú serás el esposo de mi bella Laura, pues un corazón tan noble y tan hermoso merece ser mi sucesor en la custodia de los Alcázares de esta ciudad.

Después se dirigieron ambos al sitio donde fueron ejecutados recientemente Romualdo y Walo, acompañados de monjes, pajes y guerreros, que depositaron en aquel lugar hermosos ramos de flores. Además en aquel punto, donde se sepultó también la anciana Marta, madre de los dos héroes inocentes, se erigió un pedestal de mármol blanco coronado por una hermosa cruz, que se llamó, desde entonces, la Cruz de los Mozos con una lápida de bronce donde se leía:

¡Hijos, honrad la memoria de los nobles, heroicos e inocentes jóvenes Romualdo y Walo, que no dudaron en sacrificarse para socorrer a su anciana y pobre Madre y estad seguros, si amais a vuestros padres, de que el cielo os ayudará en vuestra vida!

Todavía en las afueras o extramuros de la histórica ciudad, mirando a Poniente, existe un sencillo pedestal blanco rematado con el símbolo redentor, que recuerda a las generaciones la memoria de aquellos jóvenes heroicos, en donde solían reunirse los mozos del pueblo, en sus horas de solaz, después de las rudas tareas del campo, a la caída de la tarde.

LEYENDA

EL SANTO CRISTO DE MATEO

*A la Cruz de los «Alvarez
Quintero» de Huelva.*

Era un día nebuloso y triste. Sobre las viejas paredes del templo de San Martín de Niebla, se veían oscurecidas y como taciturnas, debilmente iluminadas por la luz de sus altos ventanales, las mozárabes pinturas de San Martín partiendo su capa con el pobre de Cristo; la escena de la crucifixión, teniendo en el fondo un oasis de fragantes palmas y nísperos y la entrega de las llaves de la ciudad de Aben Mafot, el último monarca musulime de Niebla, al inclito monarca castellano D. Alonso el Sabio. En el fondo de una lóbrega y húmeda capilla del Santuario se veneraba también un hermoso Cristo clavado en la cruz de hermosa talla, en cuyo rostro se reflejaban las profundas e indelebles señales del dolor y de la muerte, trazadas por el buril del maestro.

El Vicario de Niebla D. Miguel Martínez, habiendo dicho la misa precipitadamente corrió hacia las afueras del Santuario, más atento a la distracción de montar su jaca favorita para dedicarse a las diversiones cinegéticas, en los bosques que rodeaban la ciudad.

El acólito llamado Mateo, siguiendo las costumbres de su amo y señor, después de apurar el vinillo de las vinajeras, se entretuvo aunque de mala gana, en desempolvar las bancas del templo, arrojando precipitadamente las basuras del barrido a los pies del hermoso crucificado, no sin hacer muecas de juguetonas irreverencias.

El día parecía que anochecía prematuramente. La lluvia pertinaz y ensordecedora no cesaba de caer en grandes aguaceros. En lontananza se oían como perdidos los sonidos de la

tempestad, reflejándose en las torres debilmente sus luces si-
nuestras.

El picaruelo del acólito, Mateo, después de atizar la lám-
para del santuario, fué a dejar los trapos sucios a los pies del
Cristo; pero, entonces, un resplandor de fulgores inexplicables,
como de soberbio e imprevisto rayo, hirió sus pupilas, hacién-
dole además caer en tierra y rodar sobre el pavimento.

Miró tembloroso a la faz del Cristo, de rodillas, que le pa-
reció de más ternura y majestad, y oyó que le dijo: ¡Mateo, no
consiste la fe en darme cultos irreverentes, ni en pronunciar
delante de mis imágenes, fingidas e hipócritas plegarias, sino
en la hermosura y nobleza del corazón que ama a Dios y res-
peta sus simulacros y considera y socorre al prójimo como a su
propio hermano!

Dirás al Vicario que no se empeñe en dar coces contra el
aguijón y que no me trate con tales irreverencias, sin dar culto
piadosamente a mi sagrada efigie, dejándola abandonada en
esta miserable capilla.

El pobre Mateo, arrepentido y lloroso cual otro Saulo, aver-
gonzado y confuso por sus frecuentes liviandades ante el Santo
Cristo, se levantó temeroso y corrió a manifestar al Vicario la
triste misión que llevaba: pero éste, en vez de escucharlo, se
rió descaradamente y no le dió el menor crédito.

El día lucía espléndidamente desde el principio de la aurora
sus mejores galas. El azul de los cielos era limpísimo de inimi-
table grandeza y hermosura. Sobre las altas torres del templo
de San Martín se oía el pjar de los pajarillos que parecían en-
salzar al Creador por el nuevo día, percibiéndose distintamente
el arrullar de las castas palomas, el gorjeo de las golondrinas
y el cantar monótono de los gorrionzuelos, que rodeaban el gran
nido de las cigüeñas.

Un rayo de luz de los colores del iris del esplendente Febo
entraba por los ventanales acristalados del histórico templo
reflejándose con inimitable majestad y tristeza en el cuerpo
cárdeno del crucificado. A sus pies se veía el niño Mateo, com-
pungido y lloroso, que con voz dulce y queda decía a Jesús:

¡Señor y Dios mío! El Vicario no me ha hecho caso, porque
vive entregado a sus caprichos y gustos, que matan su fe, así

como las zarzas sofocan en las cañadas a las vistosas florecillas de los campos con sus agradables colores y aromas.

Iluminada entonces como en el Monte Tabor, el día de la Transfiguración, o como en las cumbres del Sinaí, la faz de Dios le respondió:

¡Dirás al Vicario, para que crea como el apóstol Tomás, que mañana, al anochecer, serás conmigo en el paraíso.!

La noche cerraba rapidísimamente por las grandes nubes de poniente que velaban las amortiguadas y oblicuas luces del astro del día. Sobre los aleros del templo se oían los últimos cantares de las avecillas que se retiraban a sus nidos u otros lugares de refugio; la lámpara del Santuario se hallaba apagada y sólo los últimos reflejos de Occidente, al declinar el día, daban sus últimos latidos en el interior de la iglesia.

A los pies del Santo Cristo se contemplaba una escena de dolor. El niño y acólito Mateo había muerto en la paz del Señor, observándose en su fino y pálido semblante una dulce sonrisa. Las campanas de las torres doblaban a muerto, a impulsos de manos misteriosas. A los lados del pequeño ministro se veía arrodillado el descreído Vicario, dando gemidos y gritos de dolor, e implorando perdón y clemencia.

Entonces le dijo el Salvador: ¡Miguel, por qué lo vistes has creído! ¡Bienaventurados los que creyeron sin haber visto!

Desde aquella triste fecha la imagen del Santo Cristo recibió fervorosos cultos y fué colocada en un sitio de honor y reverencia, llamándose hasta el día de hoy el Cristo de Mateo.

LEYENDA

LA CRUZ DEL SABLE

En un sitio pintoresco, que domina los valles y cañadas, que rodean la ciudad de Gerona, se hallaba sobre un pedestal de mármol la cruz más venerable de aquellos contornos, por su antigüedad.

Durante el mes de Mayo, las jóvenes del pueblo la adornaban con vistosos arcos de follaje, y se reunían a bailar y cantar, y a arreglar los asuntos amorosos.

Como se hallaba colocada en una de las principales entradas de la ciudad, no había transeunte, ni mozo que no dejase su correspondiente alcabala, asediados por aquellas aguerridas tropas de jóvenes aliadas.

Y el que no dejaba su óbolo era desposeído de una prenda cualquiera, la cual quedaba en rehenes de la religiosa y fiel promesa, subastándose, en último término, entre los chistes e hilaridad de los concurrentes.

Tomás, soldado bisoño de la guarnición, que ignoraba el callejón sin salida, tuvo la mala suerte de pasar por las cercanías de la cruz florida, y como no tenía nada que dar a las jóvenes, porque los pluses eran cortos, a pesar de sus protestas, tuvo que dejar el sable y el casco militar, que las ocurrentes muchachas colgaron del brazo derecho del Cristo, en señal de triunfo.

Las cercanías del cuartel de San Carlos presentaban un soberbio golpe de vista, pues las tropas se hallaban formadas para la revista militar.

Una banda de cornetas anunció la presencia del Gobernador militar de la plaza, que montaba un hermoso caballo blanco, y era seguido de su Estado Mayor.

A su presencia, los soldados, uno a uno, al pasar revista, iban besando la bandera de la patria, a la cual juraban también fidelidad.

Cuando hubo tocado la suerte al quinto Tomás, su confusión fué grande; pues no sólo le faltaba el sable, sino también el

casco, los cuales se hallaban en rehenes del Santo Cristo, y probablemente ya se habían subastado.

Lleno de temor ante la presencia del airado general, y con motivo de una falta tan gravísima para la disciplina militar, apenas pudo balbucear en su defensa algunas palabras de excusa, por lo cual, para escarmiento de todos, fué condenado a juicio sumarísimo, por hallarse la ciudad en estado de guerra, con motivo de la Independencia.

El tribunal militar después de deliberar con madurez, condenó a Tomás a la pena de muerte, debiendo ser fusilado por los soldados de su compañía en las afueras de la población.

El día se mostraba espléndido, ni una sola nube aparecía por el horizonte, cuya temperatura y agradables brisas convidaban al placer. Por las calles de la población se notaba un movimiento inusitado. Por la mañana hubo retretas militares y paseo de los escuadrones de caballería.

A las doce en punto del día, cuando el sol llegaba a la mitad de su carrera, el infeliz soldado Tomás, era llevado al cadalso, seguido de una sección de cornetas, el general y los de la guarnición, y grandes retenes de tropas,

El patíbulo se había levantado frente a la Cruz del Campo, por ser el sitio más a propósito.

Antes del fusilamiento, el general dirigió a las tropas esta arenga:

«¡Soldados! Tened cuidado con la disciplina, pues estoy dispuesto a no tolerar la más leve falta en la milicia, que será castigada con todo el rigor posible, sobre todo en estado de guerra».

Tomás, al subir al tablado y divisar a lo lejos la Santa Cruz, le hizo esta fervorosa plegaria:

«¡Señor, bien sabes que soy inocente, moriré por tí; pero acuérdate de este pobre soldado en tu reino!»

Mas, al dar la voz de fuego el general, se oyó de improviso fragor de tempestad, truenos y relámpagos como en la montaña del Sinaí, que aterraron a todos e impidieron la ejecución del reo, apareciendo entonces el Cristo de la Cruz del Campo, que llevaba en sus manos un riquísimo casco de oro y brillantes y

un primoroso sable esmaltado e incrustado de pedrería, que entregó a Tomás, con asombro de los circunstantes, y dirigiéndose al general le dijo:

«Se hace preciso que no seáis tan severo con los pequeños, mientras que quedan impunes los delitos de los grandes, y sabed que yo vine para salvar al pobre y al humilde».

Después miró dulcemente al soldado, y, al colocarle, él mismo, el casco, y ceñirle la espada, le habló así:

«Desde hoy en adelante te hago Capitán General de esta ciudad, como lo indican la riqueza de estas insignias. Conserva la fe en tu alma, que jamás falta Dios en este mundo a los que le sirven, reservándoles después la gloria eterna».

Al desaparecer el Salvador, después de la visión, se oyeron músicas celestiales; las bandas militares tocaron marchas guerreras, y las tropas desfilaron en columna de honor ante el nuevo gobernador militar de la plaza.

Desde aquel suceso maravilloso, al Cristo de la Cruz del Campo, se le denominó el Cristo del Sable, el cual siguen festejando las jóvenes con su tradicional alegría el día 3 de Mayo, fiesta de la Invención de la Santa Cruz.

LEYENDA

SANTA MARIA DE NIEBLA

I

El interior de la iglesia de San Acisclo, se hallaba triste y solitario. En virtud de las terribles órdenes de Mohamed, califa de Córdoba, los cristianos apenas se atrevían a salir de sus moradas, donde permanecían ocultos, y si iban a las iglesias cubrían sus rostros con velos negros.

Mas, por un acaso de la Providencia se llegaron a encontrar en el abandonado recinto del templo, María hermana de San Walabonso y Flora de distinguida familia; observando las dos con terror sobre las grandes paredes del mismo las salpicaduras de la sangre de los mártires.

De pronto se oyó el ruido de un tropel de ginetes y estruendo de armas, penetrando una patrulla de soldados precipitadamente en el Santuario.

En esta confusión corrieron hacia el altar María y Flora, donde en casto abrazo ante la imagen de Cristo crucificado esperaron la muerte.

María, de unos diez y siete años, era extremadamente hermosa; procedente por su madre de la raza árabe, tenía los cabellos oscuros y rizados, ojos negros y rasgados, cutis moreno y suave y labios rojos. Flora tenía diez y ocho abriles, blanca y de rubias trenzas de pelo que caían onduladamente sobre sus hombros.

El jefe de la escolta Bel-Mar les increpó diciéndoles: ¿Qué hacéis, aquí?.., ¿No sabéis que el Califa tiene prohibido, bajo pena de muerte, la estancia en estos sitios de sedición y rebelión?.. ¡Seguidnos!

Uno de los guerreros, de aspecto hercúleo, obedeciendo las órdenes del capitán, las maniató y enlazó bruscamente por los brazos, conduciéndolas después custodiadas al tribunal sentenciador.

Las tortuosas calles de Córdoba aparecían solitarias y tristes, percibiéndose solamente el ruido del choque de las armas y

el pisar de los caballos sobre el pavimento. Algunos cristianos que conocieron a Flora y a María, las siguieron a lo lejos, acompañándolas hasta el palacio de Justicia.

En el tribunal del califa ocurrió una escena violenta. Zaryab, el juez dictador de los fallos, al ver la hermosura de María, trató de diferir el juicio, para ver si podía gozar de inícuos y sensuales propósitos y dijo a la hermana de Walo:

Una joven tan bella y hermosa como tú que espera en este mundo un porvenir de delicias y venturas, debe renegar de Jesucristo, el Dios falso de los cristianos y, si así lo haces, te proporcionaré la mano de mi hijo Ambad, apuesto y valeroso guerrero, que te hará feliz y afortunada.

No tengo otro esposo más que a Cristo, contestó María apaciblemente, y de las delicias que tú me brindas las tengo mejores en los cielos.

Al oír estas palabras se levantó Zaryab airado y después de insultarla y darle golpes en el rostro, haciendo girones en sus hermosos cabellos, mandó a los ujieres armados que le descoyuntasen los brazos y le condujesen a la real casa de prostitución.

La nueva prueba a que fué sometida la virgen doncella de Hipla fué infame y terrible. Hermosas jóvenes de extraordinaria belleza, ataviadas con preciosos vestidos de seda y relucientes joyas orientales y perfumadas con ricos aromas bailaron y ejecutaron ante ella escenas impúdicas, acompañadas de arrogantes mancebos del harém imperial.

Zaryab, que presenció una de las sesiones voluptuosas quiso acercarse violentamente a María para abusar de ella, pero sintió el poder de una mano misteriosa que le retuvo y una voz secreta que le dijo: ¡Detente, por que es santa la carne virginal que contemplas!

II

Queriendo el califa Mohamed ver a la hermosa María, natural de Elepla, de la región del imperio, hermana de Walabonso, que había perecido en el suplicio hacía poco, se dieron órdenes para que fuese llevada desde el harém al salón del trono.

María, pálida y demacrada por los sufrimientos y el dolor, parecía una visión celestial o un ángel bajado de los cielos.

Antes de ver al monarca, rehusó los vestidos preciosos con que querían adornarle, según era costumbre de las que iban a ser recibidas en audiencia.

Para más cautivar su ánimo, la hicieron pasar antes por espléndidos jardines poblados de preciosas aves de Oriente y animales raros amaestrados, donde mil fuentes de jaspe tenían surtidores de límpidas aguas.

De trecho en trecho se veían preciosas torres adornadas de azulejos de maravillosos reflejos, en cuyas alturas se percibían los arrullos de blancas palomas.

Después la detuvieron en el salón o mejor palacio de las odaliscas, donde se hallaban ataviadas y perfumadas las más lindas jóvenes del imperio, haciéndola atravesar últimamente por la estancia de los jóvenes eunucos, que le dirigieron palabras de gracia y donosura.

María con sus vestidos sencillos, su vista baja y humilde y sus manos ligadas con brazaletes de hierro, a todo permaneció indiferente.

Por fin, la campana de oro imperial colocada a la puerta de la sala del trono, anunció la hora de audiencia.

En la estancia regia, a la cual se subía por una soberbia escalinata de mármol de Paros, con adornos de oro, se hallaba el sultán en riquísimo trono de oro y piedras preciosas, que ofuscaba la vista, y a su lado, en otro sillón no menos rico, estaba sentada la princesa Ofilia.

—¿Quién eres tú?—le preguntó el califa.

—Soy—contestó María—la hermana de Walabonso y quiero también ir al cielo, donde él está.

—¿Ignoras—interrumpió vivamente Ofilia—que mi padre, el jefe de los creyentes, puede condenarte o salvarte? Ahí tienes preciosos vestidos y de aquí podrás salir, o al camino del suplicio, o hecha mi dama de honor.

—No ignoro lo que me dices—repuso María;—nada quiero de lo que me ofreces, pues los bienes y la felicidad de este mundo son caducos y perecederos; no así las venturas del cielo, que ofrece Dios a los que le siguen.

Abul-Motrefo, entonces, prorrumió en tono airado:

—Es una imbécil; llevarla a las cárceles y que el verdugo de la ciudad la decapite delante de mi palacio, para hacerla ver que yo soy más poderoso que el Dios de los cristianos y después de degollada, sea expuesto su cuerpo desnudo a la voracidad de los perros y a la vergüenza pública.

Era el día 24 de noviembre y a las puertas de las mazmorras de Córdoba se agolpaban las multitudes.

De su interior partían gritos de dolor: eran los sollozos del prelado Eulogio y los gemidos de los cristianos, que se despedían de la Santa virgen María, que era conducida al suplicio.

Unos la besaban las manos, regándolas con sus lágrimas, y otros la hacían fervorosas súplicas.

Por fin, el obispo de Córdoba, hincado de rodillas ante ella, le dijo:

—«Que te acuerdes de tantos pobrecitos que dejas aquí en las prisiones y dile a Dios que se apiade de nosotros».

A lo cual contestó María:

—«Descuidad, que pediré por vosotros en el cielo».

Por fin sonaron las trompetas y María y Flora fueron sacadas violentamente de los calabozos.

En los balcones del palacio esperaban a la comitiva el califa Mohamed y la princesa Ofilia y en frente el tajo de madera y el verdugo, vestido con un traje de escarlata y empuñando en sus manos un hacha horrible y pesada.

Al llegar al sitio del suplicio, María y Flora se abrazaron y besaron.

María llevaba al cuello una crucecita de oro, recuerdo de su hermano San Walabonso.

Antes de poner su cuello en el tajo de madera, las dos mártires pronunciaron las palabras sacramentales de Cristo: «Señor, en tus manos encomendamos nuestro espíritu», al mismo tiempo que enviaban delicados besos a la cruz de una iglesia que se veía a lo lejos.

Un redoble de tambores y trompetas dieron señal al sicario y las cabezas de las vírgenes rodaron por tierra; siendo después mostradas al público.

Más tarde valerosos cristianos durante la noche dieron sepultura a los cuerpos de las heroínas en el Campo Santo de los Mártires.

Era la media noche y en los dorados salones del Alcázar se celebraban suntuosos banquetes, seguidos de vistosos bailes; pero un suceso extraño vino a alarmar a Mohamed y a suspender las animadas fiestas de los cortesanos.

Los soldados centinelas de la guarnición oían desde los torreones del palacio imperial estruendos de músicas de atabales, trompetas, tambores y añafiles, como de grandes ejércitos que se aproximaban con presteza, viéndose sobre los cielos ráfagas luminosas como de fuegos de artificio.

Comprobada la noticia, el generalísimo Almanzor reunió, a toda prisa, las tropas de la guarnición de la ciudad, que custodiaron las moradas reales hasta la venida de la aurora. Después nada se supo de aquel caso misterioso, quedando desiertas las calles de Córdoba.

Los cristianos, al saberlo, creyeron que fueron las milicias celestiales que trajeron las coronas de la inmortalidad a las Santas Vírgenes Flora y María antes de ser sepultadas.

LEYENDA

LA TORRE DE LAS CIGÜEÑAS

Es tradición popular en la histórica villa de Niebla que desde que las huestes cristianas, guiadas por Alfonso el Sabio, tremolaron las banderas de Castilla sobre los torreones del Alcázar y dedicaron sus doradas mezquitas al culto de la cruz, una pareja de blancas cigüeñas, símbolos de la fidelidad, establecieron el nido de sus castos amores en una torre de espadaña, que enhiesta sobre las rocas junto a la iglesia de San Martín y mirando como rígida flecha a los cielos, parecía indicar a sus nuevos moradores la sublime senda de la inmortalidad.

En un día fijo, como las aves de los países boreales, en los comienzos de la bella y espléndida primavera de todos los años, hacían siempre su entrada triunfal, entre los parabienes y alegría de los vecinos como feliz augurio, y cuando la Virgen sin mancilla era llevada procesionalmente por la gente del pueblo, en el día de su Purificación como figura también y perenne recuerdo de su fidelidad ante el cumplimiento de la ley.

Siempre parecían tomar parte en las alegrías y tristezas de la ciudad: en los días de fiesta acompañando con el castañeteo de sus largos picos, al magestuoso sonar de las campanas del templo y otras veces se les veía recogidas y taciturnas, especialmente cuando los broncez anunciaban las ceremonias fúnebres. Se recreaban, al parecer, en los sublimes ecos de los órganos, reyes de los instrumentos de la iglesia, que yacía tendida a sus pies; y cuando se oía acompasadamente la campana del Angelus o la de la oración de la tarde, remontaban entonces su pausado vuelo, haciendo espirales hasta las nubes, como queriendo guiar a los mortales hacia las regiones misteriosas de la eternidad.

Ellas veían desfilar desde aquella soberbia atalaya las grandezas históricas de la ciudad: sus torres del Oro, desde las cuales se divisaban y protegían las naves, que venían desde lejanos países por el oro de Tharsis, a semejanza de la flota de

Hirán, para trasladarlo a la ciudad de los Césares; las puertas bronceadas del Buey, por donde entró vencedor el más sabio de los Reyes de Castilla; el río Tinto con sus peces multicolores, con sus aguas auríferas, donde ellas ejercían el oficio de blancos pescadores y en el cual dibujaban sus siluetas, en los días tranquilos y serenos; las torres del Homenaje, con su campana augusta, que como la de la Vela en las torres de la Alhambra de Granada, hacía honores a los poderosos señores de sus Alcázares; avisaba el cumplimiento de las ordenanzas y marcaba con sus sones alegres la marcha triunfal de sus princesas, que en alas de su hermosura, cual misteriosas hadas, embellecían aquellas mansiones orientales, cuando se asomaban con todos los colores del iris a las ventanas del sol naciente. Ellas vieron por último, levantarse los templos del Señor e inmolarse los blancos corderos eucarísticos en lugar de los sacrificios idolátricos.

El cielo amaneció enlutado, haciendo compás con los fríos invernales, y, a veces, en los resquicios que dejaban las nubes fugaces, se veía el fulgor de tonos morados y rojizos del padre de los astros.

En toda la ciudad dominaba el silencio de los cementerios, ni aún las aves, como de costumbre, a la salida del sol, daban sus conciertos matinales. Por los vientos del Septentrión y Mediodía se veían gigantescas columnas de denso humo, que soñaban soberbios incendios.

En el interior del templo de San Martín todo era desolación y tristeza; el Cristo venerable de la torre de las cigüeñas, que sostiene a ésta con la columna de su martirio, se hallaba con la cara afeada y escupida por el invasor, la sangrienta corona de sus espinas rodaba deshecha por los suelos y roto su blanco sudario; sobre su altar se hallaba interrumpido el sacrificio y sólo se veían sobre sus corporales bordados el cáliz y la hostia santa, como los niveos corderos del templo de Jerusalén. En el pavimento ensangrentado se contemplaban con horror dos víctimas inocentes con las últimas contorsiones de la agonía: el celebrante y una joven heroína, blanca y de rubios cabellos, que mostraba en el sonrosado y pálido color de su rostro la inocencia de su alma y la grandeza de su varonil corazón. Sólo la

lámpara del santuario iluminaba con amortiguados destellos aquel recinto sagrado, teatro de sucesos trágicos.

Las blancas cigüeñas, huyendo presurosas de la atmósfera pestilente del fuego, se introdujeron por los grandes ventanales del templo, buscando refugio en la capilla del Santo Cristo.

Ante aquel cuadro sangriento dieron gritos estridentes y, como movidas de superior impulso, volvieron a tejer con sus encarnados picos la corona del Salvador, que colgaron presurosas sobre sus sienes, y, habiendo además mojado sus alas en la fuente bautismal, limpiaron el injuriado rostro del Redentor.

Mas de pronto se oyeron truenos horribles de vecina tempestad que conmovían los muros del templo, fulgores siniestros iluminaron el santuario, y las campanas de la torre de las cigüeñas como movidas de superior ordenación daban vueltas a impulsos del huracán. Entonces también la faz adorable del Salvador, iluminada por un rayo de sol, tomó animación y vida, y habló así a las blancas cigüeñas:

«Queridas aves, espejo de fidelidad constante, os agradezco la buena obra que habéis hecho conmigo. Este sacerdote que veis muerto ante el altar, representa la fe y la iglesia cristiana, que podrán ser humilladas, pero no vencidas, y con cuyos vínculos de unidad, ligados al trabajo, se forman la grandeza y el poderío de los pueblos, y se engendra la paz perdurable. La hermosa joven que se halla junto a él, es la patria española, que sólo está dormida, pero jamás vencida, porque su poderío se funda en la cruz cimentada sobre las rocas de Covadonga, en el valor de su indomable brazo, probado en mil batallas, y en la civilización de sus hijos, que se extiende por todo el mundo conocido. Les llevaréis también agua de las fuentes y les rociaréis sus rostros para darles nueva vida, y para que sepan las naciones que la heroica España, unida a su fe tradicional, jamás será abatida. Os concedo la gracia de la fecundidad, para que anidéis y pobléis los torreones antiguos españoles, símbolos de la pujanza ibérica, anunciando desde ellos las primaveras de vida, y además os otorgo el don de hacer felices a las jóvenes españolas sobre quienes derraméis una gota de rocío el día de la Purificación de mi madre».

Al momento las blancas cigüeñas, después de resucitar al sacerdote y a la joven, con el agua limpia de las fuentes, los

cuales continuaron el sacrificio interrumpido en señal de triunfo, volvieron a cruzar los ventanales del templo y se dirigieron presurosas a los principales castillos y torres del suelo español para anidar en ellas y criar sus polluelos como signo victorioso. Por eso todavía se ve el ramaje de sus nidales en la torre de D. Fadrique, en Sevilla, en el castillo de D. Enrique, en Burgos, en la casa del Sol y en el palacio feudal de los Ovandos, en Cáceres, sobre los torreones dorados de la Alhambra de Granada, en las cúpulas de Santa María de Navarra en Asturias y en las viejas murallas de León y Toledo.

El aspecto de la ciudad de Niebla, con sus muros negruzcos y ruinosos a la caída de la tarde, cuando el sol traspone con sus bellas luces las siluetas de las sierras lejanas, es de imponente tristeza y majestad, pudiendo entonarse sobre sus torreones las expresiones de amargura de Rodrigo Caro:

Las torres que desprecio al aire fueron. —A su gran pesadumbre se rindieron.

La basílica de San Martín yace desolada. Ya no se oyen allí los conciertos de las melodías divinas y humanas, glorias de la fe de sus mayores y en su altar santo crece la yerba y la parasitaria, últimos adoradores de la hostia santa. El templo, semejante a la decadencia de España, sirve de ludibrio a las gentes.

Las cigüeñas ante este espectáculo de fiero dolor, desnudo de sublimes poesías, no anidan ya en la vieja torre, pero se conserva el cristo de la Pasión, que recibe todavía los homenajes sencillos de los fieles, confirmando aquellas célebres palabras de García Moreno: «Dios no muere». Por eso las industriosas abejas han reemplazado a las blancas cigüeñas, labrando en la torre ricos panales de miel y en las cornisas derruidas del templo cantan y hacen sus nidos las golondrinas y otros inocentes pajarillos.

Como recuerdo de esta curiosa y poética leyenda, el escudo parroquial lo formaba una iglesia y en una esbelta torre campeaba el tradicional nido, habitado por blancas cigüeñas, según aparece pintado en los viejos bancos de la iglesia de Santa María.

LEYENDA

SAN WALO DE ELEPLA

*Dedicado a D. Lorenzo Cruz
de Fuentes, director del Instituto
de Huelva.*

i

Erase muy de mañana y la aurora se dejaba ver por el Oriente como envuelta en tupidos velos de gasa roja sobre un fondo azul oscuro, salpicado de brillantes.

Soplaban las frescas brisas, impregnadas de las flores blancas de azahar de los naranjales de las campiñas, con cambiantes de olores de rosas, claveles y azucenas, cual heraldos galanos y felices de las proximidades del radiante sol. Numerosos arroyuelos serpenteaban y dejaban oír sus gratos murmullos por los senderos de la Ruzafa en las verdes faldas de la Sierra Morena.

De trecho en trecho, a la luz del sol matinal, se divisaba por medio de las madroñeras, mortiños y romeros, a un joven de hermoso rostro y porte distinguido, que, moviendo suavemente los arbustos, al pasar, parecía una visión divina con vestidos celestiales, bordados de oro y pedrería, que brillaban a los primeros rayos de Febo con cambiantes tornasolados.

De pronto, se arrodilló sobre una eminencia del camino y elevó sus manos y ojos en dirección a los cielos, cual otro Moises sobre el monte Horeb. Y, al volver sus miradas a su querido monasterio de San Felix, en las cumbres de Froniano, que parecía una paloma blanca en su nido, no pudo contener sus lágrimas, que, cual perlas de rocío sobre las rosas de Alejandría, se deslizaron por sus mejillas.

Levantóse despues, presuroso y con paso juvenil y arrogante, se dirigió a la ciudad de Córdoba, que todavía se hallaba envuelta en los velos de gasa de la mañana y en donde aparecían

brillantes como verdaderos astros las manzanas doradas y multicolores de sus regios palacios y mezquitas.

La persecución era cruel y despiadada. Abderramán había mandado degollar ante su fastuoso palacio de las orillas del Betis, que rivalizaba en esplendor con el Alcázar de Medina Azara, a Prefecto, vicario de San Asisclo, atormentando con la pena de azotes al piadoso comerciante Juan y paseándole, medio muerto, sobre un jumento, por las calles de la ciudad. También se gozó, desde los balcones de su regia morada, de la muerte del joven Isaac, Exceptor o tesorero de los caudales públicos del Imperio; viendo martirizar y morir a Sisenando, natural de Bejar; a Pablo, diácono de Córdoba; a Gumersindo, hijo de padres nobles de la ciudad de Toledo; a Aurelio noble y rico; a Jorge, joven de 27 años; a Cristobal, discípulo de San Eulogio, obispo de Córdoba; a Rogelio natural de Parapanda y a Serviodeo, que predicaron el Evangelio de Cristo en las mezquitas y en los tribunales de la morisma.

Walo, envuelto en un jaique blanco de largos pliegues, penetró sin ser visto de los soldados en la Iglesia de San Asisclo, para hacer oración y disponerse para la muerte.

El templo se hallaba desierto alumbrado solamente por la luz amortiguada de sol matinal, al penetrar por los ventanales. Todos los enseres sagrados se hallaban casi destruidos por las turbas y en el más completo desorden, viéndose sobre las paredes y el pavimento las salpicaduras de la sangre de los confesores de Cristo.

Walo vió horrorizado en uno de los extremos del santuario a dos jóvenes, casi calientes y exánimes, revueltos en su propia sangre, que habían perecido a manos de los perseguidores. Y habiéndose inclinado y arrodillado los besó y regó con sus lágrimas.

II

El palacio de Medina Azhara en las faldas de Sierra Morena, con sus quince mil puertas de bronce dorado y plateado parecía un ascua de oro, bañado por los rayos del sol.

Por sus extensos jardines, poblados de las más raras y vistosas plantas del Oriente, y perfumados por los ricos aromas de

las flores, vagaban toda clase de fieras domesticadas para recreo de los visitantes.

La guardia imperial la formaban apuestos y arrogantes mancebos, escogidos de todas las provincias, que se adornaban con vestidos de seda multicolores, sujetos con cinturones de oro, que ofrecían ramos de flores y bagatelas aromatizadas a los huéspedes.

Walo, envuelto en el jaique blanco, traje de los nobles, habiendo logrado esquivar la vigilancia, llegó hasta las mismas puertas del regio Alcázar.

El califa Abderramán Abulmotrefo recibía aquel mismo día en audiencia solemne a los embajadores de Bizancio que le traían ricos presentes.

El salón del trono, de mármoles y oro, con columnas de jaspes transparentes y capiteles de oro adornados de piedras preciosas, presentaba un aspecto fantástico. De la cúpula del centro, cubierta de tejas de plata, pendía una cadena de oro con una perla gigantesca, regalo del emperador Constantino Porfirogenito y debajo, en el centro, se destacaba una soberbia fuente de marfil, oro y mármoles, donde un cisne de plata derramaba purísimos y deslumbradores chorros de azoque. En el fondo se divisaba el trono del Sultán de oro y pedrería.

Walo, pálido y demacrado por los sufrimientos, habiendo logrado unirse a la comitiva de la embajada y despojándose de su amplio jaique blanco, penetró en la sala regia, ostentando sus preciosos ornamentos diaconales de seda roja bordados de oro. Y habiéndose adelantado, cual visión celestial, ante el trono del Sultán, que le miraba con estupor, y entre el asombro de los presentes, dijo al Califa:

«Vengo en nombre de Dios para decirte que ceses en la persecución terrible que has ordenado contra los cristianos; y de cuyos actos de barbarie, la justicia divina, de la cual nadie se escapa, te pedirá cuenta en su día. No me importa la muerte que decretarás sobre mí, pues la satisfacción del deber cumplido en aras de la fe y de la libertad oprimidas y la defensa noble que me he tomado de mis hermanos, jóvenes, viudas, ancianas, doncellas y huérfanas de Cristo, que gimen en las prisiones, es para mí un timbre de gloria, mayor que todos los goces materiales que me puede proporcionar la vida».

Mas apenas hubo pronunciado estas enérgicas palabras los sicarios del sultán y la princesa Ismail se arrojaron sobre Walo, escupiéndole y golpeándole en el rostro; conduciéndole después arrastrado a las mazmorras, donde a poco, se le comunicó la terrible sentencia de muerte, que el califa firmó en seguida, con su estilete o punzón de oro y tinta roja, sobre una hoja de blanco pergamino y la cual decía:

«Condenamos a ser degollado, por blasfemo y atrevido, a Walo, diácono, natural de Elipla, en la región de Ounba, provincia del Imperio; y a sus compañeros de prisión, perros cristianos, Pedro y Wistremundo, naturales de Ecija: Sabimano, del lugar de Frosviano en las guerras; Habencio y Jeremías, naturales de Córdoba; sufriendo antes la pena de azotes».

Erase domingo, 7 de Junio del año 851, cuando una abigarrada muchedumbre de gentes, cruzaba las tortuosas calles de Córdoba en dirección a las orillas del Guadalquivir.

Numerosa escolta custodiaba a los reos condenados a muerte, marchando delante los pregoneros con las roncas trompetas, y viéndose detrás a muchos cristianos, con los rostros ocultos, que seguían llorosos a los santos mártires.

El Betis majestuoso, con sus revueltas aguas, entre rojas y blancas, parecía murmurar sordas y enérgicas protestas contra la crueldad y el despotismo imperial.

En sus verdes márgenes se divisaba el terrible y sangriento tajo de madera, donde el verdugo degolló después a los confesores de Cristo, cual mansos corderos, y no muy lejos los palos levantados para ser después expuestos los cuerpos muertos a la vista del pueblo, y donde todavía pendían los cadáveres de San Isaac y San Sancho, ejecutados el tres y el cinco de Junio.

Durante aquella noche trágica de espanto y de dolor para las familias cristianas, los centinelas del Alcázar imperial, de las riberas del Betis, oyeron asombrados, desde los torreones, músicas celestiales y después contemplaron atónitos el paso de numerosos ángeles vestidos de blanco, que llevaban en sus manos las coronas resplandecientes de viva luz de la inmortalidad y del triunfo a los siervos de Dios, defensores de la santa religión cristiana y de la justicia y libertad para con los pueblos oprimidos.

LEYENDA

LA BREVA DE SAN WALABONSO

*Al Excmo. Sr. Marqués
de Aracena.*

Apenas el sol había asomado por los dinteles de Oriente y reflejaba sus rayos dorados y rojos sobre los minaretes de plata y oro de la mezquita de Córdoba, cuando una abigarrada muchedumbre de muslines, con sus jaiques blancos, se dirigía a la Aljama para rezar las preces a Alá y reverenciar a Mahoma, el primero de los profetas.

El interior del gran templo aparecía deslumbrador, por las luces purpúreas del padre de los astros, al atravesar los ventanales de colores y por los reflejos oscilantes de las mil lámparas doradas que le adornaban y embellecían.

En medio de un religioso silencio y cuando el gran sacerdote de la Kibla se hallaba sentado en un nimbar de oro y pedrería, rodeado de grandes cirios, se recitaron las oraciones matutinas, leyéndose al final la sentencia de muerte que el califa Abul Motrefo había pronunciado contra Walo de Elepla y los otros perros cristianos que habían osado maldecir las creencias del pueblo fiel.

Después sonaron las trompetas de plata de la alabanza y majestad y la multitud se desbordó hacia las afueras del santuario, ávida de contemplar la comitiva y la ejecución de los reos.

El sol de Junio se mostraba espléndido y ardiente. Por las tortuosas calles de Córdoba se veía una masa de gente, alegre y bulliciosa, que se detenía de vez en cuando en las puertas de baratijas, flores y frutas que se veían a cada paso, hasta llegar a una plaza hermosa, donde se hallaba el mercado de la gran ciudad.

Allí se veían comerciantes de todas las regiones orientales, con sus productos y objetos exóticos y brillantes; instalaciones

de rarísimas clases de plantas, con los árboles del incienso y de una especie de alcánfor; casetas de animales fieros amaestrados y bellísimas aves de todas las partes del mundo, que la multitud contemplaba extasiada, y otro sinnúmero de maravillas difíciles de contar.

De pronto, un religioso silencio, impuesto por la curiosidad, dominó en aquella abigarrada muchedumbre, por la aparición de un cuadro lastimoso: era la fastuosa comitiva que custodiaba y conducía a los adalides cristianos condenados a muerte.

Tras de una numerosa escolta de a caballo, que hacía resonar roncós clarines, marchaban vacilantes los siete reos, vestidos casi todos de escarlata y maniatados con gruesas sogas de esparto. Walo de Lebla, Pedro y Wistrebundo de Ecija, Sabiniانو, natural de Franiano, de la Sierra Morena, Habencio de Córdoba y el anciano Jeremías, del monasterio de Tabanense.

Figuraba primero Walo de Lebla, hermoso joven de unos veinte y tres años, cuyo rostro, demacrado por los sufrimientos y el dolor, delataba una tristeza profunda. Por su frente corría el sudor frío de los exánimes y de sus ojos negros se deslizaban gruesas y brillantes lágrimas. Por su boca abierta y jadeante caían dos goterones de sangre hasta manchar su blanca y bordada túnica de diácono. Detrás un sicario o verdugo le daba frecuentes latigazos y azotes con un manojo de correas de cuero endurecido.

Ante aquella escena cruel de dolor y simpatía a la vez, una joven piadosa y caritativa del mercado, atraída por la noble figura de Walo, se abrió ligeramente paso por entre las compactas muchedumbres y la soldadesca y besando al reo en la frente, cuyo rostro regó con sus lágrimas, y limpiándole su suciedad debida al sudor, la sangre y el polvo, con un cendal blanco, le brindó como refrigerio una hermosa fruta de su puesto, de las primeras que daban los huertos; una breva madura y rebosante de miel.

El santo mártir, mirando angustiado a la buena muchacha, le dió las gracias y aceptó generoso su lozana y dulce ofrenda.

La joven fué retirada impetuosamente por la soldadesca, pero ella siguió compadecida a la comitiva de los reos.

La borrasca imprevista de fuertes y arremolinados vientos,

saturados de finísimo polvo, había cesado y el sol se mostraba radiante y hermoso, visiblemente contrariado, algunas veces, por espesos y calurosos nubarrones. Y ya que el huracán había mitigado en bravura, aparecían más tranquilas las copas de los árboles, que adornaban y sombreaban las frescas riberas del Betis.

Una vez llegada la comitiva y los reos al lugar de la ejecución, fueron degollados primero los santos mártires, por el alfange del verdugo, entre los aplausos y maldiciones de las turbas; y después sus cuerpos exánimes, colocados sobre grandes piras de leña, se dispusieron convenientemente para ser quemados, con objeto de que los cristianos no pudiesen aprovechar sus reliquias.

Mas de la mano derecha del joven Walo se veía pendiente un objeto brillante como el astro de la mañana, que ofuscaba la vista de los espectadores; era la azucarada breva de la preciosa joven, que todavía el cadáver casi caliente del mártir apretaba con su temblorosa y pálida mano. De pronto se abrió y de su interior salió una blanca paloma, que se dirigió a los cielos entre la admiración de los circunstantes.

Una vez quemados los cuerpos de los reos y sus cenizas arrojadas al Guadalquivir, el verdugo gritó desafortadamente ante las multitudes:

«Se ha cumplido la sentencia del Califa, que Alá guarde, jefe de los creyentes, contra los que blasfeman de la divina ley inserta en el Corán y maldicen a su autor el gran profeta Mahoma. La más grande execración de todas las generaciones caiga sobre ellos».

Después se retiraron las muchedumbres cabizbajas y rumo-reantes.

La noche transcurría silenciosa, oscura y triste, sólo interrumpida por los cantares lejanos del gallo victorioso, que anunciaba las proximidades del nuevo día y por las voces débiles, medrosas y acompasadas de los Nuesines, que, desde las altas torres de la Mezquita llamaban a la oración y a los cultos.

En una pobre casita, adosada a los frondosos y aromáticos jardines del Alcázar, la humilde joven que había brindado la

breve fresca a San Walo, presa de terrible emoción y dolor, por el recuerdo del espectáculo sangriento del día y combatida fieramente por el insomnio cruel, murmuraba y dejaba escapar de sus labios sonrosados entre cortadas frases de exclamación y amargura.

Mas de pronto una claridad luminosa inundó la pobre vivienda y apareció el ángel del Señor, con su blanca luz resplandeciente y sus vestidos de púrpura y oro, que entregó a Ester una preciosa breva de oro y brillantes, que pendiente de una bordada cinta azul colgó del cuello anacarado de la muchacha, diciéndole: «El Señor ha premiado tu obra de commiseración para con el mártir Walo, enviándote este presente como prenda de la inmortalidad y de la gloria».

Y dicho esto, desapareció, dejando en la estancia un suavísimo olor.

A los pocos instantes, la piadosa Ester entró en un dulce y feliz sueño y se durmió en el Señor. Al expirar, de la artística fruta de oro y pedrería, que pendía de su garganta ebúrnea, salió una avecilla de vistosos plumajes con dirección a los cielos. Era el alma pura y noble de Ester que Dios colocó al lado de la del mártir Walo.

Después Jehová hizo que los ángeles entonasen ante las dos aves simbólicas e inocentes, con acompañamiento de melodiosos instrumentos, los himnos de la victoria y el triunfo reservados por Dios a las almas creyentes y generosas.

Debido a esta tradición legendaria, cuando la imagen de Walabonso es llevada procesionalmente por las calles de su ciudad natal de Niebla se le coloca en sus manos, pendiente de una cinta roja, la simbólica y tradicional breva, como dulce primicia estival y venturosa ofrenda en el día de su muerte.

lor,
iba-
es-
ex-

vi-
es-
ó a
de
nu-
se-
mo

vi-
y
ca
a,
e-
do

os
os
os

le
u
e
j-

DESPEDIDA

SAN MARTIN DE NIEBLA

*Dedicado al Excelentísimo
señor Arzobispo de Sevilla.*

¡Pobre Santuario! Antes de desaparecer quisiera componer en tu loor una hermosa Elegía, que bien lo mereces; pero mi torturada imaginación, agobiada por el dolor y la consideración de tus pasadas grandezas, parece que ha secado las fuentes de la inspiración y se asemeja al benéfico sueño, cuando cruel y egoísta huye pavoroso de los cerebros entristecidos.

Depositario de tantas tradiciones gloriosas, cual urna de bruñida plata de veneradas reliquias, señala la fecha memorable en que los reinos musulimes de Onuba y de Niebla fueron reconquistados por las armas cristianas; escuchando en tus consagrados recintos las primeras súplicas de Alfonso el Sabio y de las huestes castellanas.

Ya parece también oírse bajo tus verdinosos claustros el ténue rumor de la voz queda de los prelados que asistieron a los célebres Concilios de Toledo y el rozamiento estridente de las pesadas armaduras de los condes de Niebla, cuyas sombras parecen evocarse.

Hoy la desolación y el silencio como frío y obligado luto de las glorias y tradiciones pasadas, cubren tus desmantelados restos, cual huérfanos sin hogar y sin consuelo, sólo interrumpidas por el píar monótono de algunos pajarillos inocentes que recuerdan, al parecer, tus más puras alegrías y tristezas, sobre todo, cuando el sol brillaba sobre las aras rotas de los altares y los restos de tus carcomidos y artísticos retablos, cual leves remembranzas de los cánticos y oraciones en días perdurables.

Ya tus bellas simbólicas pinturas de San Martín a caballo partiendo su capa con los pobres y del Cristo bizantino clavado en medio de un oasis de palmeras desaparecerán para siempre, dejando a su paso un balsámico ambiente de castas y memorables poesías y virtudes.

¡Qué adorable te presentas, cuando, al caer el día por Occidente, se yerguen tus venerables torres cenicientas, taciturnas y melancólicas, sobre el fondo oscuro de los cielos, cual guardianes espléndidos y poderosos de tantos amores, tantas lágrimas y gozos como se han derramado a tu alrededor!...

Entonces sentimos una especie de escalofrío, que corre por todo nuestro ser, pareciéndonos también oír una voz misteriosa como la que Dios dirigió a Moisés ante la zarza incombusta: «¡Descálzate, inclínate y póstrate porque es santa la visión que contemplas!» para imitar así a los piadosos cruzados que arrodillados lloraban ante la vista de Jerusalén.

¡Oh seres queridos que dormís el misterioso y terrible sueño de la muerte bajo los húmedos pavimentos, sabed ahora que vuestras cenizas veneradas serán removidas y dispersas a los cuatro vientos por el fatal e inexorable destino de la voluble suerte y en vez de las clamorosas plegarias surgirán a vuestro alrededor el desdén, la indiferencia y el sarcasmo cruel!

No hace mucho sobre tus enhiestos y alegres campanarios, las blancas y erguidas cigüeñas anunciaban con un rudo cantar los días felices y espléndidos de la Primavera como si entonarían también himnos cadenciosos y rítmicos a los Cristos de la Columna y de Mateo. Mas dentro de poco no se percibirán en aquellos recintos solitarios sino los silbidos del aire al pasar por las angosturas o los estridentes gritos de las aves nocturnas, en medio de la pesada noche, cual fúnebre cortejo de los grandes y artísticos estragos, reducidos ya a imponentes ruinas.

¡Oh dolor fiero! ¡Oh muerte terrible del trágico desprecio de los tiempos! Cuando la piqueta demoledora del profano e indiferente se clave despiadada en tus venerandos muros nos parecerá que un soldado cruel vuelve a hundir en el pecho exánime del Redentor una larga y afilada lanza.

¡Adiós tradiciones santas, recuerdos sublimes, majestades adorables, suspiros de amor, embalsamados con el fino aroma de las oraciones y del incienso, desprecio de las vanidades del

siglo y ósculos santos e inefables, que, cual alhajas de oro fino y pedrería han realizado aquellas cosas y entidades, donde han estado engarzadas!

Ya no podré cantar más tus grandezas por la opresión y el sentimiento, ni mi lira será pulsada ya para otra cosa, acerca de ti que para acompañar lastimosamente los himnos del destierro, de la desolación y de la muerte. En vano querré mostrar exuberante vida después de tus grandes infortunios; pues sólo contemplaré, lloroso, como visión espléndida, los fulgores sublimes de una consoladora esperanza.

LEYENDA

LA PUERTA DEL SOCORRO

Dedicado a don José Rite,

I

La mañana se mostraba diáfana y espléndida. Las huestes cristianas se disponían a estrechar el cerco de la ciudad de Lebla. El grueso del campamento se había establecido frente al Arrabal de los árabes; y las mesnadas de los caballeros leoneses, en previsión de una retirada forzosa, tenían cortados los caminos que conducían al puente romano. Las máquinas de guerra se hallaban listas para atacar el lienzo de Occidente, que era el punto más débil de los muros de la ciudad. El arzobispo don Rodrigo montado en su yegua torda llamada Girafa por su altura, seguido de los ricos homes y caballeros de Castilla, arengaba a las tropas.

Aún no había llegado el Sol a su cenit y la lucha se hizo general. Por todas partes se oía un estruendo y gritería constante; el silbar de las piedras, con el estallido de las hondas guerreras; el chillido de las flechas, al rasgar los vientos impetuosos; y el sonido ronco y acompasado de las catapultas, al destrozar los viejos muros.

A los soldados árabes, en apretadas filas, y parapetados detrás de las almenas de los muros, se les veía acudir a los sitios de mayor peligro, engendrando con sus movimientos un confuso y extraordinario rumor.

Mas, de pronto, cesaron aquellos gigantescos ruidos y todas las miradas de las tropas cristianas se fijaron en las torres de la puerta del Norte de Lebla, donde Aben Malot, con relucientes vestiduras, régulo de la ciudad, acompañado de los Ulemas, para más excitar la rabia de los sitiadores, les mostraba desde lo alto a la bella princesa cristiana Ermisenda, que procedente del tributo ominoso de las cien doncellas, le había regalado el Rey de Granada, y a los jóvenes cautivos Pelayo, sobrino del

Obispo de León, Sancho, hijo del Maestre de Santiago, y Alfonso, primogénito de los condes de Ribagorza, apuestos y gallardos mancebos de la nobleza de Castilla y León. Sobre cada uno de ellos un sicario o verdugo tenía un alfanje levantado, para dar a entender que la muerte les estaba próxima y aparejada, y que era en vano luchar por su rescate.

En la lóbrega cárcel reinaba de ordinario una noche perpetua. Mas, entonces, en vísperas del suplicio, una luz moribunda esparcía temblorosa sus tristes destellos. La princesa Ermisenda, con los cabellos sueltos, en bello desorden, estaba recostada sobre los fríos y húmedos paredones del calabozo. Pelayo, Sancho y Alfonso, postrados de rodillas, dirigían sus plegarias al cielo por el triunfo de las armas cristianas, único medio de rescatar con su vida la libertad perdida.

Pelayo, al venir el día, haciendo esfuerzos inauditos, a pesar de los grillos y cadenas con que estaba aprisionado, había logrado pintar piadosamente, sobre los tostados muros de la prisión, aprovechando los débiles resplandores de la linterna, una tosca imagen de la Virgen María con el Niño en sus brazos, ante la cual él y sus compañeros derramaron lágrimas de dolor, y le pidieron su ayuda y socorro.

Mas, de pronto suena un confuso rumor, como de estruendo de armas y toque de cornetas, y ven con horror descender por el tragaluz, uno a uno, varios sicarios o verdugos, que traían antorchas encendidas y largas cuerdas en sus manos; y, en último término, aparece el régulo de Lebla, Abén Malot, que, seguido de algunos fakires, venían a presenciar la muerte de los prisioneros.

La princesa Ermisenda, postrada de hinojos, en actitud de éxtasis, suplicaba ante la imagen de María. Abén Malot, poseído de un instinto brutal, la cogió por sus rubios y rizados cabellos, y quiso abusar de ella sensualmente antes de darle la muerte; pero la joven cristiana, en un arranque de varonil entereza, mordiéndose la lengua y la escupió sobre el rostro del califa, bañándolo con su sangre. Mas, entonces, el soberbio y desechado reyezuelo ordenó a los sicarios que la desnudasen a viva fuerza, con objeto de recrear sus miradas lascivas en el cuerpo níveo y casto de la fiel doncella; pero apenas había sido despo-

jada de sus vestidos, una luz poderosa, que partía de la pequeña imagen de la Virgen, ofuscó la vista de los presentes, hasta dejarlos casi ciegos. Momentos después, Ermisenda, víctima de los sufrimientos y del terror, se había dormido en el Señor, quedando cubierto su cuerpo con un blanco sudario de milagrosa nieve.

Abén Malot, ante aquel espectáculo sobrenatural, huyó atemorizado de las prisiones; pero dejó ordenado que los jóvenes cautivos fuesen colgados de las argollas del calabozo y estrangulados; lo cual se cumplió exactamente.

II

Los cielos aparecen iluminados espléndidamente, como queriendo mostrar a las gentes las claridades inmensas de la gloria. De pronto se abren como granadas los fuertes muros de las cárceles de Lebla y se dejan ver en ellos las estrellas del firmamento. Los guardas aterrados se esconden y ocultan el rostro con sus manos. Y se oyen músicas angélicas, que entonan suaves melodías y sirven de notas armoniosas a los preciosos cánticos, que se repiten sin cesar.

Numerosos ángeles extendían una bella escala de oro y piedras preciosas, que, como la de Jacob, baja desde el cielo a la tierra, y se dirige a las prisiones y por ella se ve descender una hermosa doncella, con vestidos de nieve y corona de rosas, seguida de otras jóvenes de sin igual belleza. A su paso se presentan los astros, enseñándoles sus maravillas; y alrededor del cortejo celestial se suceden estelas luminosas.

Los heraldos de la gloria, que van delante y que esparcen al viento sus cabelleras doradas y sus alas tornasoladas, gritan al pasar: «¡Humillad vuestras frentes, que es la Virgen María y su corte, que van a ceñir las coronas del triunfo a los mártires de Cristo!».

Las tropas cristianas se ven obligadas a levantar el asedio de Lebla, marchando precipitadamente a Toledo.

Al llegar a la ciudad imperial se dispuso que la entrada fuese solemne. En primera fila iban las músicas de trompetas, tambores y añáfiles, interpretando bélicas tocatas. En segundo

lugar marchaba la gran cruz arzobispal, que llevaba sobre una jaca blanca un canónigo de la basilica toledana; siguiéndole en ordenado tropel, el Arzobispo don Rodrigo, los caballeros, prelados y ricos homes de Castilla y León, con sus respectivas mesnadas.

Mas cual no tué la sorpresa del prelado guerrero y de la nobleza castellana y leonesa, cuando al penetrar por las puertas doradas de la catedral primada, vieron con sorpresa y asombro, que les esperaban la bella princesa Ermisenda y los nobles cautivos del régulo de Lebla, Pelayo, Sancho y Alfonso, quienes le manifestaron que por la ayuda y socorro de la Virgen María habían vuelto a la vida y transportados milagrosamente a Toledo, mostrándoles al propio tiempo, las señales del martirio.

Llenos de júbilo por la protección de la celestial Señora, entre los vítores del ejército y del pueblo, fueron todos a dar gracias ante el altar mayor de Santa María de Toledo.

Puesto nuevamente cerco a la ciudad de Lebla por Alfonso el Sabio, hijo de San Fernando y conquistada por las armas cristianas, bajo los auspicios de la Madre de Dios, Nuestra Señora de la Granada, que al frente de los ejércitos venía, hicieron su entrada triunfal por la puerta del Norte en el recinto amurallado, toda guarecida y almenada, a la que se puso el nombre de Socorro, en recuerdo de la liberación milagrosa de los cautivos cristianos por la intercesión de María, colocando sobre sus torres el estandarte de Castilla, que traía también pintada la imagen de la Virgen, guardándose después en la mezquita oriental.

Todavía la tradición leblense recuerda este prodigio en un lienzo colocado en la misma entrada morisca del Socorro, en el que aparece la Virgen sentada con Jesús en sus brazos y ante ella, los cautivos cristianos imploran su piedad.

EL ARBOL DE LA VIRGEN

*Dedicado a Nuestra Señora
del Pino, patrona de Niebla.*

A las orillas de un cristalino arroyuelo, que murmuraba entre verdes sábanas, salpicadas de flores sencillas, se elevaba un olmo corpulento, cual guardián de agrestes soledades, que dando señales de una misión augusta, presentaba, al compás de las brisas suaves, sus hojas blanquecinas.

Según las más viejas y simpáticas tradiciones del pueblo, aquel solitario de los campos albergó entre sus ramas retorcidas y soberbias, como rústico altar, una preciosa imagen de la Virgen, que tenía a Jesús en sus brazos, el cual acariciaba a una blanca paloma.

La imaginación popular embellecía a su vez aquellos santos recuerdos con los pajarillos que en aquella venturosa enramada labraban sus nidos, criaban a sus polluelos y cantaban interminables gorgoros para alegrar las soledades de la madre de Dios en lugar de los cánticos de las fieles.

Mas, después que un cazador afortunado encontrara la imagen de la Virgen todavía siguió aquel árbol gigante, guardador de María, proyectando sus benéficas sombras a los pies del humilde santuario, donde la placidez de la oración era sublimada con los alegres tañidos de una campana, que embelesaba también con sus sonos a los sencillos pastores de aquellos contornos.

Allí los mozos y las muchachas del pueblo como si recordaran el regazo maternal, entretenían sus ocios, bailaban y cantaban sus amores entre músicas sencillas y sabrosos ágapes, mientras los ruiseñores y otras aves parleras remedaban en el lenguaje de la naturaleza los murmullos y caprichos humanos.

Qué bella poesía se daba en un ósculo de paz, cuando al salir de la aurora, con sus colores rojos y amarillos, se divisaban los mansos corderillos del aprisco, al amparo del árbol de la Virgen, guardados por un prudente mastin, y a sus lados la humilde

cabaña de haces de juagarzos verdes, con los blancos residuos de la amorosa lumbre, que había reflejado sus destellos en los riscos próximos durante la tempestad...

Qué soledades aquellas tan venturosas cuando en las noches de placer, extasiadas por el blanco fulgor de la luna, convidaban a la meditación y al silencio!... Ya los recuerdos sublimes; ya los sentimientos tristes; ya los momentos felices, que vagaban presurosos por la mente, hasta que el dulce y tranquilo sueño aprisionaba con círculo de hierro las fantasías de nuestra alma.

¡Qué hermosos eran entonces los cantares y endechas y qué interesantes las tertulias y decires amorosos aderezados naturalmente con las aromas de las florestas y las brisas del cercano mar!

¡Oh árbol maravilloso, recuerdo de los siglos dorados, tan lleno de poesía y recuerdos, que mostrabas tus copas verdes y blancas, enhiestas y galanas, al salir del sol radiante, y proyectabas tus sombras misteriosas en las noches serenas, mientras brincaban en el cercano arroyuelo los plateados pececillos!... ¿Por qué recibías las adoraciones del pueblo piadoso y los cariñosos saludos de los ancianos y de los niños?... Porque fuistes un día el árbol de la Virgen.

Mas una mano egoísta, avara sobrevino y matando sublimes poesías, cayó en tierra aquel santo asilo de preciosas tradiciones y consoladoras remembranzas, y ya no cabe entonar en aquellos sitios, derruido también el santuario de la Virgen, sino las tristes endechas de Rodrigo Caro:

Estos Fabio, ay dolor, que ves ahora
campos de soledad mustio collado,
fueron un día de la Virgen gloriosa.

LEYENDA

LA CRUZ DE LOS AJUSTICIADOS

En la parte occidental de la vieja ciudad de Niebla, en un promontorio de piedra, extramuros, se presenta a la vista del curioso viajero, una columna de gruesos cantos, denegridos por la acción de los siglos, rematada por una cruz sencilla de hierro, donde es fama y tradición, que, durante la Edad Media, se colocaban en aquel sitio, pendientes de unas garfias, las cabezas ensangrentadas de los ajusticiados, para que sirvieran de escarmiento a las gentes.

A la caída de la tarde, cuando el sol se dirige en marcha triunfal a los países de América y envía sus últimos y rosáceos destellos a la histórica población, la cruz de los ajusticiados se yergue imponente, presentando un aspecto tétrico y terrible, a la vista de los desmantelados baluartes.

En una ancha fosa, que se ve a sus pies, caía la sangre de los reos, cuando el negro verdugo, con su reluciente y cortante machete, desprendía las cabezas del tronco, sobre un gran tajo de madera, a presencia de las horrorizadas muchedumbres.

No muy lejos de aquel sitio, en grandes y profundas simas antiguas, cavadas en forma de alcuza en la roca viva, se despeñaban los inanimados, pero aún todavía calientes cuerpos de los condenados, para que sirvieran de pasto a reptiles y animales inmundos.

Era una cenicienta tarde de Abril, y los muros de la antigua plaza, se veían coronados de soldados y de abigarrados grupos de gentes, dando vista a la cruz de los ajusticiados.

Por la puerta almenada del Socorro, entre confuso tropel de milicias y griterío de mujeres, eran conducidos al suplicio dos hermanos jóvenes, de apuesta y gallarda hermosura, llamados Gobel y Alicia. Iban maniatados y vestidos de escarlata.

El delito de que se les acusaba era el de espionaje, pues la ciudad de Niebla se hallaba cerrada y en estado de próximo sitio, porque venían sobre ellas las tropas leales del monarca Enrique III. para sojuzgarla a la corona de Castilla.

Mas la verdadera causa era, según testimonio del rumor público, que prendado ciegameute de la hermosa Alicia, el Alcaide del Castillo, don Juan Ortega; y habiendo tratado de conseguir sus insanos propósitos, de varios modos, hasta apelando a la amenaza y la tortura; no había podido alcanzar nada de la virtuosa joven, ni mucho menos ablandar la voluntad y firmeza de su heróico hermano Gobel, defensor de su honradez; y, entonces, buscó un pretexto el señor feudal, en aquella ocasión oportuna del asedio de la ciudad, para hacerlos sospechosos de comunicación con el enemigo y condenarlos al último suplicio.

Cuando los inocentes reos hubieron llegado al lugar de la ejecución, se levantó una protesta y rumor general, que hubiera degenerado en motín, pero fueron contenidos enérgicamente por las huestes de la plaza, que atropellaron a la airada muchedumbre, que, con dolor y lágrimas, iba a presenciar la ejecución del crimen.

Desde el torreón del Socorro, el lascivo Alcaide, rodeado de sus partidarios dirigía, rabioso, sus ansiosas miradas sobre la hermosa Alicia, dando al fin con un pañuelo al verdugo la señal y orden de ejecución.

El que primero subió al cadalso fué Gobel, que lo hizo con paso firme y semblante sereno. Instantes después, el verdugo enseñaba al pueblo, cogida por los cabellos, la cabeza ensangrentada del joven.

Al mostrarse la bella Alicia al verdugo, con las manos cruzadas sobre el pecho, la cabeza inclinada humildemente como un cordero y sus rubios cabellos que caían sobre sus hombros en rizadas trenzas, las multitudes prorrumpieron en gritos ensordecedores, dando suspiros y ayes de dolor y poniéndose instintivamente de rodillas.

Alicia, antes de morir, levantó su blanco rostro y dirigió a la Santa Cruz esta breve súplica: «¡Santa Cruz de Cristo, bien sabes que soy inocente, defiéndeme, hazme justicia y sálvame!»

En estos sublimes momentos, refiere la tradición, que la Santa Cruz, que se hallaba enhiesta y recta sobre la columna, se inclinó de uno de sus lados milagrosamente, como para dar a entender que escuchaba aquella justa demanda; pero, además, el verdugo y las gentes más próximas al lugar del suplicio pudieron oír distintamente las misteriosas palabras que salieron del lábraro santo, y que Cristo dijo también en el Gólgota a Dimas: «¡Alicia, hoy serás conmigo en el Paraíso!»

Un redoble de tambores y estruendoso sonar de clarines dió a entender a la resignada población de Niebla, que se había ejecutado la feroz sentencia; retirándose las gentes llorosas y cabizbajas, después de besar la cara de Alicia.

El día amaneció nublado y triste; la consternación de la ciudad era general; las tropas del Monarca Enrique III se acercaban a Niebla a pasos forzados, con el deliberado propósito de asaltarla y entrar en ella antes de declinar el día.

El Alcaide de la fortaleza don Juan Ortega, en un arranque de orgullo, arengó a sus mesnadas e hizo una salida, extra-muros, con objeto de medir sus fuerzas con las tropas del rey a campo abierto; teniéndose el primer choque sangriento frente a la cruz de los ajusticiados.

En las primeras acometidas, el caballero Mosen Aguiló, hirió gravemente con el sable al Alcaide don Juan Ortega, cuyo caballo, espantado, le llevó arrastrando enganchado en uno de los estribos de la silla hacia la cruz de los ajusticiados, donde falleció y fué encontrado con el cráneo destrozado.

Vencidos los fuertes de Niebla, Enrique III entró triunfante en la ciudad.

Después, al día siguiente, al salir de ella con sus tropas victoriosas, al pasar por la cruz de los ajusticiados, enterado del martirio de Gobel y Alicia, y de la venganza divina sobre el Alcaide Ortega, ordenó, que de allí en adelante, no sirviera más aquel sitio para la ejecución de los reos, sino para la exaltación de la Santa Cruz.

LEYENDA

EL HOMENAJE

Dedicado a D. Serafín López.

Cuando Abu beker, de la dinastía de los Beniyaya, tomó las riendas del gobierno de Libla, se propuso hacer para sí y sus descendientes un Alcázar tan magnífico, que guardara relación y hasta igualase a los mejores de Bagdad, y aún se mirase en los palacios de Medina Azzara en Córdoba.

Efectivamente, haciendo venir los mejores arquitectos árabes, construyó en poco tiempo una mansión real tan hermosa que podía competir con las más fastuosas moradas de Damasco. Sus cúpulas doradas, de diversos tornasoles y matices, parecían a largas distancias visiones celestiales. Sus salas o habitaciones eran magníficas; y en el salón del trono se divisaba el solio real de inusitada pompa y esplendor, de oro macizo, estaba apoyado en leones del mismo metal, que, por ingeniosos resortes, rugían como los naturales del desierto. A sus lados se veían árboles dorados con curiosas aves, cuyas alas estaban cubiertas de piedras preciosas, ejecutando hermosos y variados cantares y trinos. Rodeaban los regios aposentos deliciosos jardines, donde se plantaron rarísimos árboles y plantas traídas del Oriente. En el pabellón central, cubierto de láminas de oro, había una fuente de vistosos y preciosos mármoles, donde un pavo real de plata derramaba chorros de azogue, que enjendraban admirables vislumbres a los ojos del espectador.

Mas la perla brillante, que daba mayor realce a aquellas fantásticas mansiones de hadas, era la princesa Elima, de semblante nacarado, rubios y ondulados cabellos, ojos azules y labios de coral. Constantemente le seguían legiones de hermosas doncellas, que no servían para otra cosa sino para dar viso a su gentil y arrogante belleza. Numerosos príncipes de los reinos colindantes, de Onoba, los Algarbes, de Córdoba, de Hispalis y las Alpujarras, habían fijado en ella sus codiciosas miradas, envián-

dole ricos presentes y regalos; pero poseída Elima de su singular hermosura a todos había rehusado su mano; y cuantos halagos se le prodigaban no hacían más que acrecentar más y más el orgullo de su juvenil corazón.

El aspecto del salón del trono era maravilloso. Abu-beker, sentado en el sitial de oro, tenía a sus lados cuatro chambelanes negros, que movían suavemente a su alrededor grandes abanicos de vistosas plumas. A derecha e izquierda estaban los magnates del reino, sentados en sillas de nácar y oro con el fin de acordar el partido más ventajoso para la princesa Elima, heredera del reino. Dos eran sus más afortunados pretendientes: Aben Iaid, del reino de Granada y Estor, príncipe oriental de Damasco.

Los nobles, con unánime acuerdo, impusieron a los dos pretendientes, como condición expresa para obtener la mano de Elima, el que primero construyese e implantase en el regio Alcazar una hermosa fuente de aguas puras y cristalinas para embellecer los jardines reales y una torre magnífica, que sirviese de atalaya del reino de Libia, e igualase en esbeltez a los minaretes de las mezquitas de Córdoba y Sevilla, que hoy llaman Giralda, y desde la cual la reina recibiría los homenajes del futuro esposo.

Aceptadas las dos condiciones, Estor fué el primero en cumplirlas, pues, habiendo traído arquitectos de Bizancio, a los dos años próximamente había terminado la soberbia torre del Homenaje, situada en uno de los ángulos del Alcázar y tan gallarda y hermosa que igualaba a las de las orillas del Bósforo y a las del templo de Eliópolis en Egipto. Estaba adornada de primorosos encajes de arabescos, con puertas y balcones de bronce dorado y plateado; y en la terraza dos estatuas de oro, que anunciaban con extraños sonidos la dirección de los vientos.

En la cúspide o remate se divisaba una manzana o globo de láminas de oro, coronada por una media luna de plata, que transmitía en todos sentidos los rayos del sol.

Al extremo de la maravillosa fuente, llamada Bienvenida, concurren todos los grandes del reino, que bebieron, por primera vez, en su recipiente de mármoles y oro, exquisitos vinos verdes, traídos de remotos países. La patera o plato para reci-

bir el agua estaba sostenida por doce toros de bronce dorado, semejantes a los leones de la Alhambra de Granada; y en su parte central una media luna de oro, emblema del profeta, dejaba salir dos surtidores magníficos, en cuyas blancas cascadas aéreas se dibujaban los colores del iris.

Aben-laid apenas pudo hacer otra cosa que traer los manantiales de las aguas azules de los valles de las moreras (Valdemorales) e introducirlos por la puerta oriental de Brid guadi o Puerta del Agua y construir la pequeña torre ochavada de Hispalis.

El homenaje a la princesa Elima se celebró con singular magnificencia. Esta se hallaba adornada suntuosamente con ricos collares y brazaletes, rodeada de su padre y de varios ulemas, presenciando desde uno de los balcones de la torre la comitiva de Estor.

Para el grandioso acto las puertas y galerías del Alcázar se habían cubierto de costosos tapices orientales, bordados de oro, y los eunucos y cubicularios llevaban trajes de sedas de colores y cinturones de oro. Astor ostentaba un vestido de brocado y montaba un soberbio caballo blanco, cuya lujosa silla y brida se hallaban guarnecidas de piedras preciosas. El alfange tenía el puño de oro con multitud de piedras preciosas, que habían de ofrecerse a Elima como regio homenaje. Después los músicos tocaban marchas alegres y guerreras.

El desfile duró casi todo el día por las calles de Libla, pues las tropas solamente ascendían a cuarenta mil hombres. Además iban pajes, conduciendo en sus manos toda clase de plantas exóticas del Oriente, obtenidas ingeniosamente fuera de su estación; rebaños de animales domesticados, desde el oso polar hasta el rinoceronte de Etiopia, monos, leopardos, antílopes, gacelas, asnos salvajes, elefantes, bisontes y pájaros de la India y de Ceilan. Cerraban la comitiva numerosas carrozas, representando escenas de caza, personificaciones de los pueblos del reino y de las estaciones del año. Numerosos eunucos intercalados rociaban sobre el público verdaderas lluvias de perlas y monedas de oro, con bolas de ámbar y almizcle, en cuyo centro habían bonos que daban derecho a hermosas esclavas, caballos y magníficas heredades y huertos.

El Tinto mostraba un aspecto curioso, soberbio, multitud de

embarcaciones de vivos colores, venidas de los puertos de España y de Oriente, yacían engalanadas, prestando un magnífico golpe de vista.

La boda real debía efectuarse al día siguiente

La noche aparecía en completa calma y majestad; la luna en su lleno estaba más hermosa que nunca; el aroma de los jardines convidaba al placer.

El joven y apuesto D. Jaime, el cautivo, de la nobleza de Toledo, sufría grandemente, al saber la suerte oficial que esperaba a su querida Elima. El sabía seguramente que a nadie daría su mano más que a él.

No había que perder tiempo; así, a la señal convenida, se vieron mover suavemente las hojas de los árboles y florestas del jardín real, y apareció Elima como una visión celestial. Con los sufrimientos estaba más bella que de costumbre, realzando la hermosura de su rostro los pálidos reflejos de la luna.

Jaime había ordenado a su esclavo favorito que ensillase el mejor caballo de las cuadras reales, llamado Soter (Salvador).

Ya todo dispuesto, amparados por las sombras de los espesos jardines y alamedas, y sirviéndoles de provecho el cansancio de las gentes, por las fiestas del día anterior, huyeron Jaime y Elima seguidos de su fiel eunuco.

El día amaneció espléndido; las multitudes bulliciosas acudían a los alrededores del Alcázar, atraídas por la solemnidad del acto.

Por el contrario, en el palacio real, la confusión, alarma y zozobra eran indescriptibles, al saber la ausencia y fuga de la princesa Elima. Su padre, Abu-beker, se hallaba consternado con aquella desgracia. Astor, el príncipe prometido, no se daba un punto de reposo. En seguida se prepararon faquires y caballos de las cuadras reales para la busca de la gentil doncella, que indudablemente se había fugado con el príncipe cristiano don Jaime, que también faltaba de sus aposentos.

Era al atardecer cuando los fugitivos príncipes, encontrados en el espeso Ajarafe de Sevilla, eran conducidos por numerosas patrullas de ginetes a la preseneia de Abu-beker.

La princesa Elima, llena al parecer de confusión y dolor, llevaba la cara casi oculta por los vaporosos encajes; en el rostro de D. Jaime se notaban también las huellas del sufrimiento.

Al llegar a la presencia real, el murmullo de la concurrencia se convirtió en un silencio profundo y Abu-beker, montando en cólera, con el semblante descompuesto, sacando precipitadamente su alfanje, iba a dar muerte a los príncipes; pero se interpuso vivamente, movido de un impulso generoso, el príncipe Astor, cediendo para D. Jaime la mano de Elima y consiguiendo el perdón de su padre. Además le cedió generoso el candelabro de oro de siete brazos, con cirios de ámbar, que había de servir su noche de bodas, y la alfombra de oro y piedras preciosas.

La ciudad de Libla alabó y encomió por largo tiempo la generosidad de Astor para con los dos amantes; y jamás olvidó al príncipe de la Bienvenida y de la Torre del Homenaje.

EL TRIUNFO DE LA SANTA CRUZ

EL CRISTO DE LA PALMERA

*Dedicado al Presidente de la
Real Academia de la Historia.*

Entre las bellezas pictóricas de los tiempos de la Reconquista, descubiertas últimamente en la iglesia ojival de San Martín de Niebla, figura, en la capilla árabe de la derecha, el Cristo de las Palmas.

En el fondo del fresco se representa un paisaje ordinario de las regiones del Oriente, un extenso desierto con montículos de arena en una de cuyas colinas se eleva un grupo de bellísimas palmeras, figurando un pequeño oasis. Sobre el tronco de la más corpulenta aparece Jesucristo clavado en la cruz, apoyando sus brazos en dos ramas floridas que salen de la palmera principal. En las frondosas copas de la reina del desierto se lee la palabra abreviada del título de la cruz «Inri», o sea «Jesus Nazarenus, Rex Iudeorum».

La figura de Jesucristo, de dibujos correctísimos, en colores oscuros y amarillos, presenta el cuerpo y las manos alargadas, así como su hermoso y expresivo rostro, semejante a los Cristos del Greco, y según se observa en muchos Cristos de la Edad Media, en Santa María la Antigua de Roma y Cristos de Volturmo, León y Burgos. Jesús está también fijo a la cruz con cuatro clavos, según la tradición de los primeros siglos.

A sus lados, sobre colinas del desierto, aparecen las imágenes del discípulo amado, San Juan Evangelista y la de María Santísima la Madre del Salvador.

El simbolismo pictórico de este fresco precioso del siglo XIII al XIV es de lo más bello y poético.

Los artistas coptos o árabes, ya sometidos, que quedaron en Niebla, o los pintores cristianos dibujaron un paisaje oriental que sirviera de atracción a los mahometanos, y sobre una palmera, símbolo de la vida de los países bañados por el sol, colo-

caron a Jesucristo, savia y centro de la vida espiritual del cristianismo.

La pintura nos trae también a la memoria la tradición medioeval de la palmera que suministró la madera para el árbol de la cruz, árbol del bien y de la vida del paraíso de la Iglesia, y la exaltación de la serpiente de Moisés en el desierto, para salud del pueblo hebreo.

Y así como la palmera en los países del sol es el árbol triunfador de aquellas ardorosas regiones y en la soledad de los desiertos, en el fresco simboliza la victoria y el triunfo de Cristo sobre los egoísmos de la humanidad, semejantes a una tierra árida sin flores ni arbustos, y figura además la rosa virginal de la caridad sobre el campo seco de los corazones empedernidos. El desierto es emblema de las miserias de la vida terrenal, con la esperanza y el verdor para el cristiano de la gloria futura, cuyas puertas nos abrió el Salvador y en donde recibiremos los frutos del árbol de las virtudes cristianas que atrae sobre nosotros en este valle de lágrimas las lluvias y bendiciones del cielo.

El simbolismo del fresco nos recuerda también nuestra victoria sobre las bajas pasiones, figuradas en el desierto, con el auxilio de la gracia y los méritos de Cristo; verdadero árbol que sirve de refugio a las aves del cielo, o sea a las almas buenas, árbol del oriente de la civilización cristiana que, como el sol, trae el calor de la fraternidad y del bien a las naciones.

Esta pintura medioeval representa también el misterio de la Encarnación de Cristo; pues así como la palma se fecunda con el hálito y la brisa de las miradas varoniles, del propio modo se engendró Jesús en el seno virginal de María, palma esbelta de Cades, fecundada por la gracia divina que dió el fruto precioso del Salvador del mundo, y que nos preserva con sus sombras benéficas y su mediación de los ardores del sol de justicia, y atrae sobre la humanidad doliente el rocío de la gracia y de la esperanza.

Nos trae también a la memoria la palmera que, según las tradiciones orientales, albergó a la Sagrada Familia en su huida a Egipto, y que estando seca reverdeció e inclinó sus verdes copas llenas de dorados racimos de dátiles, que brindó a los fugitivos hambrientos y ocultándolos con sus sombras de

las miradas de los soldados de Herodes, que perseguían al divino Infante.

Desde entonces, Jesús bendijo las palmeras y las escogió como símbolo de eterna salvación para los moribundos y emblema del triunfo y gloria de los mártires, haciendo también con una palma en sus manos su entrada triunfal en Jerusalén.

Según las leyendas medioevales, estando Adán próximo a morir, envió a su hijo al Paraíso para que le trajese una manzana; pero el hijo, en vez de aquella fruta, le trajo el báculo con que había sido expulsado del Éden. Adán entonces cogió el báculo y lo cortó en tres pedazos, colocándolos alrededor de su cabeza, sobre la tierra, los cuales, al morir, se convirtieron en tres hermosos árboles: un ciprés, un cedro y una palmera, habiendo sido el tercero el árbol de la cruz, según las profecías de la reina de Sabá a Salomón. Y de aquí los versos de Calderón:

El cedro, que es árbol fuerte,
es como el Padre divino,
que engendra perpetuamente;
la palma que, dice amor,
pues sin el amor no crece
ni da fruto, semejante
es al espíritu ardiente,
que enciende en amor los pechos:
el ciprés, que dice muerte,
como el Fijo es, pues él solo.
de las tres personas muere.

LEYENDA

EL PINO DE LA VIRGEN

Dedicado al pueblo de Niebla.

Es tradición histórica en la villa de Niebla que en el año 1527, el pastor de la misma Pedro García, yendo de caza, por el arroyo de Lavapiés, llamado así porque en él se bañaba la princesa árabe Esteil, descubrió sobre la verde copa de un pino gigantesco, que había entre la espesura, una hermosa paloma campestre; a la cual tiró con su arcabúz o espingarda; pero, al ir a recogerla, porque la creía muerta, la halló viva en los brazos de una imagen de la Virgen María, que se encontraba oculta entre sus espesos ramajes, escondida, tal vez, por los cristianos, desde remotos tiempos, para preservarla de las injurias de los infieles moros.

Admirado del caso, que creía maravilloso, se postró de rodillas, la adoró, y, habiendo subido con trabajo, al lugar donde se hallaba, cogió entre sus brazos a la santa efigie, volando entonces la blanca paloma en dirección a los cielos hasta perderse de vista.

Corrió presuroso y gozoso al pueblo y enseñó a las gentes el precioso hallazgo, mostrándoles además el súbito milagro de hallarse sano de la lepra incurable, que hacía tiempo padecía. Pero cual no fué su sorpresa, cuando al día siguiente, la Virgen había vuelto a su morada campestre de los verdes pinos, suceso que se repitió por tres veces.

Entonces los vecinos de Niebla, penetrados de la voluntad de la divina Señora, le erigieron un modesto templo en el lugar mismo de la aparición, en el centro de una intrincada selva y a la orilla del limpio arroyuelo.

Según la leyenda, el frondoso pino, durante el siglo XVI y XVII, haciendo compás y armonía con los siglos de oro de la piedad y de la grandeza española, cuando el sol no se ponía en

sus dominios, se llenaba de extraña y hermosa florescencia todos los primeros de Mayo de cada año; sazónándose de encarnados frutos al día siguiente, día de la aparición de la Virgen.

También la blanca misteriosa paloma acudía anualmente a dar sus conciertos de dulces arrullos sobre el árbol sagrado, sin inmutarse a la presencia de los fieles.

Y de estos maravillosos sucesos se originó la copla popular siguiente:

Nuestra Señora de Niebla
tiene un gran pino en su atrio,
que da piñas en Octubre;
cerezas, el mes de Mayo.

Es fama y tradición que, durante aquellos siglos de acendrada piedad, los ramitos verdes del pino curaban un gran número de enfermedades, guardándolos religiosamente los fieles hijos de Niebla, en sus casas, con gran respeto y veneración.

Hoy, ya, que los sitios agrestes y pintorescos, donde se alzaba el templo de la Virgen, se hallan en la mayor tristeza y desolación, como muestras evidentes del decaimiento de la fe perdida y como signos indelebles de la humillación de la patria española, un gran abedul blanco, como guardián de las viejas leyendas, testigo mudo y silencioso, había reemplazado al secular pino en su misión venturosa de pedestal y asiento de la Virgen María, donde los pastorzuelos y las gentes sencillas recordaban en las horas de siesta y de placer, aquellas venerandas y agradables tradiciones populares; pero una mano profana ha cortado también con la segur devastadora aquel natural testimonio de los recuerdos liblenses.

No obstante, como si se cumpliera un destino providencial o un irresistible mandato de la fe cristiana, que nunca muere en los pueblos españoles, los hijos de Niebla continúan sus peregrinaciones y giras campestres al lugar santo; Sinaí y Jerusalén de sus padres, alegría y lágrimas de sus mayores, donde todo parece que respira todavía sublimidad y poesía.

¡Qué hermosos parecen en la Primavera aquellos desmantelados restos de la Ermita del Pino; rodeados de florecillas humildes, cual si recordaran la memoria del ser querido!... ¡Qué

bellos son allí los cantos del ruiseñor solitario, de las calandrias parleras y del pintado jilguero!... ¡Qué aromáticos y vistosos los lirios morados que alfombran aquellos prados amenos!... ¡Qué bonitos y plateados son los los peces que corren en bandadas y juguetean por el cristalino arroyuelo!... ¡Qué cielo más sereno, qué paz más deleitable, qué silencio más misterioso y soñador reinan en aquellos parajes, que hablan frecuentemente al alma!

¡Hijos de Niebla, no olvidéis estos dulces recuerdos, santos como el beso del niño angelical en los labios de su tierna madre; embriagadores, como el amor de las personas queridas; y saludables, como la alegría y la halagadora esperanza a los oídos del enfermo! Ellos os servirán siempre en lontananza y lejos de vuestro hogar, como la blanca bandera de la ansiada paz; como la noticia de la suspirada libertad al desterrado y al prisionero, y como la prenda de la gloria futura de vuestros inofensivos sentimientos religiosos. Vínculos de unidad y lazos indisolubles y galanos del amor y de la prosperidad de un pueblo célebre.

EL CABALLO DE ABU-SAID

Aquella jornada fué aciaga para las tropas cristianas. Antes de comenzar la pelea, D. Rodrigo, Arzobispo de Toledo, celebró el sacrificio de la misa en los grandes patios del Alcázar morisco de Niebla y dió la comunión a las tropas.

Las huestes del Titán, rehechas por los auxilios recibidos de los régulos de Badajoz, Onuba y los Algarbes; se presentaron ante los desmentelados baluartes de la ciudad; pero fueron fácilmente contenidas por las tropas cristianas. Mas en el ardor de la lucha, envalentonadas, hicieron una temeraria salida, cayendo en la emboscada de los Agarenos, siendo al fin deshechas, con la pérdida de la plaza, en las proximidades del cerro llamado de San Cristóbal, por su altura, regresando desde allí las mesnadas fugitivas y dispersas de los cristianos en dirección a Toledo.

Abu-Said, el general vencedor de las tropas de Aben-Mafot, rey de Niebla, al entrar triunfante en la ciudad, se dirigió ufano a la gran mezquita oriental y dió gracias a Alá y a Mahoma, el primero de los profetas, dirigiéndole la siguiente súplica:

«Alá, dios único, el grande, el victorioso, el sublime, el que hace reír, el que hace llorar, por quien todas las cosas subsisten, os damos gracias por haber vencido con tu auxilio los ejércitos de los perros cristianos, que Satanás maldiga, y a los cuales yo espero vencer siempre con el poder de tu fuerte brazo, y el aliento divino del padre de los creyentes, el gran Mahoma, superior a Santiago, el defensor de los cristianos».

Después, al salir de la mezquita, dió orden a las tropas de saquear los templos y las casas de los cristianos, antes toleradas y de destrozar las pinturas e imágenes de sus iglesias y de maldecir al Cristo.

Las brisas y aromas de las tardes agradables de la primavera convidaban al placer. El orgulloso Abu-Said, seguido de un escuadrón de jinetes árabes, se dirigía en paseo triunfal hacia las grandes laderas del cerro de San Cristóbal, que los musulines llamaban de Mahoma, en contraposición a los cristianos, para recrearse en el teatro de las últimas victorias, ganadas a los infieles cristianos.

De su boca salían, durante el trayecto, exclamaciones de rabia y blasfemias horribles, asegurando por Mahoma que él vencería siempre el empuje de los cristianos, a pesar del decantado auxilio de Santiago, y a los cuales derrotaría una y mil veces, para demostrar la ineficacia de los auxilios de su Dios y de sus profetas.

Mas de improviso se oyen ruidos como de lejana tempestad, el rostro de Abu-Said palidece y el brioso caballo se espanta y resbala hasta dar con sus manos y cabeza en la dura piedra, permaneciendo en esta postura largo rato.

Abu-Said, caído en tierra, dirige sus extraviadas miradas hacia la visión de un hermoso jinete, en caballo blanco, de relucientes cascos y armaduras, que le dice:

«En vano te empeñas en dar coces contra el aguijón. Yo soy Sansiago, Apóstol de Cristo, a quien Dios ha confiado la defensa de España contra la morisma. Por tus horribles blasfemias, en breve perderás la vida y la plaza de Niebla, en cuya refriega, mi celestial protección se hará visible para las tropas cristianas».

Los jinetes árabes, extrañados y llenos de temor, acudieron con presteza en auxilio de su caudillo, conduciéndole casi desfallecido a la ciudad de Niebla.

Mas antes de partir de aquellos sitios observaron, admirados, que en la roca viva habían quedado señalados no solamente los cascos y herraduras del hermoso caballo de Abu-Said, sino también la figura de sus brazos al caer como arrodillado y la impresión de su boca al morder humillado el polvo de la tierra.

Según la tradición y la leyenda, Abu-Said, después de aquel trágico suceso, presa de horribles sufrimientos y convulsiones, falleció a los pocos días en la ciudad, resultando fallidos sus vaticinios blasfemos. Mas antes de morir encargó a su esposa que al entrar nuevamente en triunfo las tropas cristianas en

EL CABALLO DE ABU-SAID

Aquella jornada fué aciaga para las tropas cristianas. Antes de comenzar la pelea, D. Rodrigo, Arzobispo de Toledo, celebró el sacrificio de la misa en los grandes patios del Alcázar morisco de Niebla y dió la comunión a las tropas.

Las huestes del Titán, rehechas por los auxilios recibidos de los régulos de Badajoz, Onuba y los Algarbes; se presentaron ante los desmantelados baluartes de la ciudad; pero fueron fácilmente contenidas por las tropas cristianas. Mas en el ardor de la lucha, envalentonadas, hicieron una temeraria salida, cayendo en la emboscada de los Agarenos, siendo al fin deshechas, con la pérdida de la plaza, en las proximidades del cerro llamado de San Cristóbal, por su altura, regresando desde allí las mesnadas fugitivas y dispersas de los cristianos en dirección a Toledo.

Abu-Said, el general vencedor de las tropas de Aben-Mafot, rey de Niebla, al entrar triunfante en la ciudad, se dirigió ufano a la gran mezquita oriental y dió gracias a Alá y a Mahoma, el primero de los profetas, dirigiéndole la siguiente súplica:

«Alá, dios único, el grande, el victorioso, el sublime, el que hace reír, el que hace llorar, por quien todas las cosas subsisten, os damos gracias por haber vencido con tu auxilio los ejércitos de los perros cristianos, que Satanás maldiga, y a los cuales yo espero vencer siempre con el poder de tu fuerte brazo, y el aliento divino del padre de los creyentes, el gran Mahoma, superior a Santiago, el defensor de los cristianos».

Después, al salir de la mezquita, dió orden a las tropas de saquear los templos y las casas de los cristianos, antes toleradas y de destrozar las pinturas e imágenes de sus iglesias y de maldecir al Cristo.

Las brisas y aromas de las tardes agradables de la primavera convidaban al placer. El orgulloso Abu-Said, seguido de un escuadrón de jinetes árabes, se dirigía en paseo triunfal hacia las grandes laderas del cerro de San Cristóbal, que los muslines llamaban de Mahoma, en contraposición a los cristianos, para recrearse en el teatro de las últimas victorias, ganadas a los infieles cristianos.

De su boca salían, durante el trayecto, exclamaciones de rabia y blasfemias horribles, asegurando por Mahoma que él vencería siempre el empuje de los cristianos, a pesar del decantado auxilio de Santiago, y a los cuales derrotaría una y mil veces, para demostrar la ineficacia de los auxilios de su Dios y de sus profetas.

Mas de improviso se oyen ruidos como de lejana tempestad, el rostro de Abu-Said palidece y el brioso caballo se espanta y resbala hasta dar con sus manos y cabeza en la dura piedra, permaneciendo en esta postura largo rato.

Abu-Said, caído en tierra, dirige sus extraviadas miradas hacia la visión de un hermoso jinete, en caballo blanco, de resplandecientes cascos y armaduras, que le dice:

«En vano te empeñas en dar coces contra el aguijón. Yo soy Sansiago, Apóstol de Cristo, a quien Dios ha confiado la defensa de España contra la morisma. Por tus horribles blasfemias, en breve perderás la vida y la plaza de Niebla, en cuya refriega, mi celestial protección se hará visible para las tropas cristianas».

Los jinetes árabes, extrañados y llenos de temor, acudieron con presteza en auxilio de su caudillo, conduciéndole casi desfallecido a la ciudad de Niebla.

Mas antes de partir de aquellos sitios observaron, admirados, que en la roca viva habían quedado señalados no solamente los cascos y herraduras del hermoso caballo de Abu-Said, sino también la figura de sus brazos al caer como arrojado y la impresión de su boca al morder humillado el polvo de la tierra.

Según la tradición y la leyenda, Abu-Said, después de aquel trágico suceso, presa de horribles sufrimientos y convulsiones, falleció a los pocos días en la ciudad, resultando fallidos sus vaticinios blasfemos. Mas antes de morir encargó a su esposa que al entrar nuevamente en triunfo las tropas cristianas en

Niebla se convirtiera a la fe de Cristo y edificase en honor del Apóstol Santiago una hermosa iglesia.

No se retardaron mucho las predicciones divinas, pues, desde allí a poco tiempo, la ciudad de Niebla y sus pujantes fortalezas eran tomadas por las tropas victoriosas de Alfonso el Sabio de Castilla, y Zahara, la bella esposa de Abu-Said, convertida al cristianismo, levantaba un hermoso templo a Santiago, patrón de España.

Después, la dama árabe hizo trasladar los restos de su infortunado esposo al nuevo santuario, colocándole una lápida en la cual decía:

«Aquí yace Abu Said, general
de Aben-Mafot, convencido
de Dios y de su gran profeta
Santiago, protector de los cristianos.
¡Rogad por él!»

Aun todavía a través de los siglos se contemplan intactas en la dura roca de las grandes laderas del cerro de San Cristóbal las huellas del hermoso caballo de Abu-Said, humillado ante la aparición del Santo Apóstol, protector de los cristianos en los azarosos tiempos de la Reconquista. Llamándose a este lugar, hasta el día de hoy, «las pisadas del caballo de Santiago», causando la admiración de las gentes.

LEYENDA

LA VIRGEN DEL PINO

*Dedicado al Excmo. Sr. Conde
de Cerrajería.*

La mansión real del Alcázar de la dinastía de los Beniyayas, en la Niebla morisca, presentaba un aspecto de esplendor de inusitada magnificencia. Rodeada de verjeles y jardines exuberantes, enseñaba por entre las verdes selvas preciosas cúpulas de colores tornasolados, figurando un palacio de hadas, circuido con la blonda de plata y azul del río Azige.

Una de las maravillas de su interior era la princesa Esteil, de incomparable belleza, llamada la perla dorada de los Emires de Occidente, por el color sonrosado de su rostro de nieve, sus cabellos de hilos de oro y sus ojos de purísimo azul.

Beni-Amet, su padre, solícito de aquella vara florida de los pensiles de su reinado, la había rodeado de delicias sin cuento. Había destinado para ella ricas estancias perfumadas, adornadas de mármoles y jaspes del Oriente; y las había separado del resto del Alcázar con una verja magnífica de plata cincelada, proveniente de las ricas minas de sus alrededores.

A través de ella, como en jaula de oro, los príncipes extranjeros contemplaban aquella primorosa ave de los países occidentales, cuando se paseaba ligera y tímida por sus corredores, con vestidos de gasa blanca, adornados de piedras preciosas, acompañada siempre de Edita, su esclava favorita, no menos hermosa que ella, enviada por Amar, el Rojo, rey de Granada, procedente de los países cristianos.

En el Alcázar reinaba una calma profunda, llena de paz y majestad; los pajarillos daban sus conciertos matinales en los bosques de los jardines; mientras que el sol enseñaba su faz serena y refulgente por los ventanales del Oriente.

Edita, aprovechando el silencio de la mañana y las frescas brisas del cercano mar, abrió suavemente uno de los balcones, donde Esteil dormía, e hincada de rodillas se puso a orar, según su costumbre.

Sollozando, y mirando de hito en hito hacia las tierras de los cristianos exclamaba:

«¡Oh Señor, devuélveme a mi querido hogar para abrazar a mis padres y besar a mis cariñosos hermanos!... ¡Apiadaos de esta pobre cautiva para que os adore libremente sin la opresión de los infieles!...»

En esto, Edita se levantó presurosa y sobresaltada, pues creía haber oído pasos silenciosos. Corrió hacia el lecho de la bella Esteil y vio que seguía anegada en dulce sueño. Se inclinó sobre ella, y besando su frente la regó con sus lágrimas.

Después, como arrebatada en éxtasis divino, elevó al cielo esta plegaria:

«¡Oh Virgen María, convertid a la hermosa Esteil para que conozca las grandezas de la fe cristiana y experimente las dulzuras de vuestra protección!...»

Entonces despertó súbitamente la princesa al sonido de músicas angélicas, y contempló extasiada una sublime y repentina visión. La Madre de Dios, reina y señora de los cristianos, acompañada de los coros celestiales, y en medio del resplandor y grandeza de su gloria, se dejaba ver de Esteil y Edita, entregándoles, al propio tiempo, una preciosa imagen suya de alabastro blanco, con el niño Jesús, que tenía aprisionada en sus manos una paloma, símbolo de la inocencia del justo que vuela en alas de su fe y de sus virtudes a la gloria y al reinado de Cristo.

Esteil, embelesada y arrodillada al lado de Edita, ofreció a aquella hermosa señora las primicias de su adoración y amor.

La noche aparecía tranquila y serena; la luna con sus luces de plata producía sombras fantásticas, destellos y lumbres admirables, al tocar los objetos y cúpulas de azulejos del Alcázar.

Esteil, impresionada providencialmente por la admirable visión de la Virgen María, se había convertido a la fe, y le había ofrecido su virginidad, blanca flor de los pensiles de la inocencia. Edita la bautizó con agua cristalina en una palangana de oro y piedras preciosas.

Además, Edita, para evitar a tiempo la lascivia y aberración monstruosa de Beni Amet, que quería abusar sensualmente de su propia hija Esteil, convino con ella la fuga del Alcázar, lo cual se efectuó, aprovechando una de las incursiones guerreras del califa contra el Emir de Onuba, y al amparo de uno de los espesos bosques que rodeaban a la ciudad por la parte del Norte.

Una vez en la intrincada espesura colocaron en el hueco añoso de un pino corpulento la blanca y preciosa imagen de María, ante la cual oraban día y noche.

En la ciudad morisca de Niebla reinaba una gran consternación.

Descubierta la princesa Esteil por un soldado árabe de la guarnición, al lavarse ésta sus blancos y torneados pies en el limpio arroyuelo que cruzaba por medio de la selva donde se hallaba, la había delatado a su padre al volver de sus correrías bélicas, para cobrar el premio de treinta mil dinares de oro ofrecidos al que la encontrase.

Sin perder tiempo, Beni-Amet, seguido de un escuadrón de jinetes moros y de una gran muchedumbre de gentes, marchó al sitio donde se ocultaban la renegada hija y la esclava infiel, para imponer y ejecutar él mismo un castigo ejemplar.

Esteil y Edita, al oír el rumor de las multitudes, el relincho de los caballos de la escolta y el sonar de los clarines, se abrazaron al pino de la Virgen implorando su celestial protección.

Beni Amet, al verlas, en un arranque de furia satánica, se arrojó sobre su hermosa hija Esteil, atravesándola con su propio alfange y dejándola muerta en el acto al pie del rústico altar.

De su boca virginal las multitudes vieron salir una paloma blanca que con pausado y majestuoso vuelo se dirigió a los cielos.

Edita fué condenada a ser atada a la cola de un caballo y arrastrada por las calles de la ciudad.

Según la tradición, la providencia mostró su dolor por aquel terrible suceso, enviando una horrorosa tempestad que asoló el reino de Niebla, destruyendo los campos y causando gran mortandad en las personas y en los ganados.

Érase el año de 1527 y sus tiempos primaverales se presentaban con mayor galanura que otras veces. Los campos se habían alfombrado presto de coloradas flores, y las aves viajeras como las golondrinas, los vencejos, las cigüeñas, las carrascas y otras muchas, se disponían con más premura a celebrar sus himeneos.

El pastorzuelo Pedro, aficionado también a la caza, recorría con sus ganados las márgenes verdes y floridas del arroyo llamado Lavapiés, en recuerdo de la princesa Esteil.

Mas, de pronto, oye arrullos como de tórtolas, viendo en la copa de un frondoso pino que descollaba en el bosque, una hermosa paloma campestre; se detiene y le dispara con su arcabuz o espingarda y creyéndola muerta va a recogerla.

Pero cual no fué su sorpresa cuando al acercarse al padre corpulento de la selva, oye músicas angélicas, apareciendo el árbol iluminado como con los fulgores de un gran incendio.

De su interior partían voces misteriosas que decían: «¡Demente porque es santa la tierra que pisas!»

Se descalzó, hincóse de rodillas y pudo ver, admirado, que, abriéndose súbitamente la espesura, aparecía sobre las ramas del verde pino, que ardía sin consumirse como la zarza de Moisés, una preciosa imagen de la Virgen María con Jesús en sus brazos, teniendo en sus manos una paloma blanca: Era la virgen purísima de Esteil y Edita.

Pedro, después de haberla adorado, con su frente humillada hasta la tierra, se levantó presuroso, corrió y dió aviso a las autoridades y al pueblo de Niebla, que acudieron en tropel a contemplar aquella maravilla.

La erigieron inmediatamente un templo en el mismo sitio de la aparición y la nombraron por reina y señora del condado de Niebla, cuyo patrocinio perdura hasta el día de hoy con el título de Virgen de los Pinos.

A LA CIUDAD DE NIEBLA

*Dedicado a los distinguidos
señores D. Ricardo Domínguez
y D. José Valero Hervás.*

Cantar a la Historia es cantar la vida maravillosa de la humanidad sobre la tierra, sus triunfos, sus tragedias, sus poesías y sus tradiciones, los fulgores de la ciencia y de las artes y por último la postración de los pueblos, cual canto de cisne, ante la feroz y despiadada guadaña de la decadencia y de la muerte. Pues también el dolor tiene sus poesías inenarrables.

Cantar, pues a la ciudad de Niebla es cantar sus primeros e inciertos pasos en la senda del vivir de los pueblos, cual niño balbuciente y tierno. Es cantar las lozanías de sus primaveras juveniles en los campos de la civilización humana, con sus impetuosas pasiones, traducidas en sus hermosas leyendas en la esplendidez de sus tradiciones históricas y en sus admirables siglos dorados. Es cantar la fortaleza y robustez de su edad media con sus soberbios monumentos, la majestad de su influencia mundial y las grandes victorias de sus guerreros, coronados con ramos de laurel. Y, al declinar sus días historiales, también cabe cantarla con la sublimidad de sus mágicos recuerdos y el tropel venturoso de sus reyes y personajes a la vista de sus torres y baluartes, que, cual sol que declina por Occidente, se agiganta en el dibujo de las selvas y florestas, en los inciertos y azulados mares, en el resplandor tornasolado de las blancas nubes y en su propio disco, como dormido, y color de oro viejo, circuido de esmaltes.

Grandiosa en los comienzos de su historia, con sus multitudes guerreras, se agiganta como la vetusta Roma con sus juegos olímpicos, sus circos anfiteatros, sus estadios y su poderosa ciudadela.

¿No oís ya los rumores sordos de las muchedumbres en sus clásicas fiestas, el sonar de los clarines y el rugir de las fieras

al triunfar de los esclavos y gladiadores en la sangrienta arena, sombreada con los velarios de oro?

¿No gozáis con la vista del pretor de la República en el circo con sus vestiduras de púrpura, rodeado de las milicias del imperio, que ostentan cual vistosas insignias, numerosas águilas doradas, que reflejan los dulces rayos del sol de la tarde?

¿No véis las alegres muchedumbres en las graderías, con su mágica perspectiva de mantos orientales, al comenzar los espectáculos?

Ora es el desfilar de las cohortes guerreras, que ceñidas sus frentes con coronas de mirto, regresan a la populosa ciudad, después de sus grandes triunfos, entre el ruido de sus carros de batalla, el relinchar de los caballos y la algazara de los soldados, con el estruendo de las trompetas y clarines.

Ya también es el tranquilo sueño de la ciudad invicta, circuida y defendida por el fuerte anillo de sus muros y el brazalete de hierro y claras esmeraldas del río Urimu, al que vigila la famosa torre de oro, como centinela avanzado del puerto, repleto de naves trirremes, con su grandioso espejo de resplandeciente bronce y su campana dorada, para servir de luciente faro en los llanos mares y como aviso de las proximidades del enemigo durante las noches.

¿Cómo cantar a sus prelados godos en la excelsitud de sus triunfos, que con el gran sabio y erudito políglota español Isidoro de Sevilla, pusieron el fundamento de nuestras leyes en los concilios de Toledo?

Sí, sí; cantemos la dulce poesía y nostalgia de los pueblos de Oriente o de los países bañados por el sol, la belleza de sus princesas de ojos azules, la serie de sus reyes morenos de la dinastía de los Beniyaya, independientes del califato de Córdoba, con sus soberbios alcázares, sus maravillosos jardines y huertos y la interminable poesía de sus leyendas, como los cuentos árabes de las mil y una noches, que elevaron a esta ciudad a los siglos dorados de su historia.

La importancia de su abolengo musulme decide al gran Alfonso, al rey más sabio de la monarquía española, el que dictó leyes admirables y compuso libros eruditos de la ciencia humana, a posesionarse de la ciudad de Niebla, reina y señora del Aljarafe.

Ya es el declinar del día y la vida historial de la ciudad decadente de Niebla, después de sus luchas trágicas con los monarcas de Castilla, ha tocado el esplendor de sus grandezas y se presenta ahora triste y solitaria, pero con el recuerdo de la antigua majestad de su poder, que la historia ha grabado con letras de oro en sus páginas.

La volubilidad de la acción implacable de los siglos y de los supremos destinos, ha descargado sobre ella el peso de su terrible omnipotencia:

«Y las torres que desprecio al aire fueron
y a su gran pesadumbre se rindieron».

Las aguas azuladas de su río se han convertido en sangrientas como señal de luto a la evocación de sus preteridas magnificencias. Las frondosas huertas y jardines que la rodeaban se han transformado en criales o tierras de secano, ausentándose de aquellas vastas soledades las multitudes de los ruiseñores, calandrias y jilgueros. Ya no se percibe el bullicio de los días de su emporio y sobre sus derruidos muros y baluartes hacen sus nidos las águilas y vencejos. El sol ya no quiebra sus luces esplendentes sobre sus doradas torres sino que se acerca a las murallas terrosas humilde y silencioso, triste y lloroso. La ruína del Condado, perdida su corona y hecho girones su manto de armiño, se ha quedado para el ludibrio de las naciones. Las hermosas puertas de bronce de su soberbio recinto se han abierto de par en par al invasor. Ya no es preciso la sonora campana de la vela sobre la torre del Homenaje porque el silencio y el frío de la muerte se han extendido por doquier. Las brisas que antes pasaban aromáticas y suaves se han convertido ahora en vientos impetuosos, que suenan con gemidos estridentes sobre los carcomidos muros.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
muros solitarios y baluartes arruinados
fueron un día la Ilipia famosa.

Mas no lloréis hijos de Niebla a la vista de tantos infortunio, ni colguéis vuestros instrumentos músicos de las ramas

de los sauces, como los hijos de Israel ante la pérdida de Sión, porque la grandeza y poderío de Niebla no están del todo perdidos; pues en los fastos que guarda la Providencia de los destinos humanos está el espíritu y la filosofía de la historia que nunca mueren a semejanza del alma humana porque son partículas o destellos de la Divinidad.

Y así como los granos y semillas de las flores, esparcidos sobre la tierra húmeda por los rústicos labradores, así también Niebla, al despertar de su letargo, resurgirá bien pronto por su nobleza legendaria y abolego de sus hijos, por el amor de las madres que sabrán inculcar y dar aliento a sus pequeños para que trabajen por el lustre de la enferma ciudad.

Ahora los corazones románticos y generosos de los ilustres señores don Ricardo Domínguez y don José Valero han puesto otra vez sobre las sienes de este pueblo legendario la corona legal del rango de ciudad, que cual piedra preciosa, escondida entre su escoria, brillará bien pronto cual luciérnaga en medio de la noche umbría y después como refulgente faro del porvenir de los pueblos grandes.

Ya se notan otra vez las imperturbables alegrías, la música y los aromas agradables, las armonías de los elementos, los gorjeos de las golondrinas, presagio de venturas y los conciertos de otros pajarillos, al resurgir de la rosada aurora. Y el sol magestuoso, como padre de la Naturaleza, envía sonriente a la ciudad de Niebla sus cálidos y benéficos rayos para el comienzo de su nueva era continuadora de sus mágicos triunfos y grandezas.

Sión,
per-
e los
loria
son

TESTIGO DE LA MUERTE DE JESÚS

dos
ién
or
de
os

EL DECURION DE ILIPULA

Entre las tradiciones más notables y curiosas de la Bética, tomada en consideración por graves historiadores Eclesiásticos, está la del Decurión de Ilipula, que habiendo servido en las legiones romanas, y acompañado al Pretor Pilatos en la conquista de la isla Ponciana, le siguió también a Judea, cuando el César le nombró prefecto de aquella parte del imperio; siendo jefe de una de las Decurias Romanas, que intervinieron en la Pasión y muerte del Redentor.

Dicho Decurión envió una carta a su amada en Ilipula, llamada Julia Marcela, probablemente en las flotas, expediciones o bajajes, que venían a Onuba, Hipula y a la región antigua de los Tartesos, desde Roma y otras regiones del Oriente, en busca de metales, plomos, oro y otras mercaderías.

Todavía, en la parte de levante del recinto amurallado de Niebla, se ve en el cauce del Tinto un hermosa ensenada o fondeadero, con su magnífica gradería; pues, es casi seguro, que, en tiempos de los Césares romanos, el mar llegaría a Ilipula, subiendo por uno de los esteros o canales que, siguiendo la corriente del río, iría a lamer los viejos muros de esta importante ciudad colonial.

Esta célebre carta se guardaba religiosamente en el Archivo Histórico de dicha ciudad, mezclada con otros muchos documentos, cartas, donaciones y privilegios reales de Alfonso el Sabio, que la incorporó a la corona de Castilla, y de otros varios reyes cristianos de la Edad Media.

Estaba escrita sobre un pergamino amarillo de forma longitudinal, en caracteres romano latinos de los mejores tiempos del imperio; siendo vertida al castellano, en el último tercio de siglo XVIII, por el Notario público, don Jerónimo de la Fuente,

y después vuelta a transcribir, a principios del siglo XIX, por el Notario don Alonso Avendaño de Contreras, y dice así:

«A Julia Marcela: en Ilipula: salud:

Carísima: te escribo desde Judea, como Decurión de las legiones del Pretor Poncio Pilatos, para narrarte uno de los sucesos más singulares, que he visto en la vida de las milicias.

He sido testigo con mi Decuria, la de Léntulo y otras, del suplicio en la ciudad de Jerusalém de un tal Jossua, galileo, enviado de Dios, que se titulaba rey de Judea, y que, según la gente, daba vista a los ciegos, hacía andar a los paralíticos y tullidos, curaba a los enfermos sin medicinas de hierbas, arrojaba a los malos espíritus del cuerpo de los posesos, y resucitaba a los muertos; siendo aborrecido por todo esto de los escribas y sacerdotes.

Condenado al fin como sedicioso por el Sanedrín de la ciudad, con su presidente el pontífice Caifás, y además por el Prefecto Pilatos, en nombre del César, a la muerte de cruz, fué ajusticiado en la cumbre del Gólgota entre los dos ladrones Dímas y Gestas.

Los lictores y soldados le crucificaron desnudo como de costumbre y le fijaron con cuatro clavos; colocándole en la cabeza corona de zarzas, por ser rey falso; y sobre la cruz, una tabla con un letrero en griego, hebreo y latín que decía: *Jossua de Nazaret, rey de los judíos*.

La túnica del profeta cayó en suerte, al soldado Pontino de la Decuria de Máximo, que después vendió al sacerdote Helkias, que presenciaba, en nombre del Sanedrín, la ejecución de la sentencia.

Jossua era de cuerpo mediano, de color moreno sonrosado y semblante sereno y humilde. Su carácter bondadoso estaba realzado por poblada y sedosa barba, que caía dividida sobre el pecho, ojos de cielo y grande cabellera que, formando rizadas trenzas o guedejas, descansaba sobre sus hombros.

En los momentos de su muerte, la borrasca, que se cernía próxima, se desencadenó en furiosa tempestad sobre toda Judea. Sobrevino la noche inesperadamente por un eclipse del sol, y la tierra temblaba bajo nuestros piés. Los curiosos huye-

Por
las
de
mi-
el
n.
a
y

ron amedrentados a sus casas, y sólo nos quedamos para custodiar a los reos, ya muertos, por la lanzada de gracia de Longinos, los soldados de dos Decurias, a las órdenes de Léntulo y más. Y no muy lejos de nosotros estaba la madre de Jossua y algunos parientes.

Descolgado Jossua de la cruz, al día siguiente de Venus, en la Pascua judaica, por algunos jueces ancianos del Sanedrín, amigos suyos, custodiamos su cuerpo en un sepulcro cavado en la piedra; pero al siguiente día, de madrugada, entre poderosas luces, como de rayos de tempestad, que nos aterraron a todos, desapareció de la tumba.

Verdaderamente, este rey de los judíos, según la opinión de muchos, era el Dios del emperio o Hijo suyo o gran profeta entre la nación de los hebreos.

Tal impresión ha causado en mí este suceso que, desde entonces, quiero dejar de pertenecer a las legiones del César, y pronto, los dioses lo permitan, seré en tu compañía.

El cuatrirreme, Cayo, que va a esa con las naves por metales, te dará esta epístola.

Salud y gracia.—Clodio Fabato.—Decurión.

Kal: Apr: Aux Jul: LXXIX.»

Este soldado, Decurión de Ilipula, conmovido, al parecer, por el maravilloso suceso que había presenciado de la Resurrección y muerte de Cristo, se convirtió y oyó seguramente las primeras predicaciones apostólicas. Y, habiendo regresado a Ilipula, poco tiempo después, fué el primero, tal vez antes que Geroncio, obispo de Itálica, el que anunció a la ciudad y plaza fuerte de la región Occidental de la Bética, las doctrinas salvadoras del Evangelio, como se desprende de la lápida sepulcral que le dedicó a su muerte su esposa Julia Marcela, que conservada en el atrio de la iglesia parroquial de Santa María, dice así:

«El cuerpo es terreno, y el espíritu celestial; y cuando éste vuelve a su primera morada, nos vamos a vivir allá arriba, así ha sucedido a Fabato, que ahora goza de la luz eterna en los cielos.»

Todos los críticos están conformes en que esta inscripción se refiere al tiempo de las predicaciones de San Pablo; y en su espíritu y palabras guarda relación con los conceptos y frases de las Epístolas a Timoteo I, 6, y a los Corintios XV, 47; del Eclesiastés XII, 7; de los Actos apostólicos XVII, 28; y del Evangelio de San Juan XXXV, 46.

La tradición de esta célebre carta está en la verosimilitud de muchos historiadores eclesiásticos, que podría entrar en los umbrales de lo apócrifo, como la que Jesús escribió en Abgas, rey de Edesa, o como la del Pretor Poncio Pilatos, sobre la muerte de Jesús, al emperador Claudio, muy discutida por los críticos, pero nadie negará que es un documento notable y curioso de la Edad Media; pues la certeza histórica sobre hechos antiguos no se encuentra a veces en los monumentos reales sino en medio de los campos de la leyenda y de la fábula.

Algunos escritores suponen que esta carta fué guardada siempre por los Obispos godos de Ilipla, transmitida hasta ellos de unos fieles en otros, y conocida del Presbítero Restituto, que asistió al Concilio de Elvira. Después el Arcediano Juvenio, que acompañó al último prelado de Niebla, en tiempos de los árabes, a la ciudad imperial, a la avenida de los Almohades en 1144, la llevó consigo a Toledo. Siendo más tarde restituida la célebre carta a la ciudad de Libla por el Monarca Alfonso el Sabio, cuando la conquistó a los moros, entregándola a los frailes Dominicos que con él venían y que fundaron convento en la ciudad en 1257.

Se refiere también por algunos autores, que existen copias de este documento en los Archivos de Manuscritos antiguos en París, Roma y Simancas, sin que podamos responder de la veracidad de ellas.

Nosotros nos inclinamos a creer que esta célebre epístola fué traída de Palestina o inventada por algunos caballeros de Libla, que tomaron parte en alguna de las últimas Cruzadas; debiéndosele desde luego asignar a los siglos medios, muy dados a las leyendas y asuntos maravillosos.

No cabe dudar, por otro lado, que algunos señores feudales del territorio o condado de los Guzmanes tomarían parte en las Cruzadas, como se comprueba por el hallazgo de sellos plúm-

bleos
orient
N
sepul
segú
teric
pud
to
me
ch

bleos con la cruz griega de Jerusalén, y monedas árabes del oriente, encontradas en las excavaciones de Niebla.

No se puede afirmar tampoco exactamente que la inscripción sepulcral, ya descrita, pertenezca al Decurión de la epístola, según la tradición; pues algunos críticos le señalan época posterior, o sea el siglo II de la Era Cristiana; aunque muy bien pudiera darse el caso de que el soldado Claudio hubiera muerto en esa centuria; pues desde el año setenta y nueve, del primer siglo, en que escribió la carta, al siguiente, no van muchos años.

NOTA.—Esta célebre tradición del Decurión de ILIPLA, que asistió a la muerte de Jesús, la consigna el Historiador Eusebio, Obispo de Cesarea, autor de la historia del emperador Constantino el Grande, en el siglo IV de la Era Cristiana. Y que refieren muchos historiadores eclesiásticos.

LA CIUDAD DE NIEBLA

Niebla; he aquí un nombre de venerable antigüedad en los anales históricos de la Bética. Numerosos escritores y geógrafos han divagado sobre la etimología de su nombre, a través de la cual se vislumbra su vejez y ancianidad.

Son muchos los que opinan que los iberos bajo el nombre de tartesios fundaron indudablemente Niebla, dándole un nombre que recordaba su país de origen, de los alrededores del Cáucaso y Mar Carpio en la Escia de donde procedían. Por eso la palabra Ilipula la pusieron también a otras poblaciones y lugares. Por lo cual afirman que hay que llevar la fundación de Niebla a los tiempos coetáneos de la ruina de Troya y de la fundación de Cartago.

Difiere muy poco esta opinión de la de otros que asignan su fundación a los celtíberos, unos mil años antes de la venida de Cristo, casi coetánea a la de Roma.

Filólogos notables, al querer auxiliar a la arqueología y a la prehistoria quieren otra vez de la etimología de la palabra Ilipula deducir su origen francamente oriental y dicen que parece componerse de dos radicales del lenguaje ibero fenicio, o sea AL-IL, que quiere decir altura o elevación fortificada, y de Ibola que significa cosa de río, las cuales palabras unidas dicen IL-IBoLa o IL-IPula, por la facilidad de cambiar la B en P; siendo la significación del conjunto la Altura Fortificada próxima a Río.

Según el señor Martín Mínguez en sus «datos epigráficos y numismáticos de España», Ilipula es palabra griega que equivale a Elepolis, que significa (Capiens Urbes) esto es tomando ciudades o el que se apodera de las ciudades.

Desde luego la fundación de esta ciudad parece referirse a Tirios y les sirvió como punto avanzado para contener las agresiones de los celtas y lusitanos, según se desprende de pasajes de Tito Livio.

Aproximándonos a los tiempos históricos, ya en época de los romanos se conocen varias regiones y ciudades con los nom-

bres de Ilipa o Ilipla o Ilípula, que indudablemente provenían de tiempos anteriores.

Con el nombre de Ilípula designaron los romanos las riberas de Granada, desde los montes Segura hasta llegar al Estrecho de Gibraltar, de donde salen varios ríos como el Genil, el poderoso Anas, el Barbesula, que pasa por Marbella, el Darro, que limpia los muros de Granada y el Malaca o Guadalmedina.

Tolomeo hace mención de dos Ilípulas, que parece ser un nombre genérico aplicado a varios sitios. La Ilipla correspondiente a nuestra Niebla la coloca al Oeste de Sevilla. La misma que aparece en el itinerario de Antonino a treinta millas de Onuba, con exclusión de una Ilipa entre Cádiz y Córdoba.

Plinio llamó a Niebla Ilípula (quaelans) de la palabra (luz) que se traduce (almendro) tal vez por los muchos almendros que se criaban a sus alrededores.

Hubo otras ciudades de nombre parecido como la Ilipa Magna, cerca de Cantillana (Sevilla) o más bien como opina Rodrigo Caro en los alrededores de Alcalá del Río. Y las Ilípulas Mayor y Menor, cerca de Ecija.

En una moneda autónoma se ha encontrado también el nombre de Ilípula Halos, o sea de otra ciudad de las muchas que hubo en la Bética con este nombre. (O sea Ilípula, la de las Salinas).

La mayoría de los geógrafos e historiadores antiguos mencionan la ciudad de Niebla con ligeras variantes, como Lepla, Ilipa o Ilípula, pero por las monedas sabemos que fué conocida generalmente con el nombre de Ilipla, que los godos llamaron Elepla, los árabes Lebla y actualmente Niebla.

El padre Florez, al tratar en la España Sagrada de la Iglesia Eleplense, afirma que el verdadero nombre de Niebla fué Ilípe o Ilíple.

Según varios escritores, la batalla en que Publio Escipión Násica, Pro-Pretor de la Hispania Ulterior venció a los lusitanos cerca de Ilipa parece referirse a Ilipla, la actual Niebla, por ser éste el punto más próximo a la Lusitania de este nombre.

Contracciones de la palabra Ilípula son Elipla o Elepla, como la llamaron los godos. Los árabes como carecían de P en su

alfabeto la sustituyeron con la B y de aquí provino el llamarse en tiempo de los musulmanes Elebla, Elíbla, de donde también Lebla y Libla, cuyas palabras más corrientes se redujeron a Niebla, que se le dió en tiempos de la reconquista por Alfonso el Sabio.

Las monedas de Ilipla datan de mucho después de la fundación de la ciudad, pues su acuñación se asigna a unos doscientos años antes de Jesucristo y son semejantes a las del cónsul y su peso igual a las acuñadas durante la Segunda Guerra Púnica, perteneciendo al período cuando Escipión estableció soldados en varios puntos del territorio español, en cuya época los Turdetanos adoptaron el lenguaje, la escritura y la religión de los latinos o romanos.

Se encuentra en las monedas de Ilipla, además del jinete con lanza y la espiga la media luna y una A.

El padre Florez hace alusivos estos signos a la diosa Isis, porque la mitología de los antiguos Turios era casi igual a la de los habitantes de orillas del Nilo; así la media luna aparece como símbolo de esta divinidad; pero también lo fué de Astarte y Tanalte, ciudad fenicia, que tuvieron más relación con los iberos de Ilípula y toda vez que la religión de los antiguos turios o turdetanos tuvo muchos contactos con la de los parros africanos, oriunda del Egipto.

La letra A que acompaña a la media luna y que se halla en muchas monedas acuñadas en pueblos de la banda derecha del Guadalquivir debía ser un signo numérico para marcar el valor de la moneda, como el Aleph fenicio sirvió para lo mismo en las monedas de Gadir.

Tales son a grandes rasgos los orígenes de la ciudad de Niebla.

EL ESCUDO DE NIEBLA

*Al Excmo Sr. D. Manuel
Rebollo, Senador.*

Los escudos de las ciudades y casas de nobleza arrancan desde la Edad Media y especialmente desde el tiempo de las Cruzadas; pues, al volver los caballeros de las regiones del Oriente, traían pintadas sus empresas en banderas; cuyos emblemas copiaron después en las entradas de sus castillos y casas de su pertenencia y grabaron hasta en sus sepulcros.

Los primeros escudos españoles, en tiempos de Ordoño II, tenían el emblema de la ciudad de León que Fernando I el Magno unió con el de Castilla, apareciendo unidos los castillos y leones. Carlos V le añadió las columnas de Hércules, con el Plus Ultra, aludiendo al descubrimiento de las Américas y Carlos III puso en ellos la Cruz. En las monedas aparecen los castillos desde el reinado de Alfonso VIII y los leones en las de San Fernando. El hijo de este último, Alfonso X, unió en ellas los castillos y leones.

El escudo de Niebla fué el de la casa de los Guzmanes, dueños y señores feudales de ella.

El nombre de Guzmán viene de un tal caballero, Gugman (hombre bueno) que en el reinado de don Fernando I el Magno, levantó el castillo de Gugman, cerca de Roa, en el obispado de Osma. Después en el siglo XII el caballero Ruíz Núñez fué el primero que empezó a usar el apellido de Guzmán, porque se hizo dueño de la torre referida.

De esta casa de los Guzmanes descendía don Nuño Pérez de Guzmán, que se distinguió en la batalla de las Navas de Tolosa, en tiempos de Alfonso VIII y en la conquista de Baeza y a cuyos descendientes don Alfonso el Sabio dió grandes territorios en Andalucía. También perteneció a esta familia don Alfonso Pérez de Guzmán de Castro, natural de León, que en tiempos de don Sancho el Bravo, defendió contra los moros la

plaza de Tarifa y arrojó desde lo alto de los muros el puñal al traidor infante don Juan, para que diese muerte a su hijo pequeño, antes que hacer entrega de la misma.

Don Juan de Guzmán el Bueno, legítimo sucesor de don Nuño, casó en 1369 con doña María de Castilla, hija del infante don Fadrique; la cual llevó en dote varias villas y el condado de Niebla. Más tarde volvió a casar con doña Beatriz de Castilla, hija del rey don Enrique II, por cuyo entronque con la casa real añadió a sus armas los castillos y leones en bordadura.

De este linaje proceden actualmente los señores duques de Medina Sidonia, condes de Niebla.

El escudo primitivo de los Guzmanes era flanqueado con gife, punta de azul y una caldera de oro jaquelada de gules, con siete cabezas de sierpe en cada asa, flancos de plata y cinco arminios de sable en aspa.

El escudo de Niebla, existente en la iglesia parroquial, que servía de adorno y remate a la puerta de entrada a la torre del Homenaje, de estilo gótico florido y realzaba el salón de embajadores del Alcázar señorial, pertenece al siglo XV, de arte ojival invertido, figurando en su parte superior la corona condal y en la inferior hojas de trebol y teniendo por armas dos calderas, jaqueladas de oro, y sangre en campo azul, con sus cabezas de sierpe en cada parte del asa, orlado todo de castillos y leones.

Más tarde, la casa de Niebla añadió al escudo en la parte superior en los documentos y manuscritos, según aparece en el archivo histórico del Ayuntamiento un castillo entre cuyas almenas se ve a Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno, arrojando el cuchillo a los moros, para que diesen muerte a su hijo, antes que rendir la plaza de Tarifa. Agregándole otros Condes el collar del Toisón de oro, cubierto todo por una especie de dosel, formado por el manto señorial de armiño moteado por el siguiente rótulo: «Praeferre Parriam Liberis. Parentem Decet».

«Conviene al padre preferir la patria a sus hijos».

NIEBLA

NECRÓPOLIS PRE-ROMANA

*Al Excmo. Sr. Arzobispo
de Sevilla, a su paso por ésta.*

Hace algunos días, en el sitio de este término denominado «Estación de Sevilla», el obrero Eusebio Padilla encontró, al labrar una viña, grandes y enormes sillares, denunciadores de viejos monumentos. Una vez levantadas, no sin grandes esfuerzos, algunas de las pesadas piedras se pudo observar que contenían debajo restos humanos.

Los sepulcros encontrados han sido tres y de su tosca construcción y primitivos materiales empleados, así como algunas obritas halladas en su interior, de labor rudimentaria, se desprende su remota antigüedad, se puede calcular de los últimos períodos de la dominación cartaginesa en Niebla o principios de la época romana.

Las fosas todas presentaban en la parte interior grandes losas de barro cocido, origen cálcico o ibérico, de 58 centímetros de largas por 42 de anchas, sobre las cuales se hallaban colocados los cádaveres boca abajo, según los usos babilónicos, apoyándose el cráneo en un gran adove, que le servía de almohada, de 40 centímetros de largo, 26 de ancho y 7 de grueso. En la parte de los pies cuatro adoves, labrados *ad hoc*, formaban un círculo, tal vez imagen del sol.

Las tres fosas todas se hallaban circuidas de grandes ladrillos de 28 centímetros de longitud por 21 de latitud y 5 de grueso, formando un grueso muro, cubiertas en la parte superior por grandes sillares de varios quintales de peso reveladores de una época de transición del período de los dólmenes o grandes piedras tumulares o funerarias.

Uno de los cadáveres, de craneo alargado, que recordaba las razas negras africanas, tenía varios nudos huesosos en la frente,

indicadores de las pedradas de honda recibidas en las guerras de aquellas edades, y sobre su cabeza una gran pila de piedra, de una arroba de peso, donde se encontraron señales de aceites o grasas quemados, o bien serviría de recipiente, donde se depositasen las cenizas de los antepasados o las carnes y corazón del difunto.

Las grandes piedras que cubrían las fosas tenían agujeros oblicuos, labrados expresamente para poner el interior de los sepulcros en comunicación con el aire atmosférico, tal vez para dar salida a los espíritus o manes de los muertos, o también para dar respiración y aire a las grandes lámparas que quedaban ardiendo en el interior, que servían para iluminar al difunto en su incierto viaje a las regiones de un mundo desconocido.

En otro de los sepulcros aparecía una tosca cabeza de mujer, labrada en mármol, cubierta con un velo, que nos recuerda a las descubiertas en el cerro de los Angeles, figura de una Venus arcáica: la Tanit cartaginesa.

Las grandes losas de los sepulcros llevaban todas grabado el círculo, imagen de la divinidad solar o de Baál Hamnión, como aparece de la estela Numidica, hallada en Magrana. También presentan labores toscas rectangulares, remedando el frontón de un santuario o bien en forma de equis, labradas, al parecer, con los dedos de la mano.

Pero lo que más llama la atención es que en algunos adoves aparece la figura de la mano, extendida, labrada rudimentariamente, símbolo mitológico cartaginés, según se observa en la estela votínea de Tanit, hallada en la aldea de Malga, no muy lejos del sitio donde estaba emplazada la antigua ciudad de Cartago, donde aparece la mano extendida, así como en otra estela votínea existente en el Museo Arqueológico de París, ex-voto del templo de Tanit, en Cartago, donde se nota la pelámide y el atún.

La mano derecha extendida hacia el cielo, en la actitud de que habla Virgilio: «*Duplices tendens ad sidera palmas*», representaba el poderío de la divinidad y expresaba protección y bendición. Todavía los árabes, perpetuando estas viejas tradiciones, colocan manos pintadas o grabadas en las puertas de sus casas, para alejar las infamias perniciosas y evitar los maleficios.

El r
dad, es
funera
tes co
das h
citas.
cumb
Rav
litar
mar

El rito de la elevación de las manos, al dirigirse a la divinidad, es de tradición antiquísima. Así, en las estelas votíneas funerarias, egipcias, en el Museo de Bulac, vemos figuras orantes con las manos extendidas. Moisés, con sus manos levantadas hacia el cielo, obtuvo el triunfo de Israel sobre los amalecitas, y las pinturas que representan los orantes en las catacumbas de Lucina y en la iglesia de San Apolinar in Clase, en Ravena, están con las manos levantadas, siendo notables las liturgias de la iglesia sobre la elevación e imposición de las manos.

CRISTÓBAL JURADO.

(De la Colombina Onubense).

UNA EXCURSIÓN A NIEBLA

Entrada triunfal

25 Junio 1916

De magnífico puede calificarse el acto realizado el Viernes pasado en la histórica villa de Niebla, organizado por el párroco don Cristóbal Jurado, y que dejará recuerdos imperecederos en los habitantes de dicho pueblo.

En el referido día se verificó la solemne ceremonia de la entrada triunfal en la parroquia de la hermosa y artística imagen del Corazón de Jesús, que la Excma. Sra. Marquesa de Domech, doña Carmen Villavicencio, había regalado a la misma.

En un tren especial, cedido por la compañía de Río-Tinto, llegaron por la mañana, las autoridades de Huelva invitadas al acto: don Eduardo Rivadulla, Gobernador Civil de la Provincia; Presidente de la Audiencia, don Fernando Moreno F. de Rodas; Delegado de Hacienda, don Luis Cos-Gayón; ingeniero jefe del Puerto, don Francisco Montenegro; don José Marchena Colombo; Presidente de la Sociedad Colombina Onubense; el Fiscal de Su Magestad, don Bernardo Cos-Gayón; Comandante de Marina de Ayamonte, don Enrique López; el director de la Escuela de Bellas Artes, laureado pintor, don Eugenio Hermoso; el distinguido Representante Oficial de la Compañía de Tharsis, don José Domínguez; el ex-diputado provincial, don José García León; el profesor de Filosofía del Instituto, don Félix Andolz; el abogado, don Guillermo García; el Representante de la Compañía de Alkali, don Guillermo Duclós; el popular fotógrafo, don Diego Calle; el Arquitecto Municipal de Huelva, don Gonzalo Aguado, y don Ramón Peris, redactor del «Diario de Huelva».

En representación del clero de la capital venían en el mismo tren especial, el capellán del Santo Angel, don Sebastián Gómez, y el profesor de la asignatura de Religión de la Escuela Normal, don José Sánchez del Campo.

De los pueblos del Condado llegaron los Sres. Párrocos de Villarrasa, don Andrés Domínguez; de San Juan del Puerto, don Bernardo Sotomayor; de Beas, don Francisco Jiménez; de Lucena del Puerto, don Francisco Domínguez; el Arcipreste y varios sacerdotes de La Palma, y otros señores clérigos particulares.

Repiques generales de campanas y fuegos de artificio anunciaron al pueblo la llegada de las autoridades provinciales y del clero, a las cuales esperaban el Alcalde de la población, don José Manuel Pacheco; el señor Cura párroco de dicha villa, organizador de dicha fiesta, don Cristóbal Jurado; el Juez municipal, don Agustín Alés; el médico titular, don Casiano López; el secretario del Ayuntamiento, don Pedro Barrera, y el propietario, don José J. Ortega, dándoles la bienvenida.

El día estaba luminoso, con una temperatura fresca y primaveral, que convidaba a una franca alegría. Los campos rientes y las siembras querían como ofrecer sus dorados frutos a los viajeros.

Los distinguidos visitantes se dedicaron primeramente a ver los antiguos monumentos de la Libla morisca, admirando el Museo parroquial, coleccionado por el señor Cura Párroco, el Alcázar señorial y las colecciones prehistóricas de los particulares señores Rivas y Jurado.

En casa de don Teodoro Ibáñez, por encargo de don Serafín López, propietario de la Cervecería de Viena, de Huelva, fueron obsequiados los excursionistas con finos aperitivos, en el sitio llamado el Gurugú, espléndida eminencia con vistas a las alamedas del Tinto, y desde la cual se dominan panoramas bellísimos, dirigiéndose después a la suntuosa morada de doña Consuelo del Real Lafontaine, donde se celebró el banquete con que el señor Cura Párroco obsequiaba a todas las autoridades e invitados.

El comedor, situado en un hermoso salón, estaba adornado con gusto exquisito, figurando en la mesa preciosos jarrones y centros, realizados con bouquets de olorosas flores, y salpicada de variadísimos y abundantes entremeses que hicieron exclamar al señor Marchena: ¡Señor Cura, si se puede almorzar con estos entretenimientos!

La presidencia de la mesa la ocupó el dignísimo Gobernador

civil de Huelva, rodeado del señor Presidente de la Audiencia y demás señores invitados, constituyendo un acto de simpática democracia el verse reunidas las autoridades provinciales y locales, la ciencia, las artes, la literatura, la fe y el cariño de todos, como lazo indisoluble de paz.

El menú fué espléndido y rico, consistiendo en sopa a la andaluza, pollos salteados, corbina a la deschanel, ragut de cordero, menestra a la francesa, acedias con puré de guisantes, piernas trufadas, cocretas, lenguas mechadas, langostinos a la mayonesa y nata de Viena. Vinos exquisitos de Rioja alternaron con variadísimos postres de dulces, naranjas, nisperos y otras frutas.

Al final del banquete que fué amenizado con piezas escogidas por la banda de música de Bonares, el señor Cura Párroco presentó a la señora de Lafontaine, directora del banquete, la cual fué aplaudida, ofreciéndosele ramos de flores.

Terminó el acto con una salutación del señor Cura Párroco al señor Gobernador, a las autoridades e invitados forasteros, que fué contestada con un breve discurso, elocuente y cariñoso por el señor Gobernador, ensalzando el acto de fraternal democracia el Representante de Tharsis, don José Domínguez López y oyéndose vivas y aplausos.

Por la tarde se celebró la entrada triunfal de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, que resultó solemnísima y emocionante. Numerosos estandartes y banderas daban a la religiosa comitiva un aspecto de gran esplendor y colorido. Las calles se hallaban engalanadas con vistosas colgaduras y tapizadas de yerbas olorosas. Los párrocos ostentaban capas pluviales blancas, dando al cuadro un aspecto catedralicio, yendo precedidos de un simpecado bordado en oro de la Adoración Nocturna. En magnificas andas adornadas de flores iban los patronos del pueblo San Walabonso y Santa María, únicos santos y mártires de la Provincia de Huelva y la patrona Nuestra Señora del Pino. Numerosas niñas, vestidas de blanco como candidas palomas, llevando en sus manos velas y ramos de flores, ostentaban en sus tiernos corazones los holocaustos más dignos del Dios del Amor, siguiéndoles muchas señoras, que mostraban los escapularios del delfico Corazón, precedidas por la maestra nacional doña Coral Roldán. Al frente del lujoso cortejo marchaba la

guardia civil de a caballo de Trigueros y cerraban la vistosa procesión el señor Cura Párroco, don Cristóbal Jurado, que llevaba el traje de Capellán de Honor de Su Magestad y lucía numerosas medallas de Academias científicas y literarias y otros premios de oro, conseguidos en sus lides históricas, llevando a sus lados al Ilustrísimo señor Gobernador civil e Ilustrísimo señor Presidente de la Audiencia, seguidos de las Autoridades locales e invitados. La banda de música tocaba marchas solemnes.

El momento de descubrir y bendecir la imagen, que se hallaba depositada en la Puerta romana, llamada del Socorro, convertida en improvisada capilla, fué de profunda emoción. Las salvas de fuegos de artificio alternaban con los vivas fervorosos, imitando los ruidos apacibles del Océano. Los bronces con sus argentinos ecos parecían los heraldos de la victoria y del triunfo y la marcha real saludaba al rey de la paz, Cristo Jesús. Las niñas ofreciendo sus ramos de flores, símbolo de sus virtudes angelicales, y las ardientes lágrimas que corrían por las mejillas de las madres y jóvenes piadosas, eran como el rocío de la gracia y de la fé en súplica ferviente al Dios del Amor. Llegando al colmo la sublimidad de este cuadro cuando el señor Gobernador, presidente de la Audiencia, Alcalde y Juez Municipal llevaron en sus hombros las andas, como símbolos de la humildad y nobleza que sentían sus pechos ante la presencia del Rey de reyes y Señor de los Señores, resonando aplausos y vivas entusiastas.

El templo presentaba deslumbrador aspecto a la llegada de la procesión triunfal; luces, colgaduras, jarrones exuberantes de flores, cogines bordados de seda y multitud de adornos ofrecían un golpe magnífico. La capilla musical, a los acordes melodiosos del órgano, dirigida por los maestros don Manuel Morales y don Joaquin Durán, interpretaron magistralmente el himno del Tedeum en acción de gracias por tan fausto acontecimiento, poniendo término al acto religioso la oración sagrada de salutación a Cristo, del Párroco de Lucena don Francisco Dominguez, que fué elocuentísima, no cesando el pueblo de interrumpirle con sus vivas y aclamaciones.

Concluidas las solemnes fiestas religiosas, de las que se tomaron varias instantáneas por los distinguidos fotógrafos, don

Diego Calle y el señor Garrido y por el sportman don Guillermo Duclós, se organizó la despedida del señor Gobernador civil, autoridades y demás invitados de Huelva.

Precedía la guardia civil de a caballo y a continuación el señor Gobernador, presidente de la Audiencia y demás excursionistas, acompañados de las autoridades locales, del pueblo en masa que no cesaba de vitorear a todos, y de la banda de música de Bonares, dirigida por don Fernando de Vega.

Al partir el tren se dieron vivas entusiastas a todos los señores de la capital, a Huelva y a Niebla, dejándose oír los acordes de la marcha real.

DIC. — 1915

HOMENAJE

*Sr. D. Bibiano Roldán y de
más señores organizadores del
Homenaje al Cura de Niebla.*

Distinguidos amigos: No es extraño que la amistad y el cariño de largos años, transcurridos en la histórica y noble ciudad de Niebla determinen un homenaje hacia mi modesta personalidad, por haber cumplido en esa villa la edad de mis bodas de plata; pero fundar ese homenaje en quiméricos triunfos literarios y artísticos es un error, que se oculta bajo los tupidos velos del cariño.

Los homenajes deben referirse a las cosas grandes, no a las cosas pequeñas. Mis humildes trabajos han sido suficientemente pagados con los premios que los Jurados han querido generosamente concederme.

¿Qué mérito puede tener una gota de agua en medio de la inmensidad del Océano y un grano de arena en las blancas y húmedas playas o en los ardorosos campos del desierto?... ¿Qué es una lágrima brillante ante la fastuosidad fulgurante del rocío material, que vislumbra una rica mina de diamantes?... La soledad abrumadora y el silencio de las selvas ¿qué dicen ante la magnificencia de los conciertos musicales?... Los arrullos de la paloma sencilla de la aldea, ni igualarán jamás a las sonoras cadencias del ruiseñor en la enramada de los bosques, ni el fulgor tímido de las estrellas significará nada ante la magestad del soberano sol.

¿Qué representa la violeta escondida en las umbrías, ante las magnolias hermosas y gigantes de los jardines; los llantos del menesteroso ante el bullicio y alegría de las fiestas mundanales; la labor de la abeja solitaria ante los soberbios edificios de la industria, los dilatados llanos ante la magestad selvática de las hierbas?... Nada.

¿Qué mérito puede haber en los suspiros del pobre caminante que absorto contempla la grandiosidad de los palacios de la fama y de la sabiduría terrenales, donde mil ecos gloriosos del ingenio humano se repiten y se cruzan sin cesar como las ondas del venturoso mar...; y en los cuales se sienta en su trono de oro la ciencia como destello de la gracia divina?

El amor al trabajo, lo único que puede ostentar, es tributo forzado de la humana naturaleza, que no puede tener gran mérito por ser ley suprema de la divina Providencia.

Vuelva el acero a su vaina y el homenaje vuestro, queridos amigos, mejor debe referirse a la reina del Condado, la histórica villa de Niebla, repleta, como soberbio bazar de joyería, de tradicionales glorias y grandezas, las cuales me han animado y servido de lemas a mis pobres y desaliñados trabajos, como el refrigerio al cansado viajero, el dulce amor al ser querido, el beso maternal al hijo amoroso y el copioso llanto al ser infortunado.

Sí, sí; dedicad preferentemente vuestros parabienes a la Torre del Oro, donde una argentina campana, de admirables sonidos, como la de la Torre de la Vela en la Alhambra de Granada, avisaba las alegrías y tristezas a la sultana del Condado, y vigilaba el sueño de sus dormidos habitantes.

Canta al Alcázar Señorial, en cuyo recinto fortificado, los estruendos de las armas presagiaban mil sucesos gloriosos, y cuyas milicias servían de adorno y defensa a aquellos fastuosos palacios, como los fantásticos de Bagdad, testigos de amores y proezas legendarias y de bellezas incomparables.

Entonad también un himno a la Torre del Homenaje, donde tremoló, por orden de Alfonso el Sabio, el estandarte glorioso de Castilla, ofreciendo con sus soberbios vislumbres a los nuevos pobladores de la histórica ciudad el iris de la paz duradera y el nuevo día de la civilización cristiana.

Orad postrados, como Moisés ante la zarza incombusta, y como es costumbre todavía en vuestros progenitores, los pueblos de Oriente, ante la figura de aquel joven heróico, llamado Walo, honra y prez de la Provincia de Huelva, que dejó atónitos con su firmeza y valor, raras virtudes de los tiempos presentes a los califas cordobeses, y dirigid un beso de admiración a su hermana María, que enlazó su fe con la blanca flor de la virginidad, tan bella como las plateadas y niveas cumbres de los montes.

Alégrense vuestros corazones con los recuerdos tradicionales del añoso pino, que en sus carcomidos huecos tenía un altar sencillo para la Virgen María, tan poético como lo agreste de los campos, la canción del zagal en las cañadas y matorrales, el canto de los pajarillos en las florestas y el aroma oculto de las florecillas de los prados.

Arrodilláos en presencia de los muros de la Jerusalén hispana, como hicieron los Israelitas en las cumbres del Floreb, ante las cenizas de vuestros reyes, de vuestras cautivas reinas, de vuestros caudillos y caballeros, tan poderosos como ignorados, y recordad a aquel famoso vicario de Ilpula, llamado Restituto, que deliberó con los prelados españoles en la difícil labor del Concilio de Elvira; de vuestros obispos, que ayudaron al gran Leandro y al insigne Isidoro a confeccionar las inmortales leyes españolas en Toledo; de vuestros valerosos condes, que como Guzmán el Bueno supo sacrificar su propia sangre antes que ser traidor a la madre patria y, por último de vuestros filántropos que, como los Señores de Monsalves, legaron un tributo perpetuo a la caridad cristiana.

Gracias, pues, mis queridos amigos; y, cuando acerquéis la copa a vuestros labios, brindad no por mí, que realmente no lo merezco, sino por la deseada paz que, como el sol, desde que sale por el Oriente, lleva la alegría y la vida a todos los confines del Universo y da energía a todos los seres.

Libar en honor de nuestra querida España para que Dios repita en ella, como en pasados y venturosos siglos, días de gloria y de grandeza, y envueltas en el manto de sus gozos y suspiros, de sus triunfos y victorias, como en los brazos de madre cariñosa, nos conforte con la sublime esperanza que abre las puertas de los cielos.

Abominad, como de bebida ponzoñosa, de la pretendida civilización mundana, que inventa medios para la destrucción universal y pedid muy alto, con vuestro vaso levantado, que el sol de la civilización cristiana, que invadió con el Nazareno desde las cumbres del Gólgota, se extienda por todos los ámbitos del mundo, y haga que todos los hombres sean aprisionados con los nobles lazos de la amistad y del amor para que se produzca perpetuamente el lema glorioso de: «Todos para uno y uno para todos».

CRISTÓBAL JURADO,
Párróco de Niebla.

DIC. — 1915

ACTO DE JUSTICIA

*Al señor Cura párroco
de Niebla.*

Distinguido señor cura de Niebla: Hemos leído con gusto el galante artículo que titulado «Homenaje» ha publicado en el diario «La Provincia», en descargo de su modestia; pero no quedamos conformes con sus poéticos argumentos; pues creemos que el homenaje a V. es un acto de estricta justicia.

Los señores jurados de certámenes públicos que han otorgado a Vd. ya 22 premios no han hecho otra cosa que enaltecer justamente sus trabajos literarios.

¿No debe ser motivo de orgullo para nosotros que un modesto cura de aldea se pasee triunfante en Madrid, Sevilla, Málaga, Huelva, Almería, Lérida, Puerto de Santa María y Ayamonte, con motivo de sus victorias en las lides de las letras: que las academias le abran sus puertas y los periódicos y revistas soliciten sus trabajos?

El grano de arena del párroco de Niebla está muy lejos de confundirse con el húmedo de las blancas playas del mar o con el ardiente de los desiertos solitarios. ¿Ignoráis que una sola gota de agua pedía a Lázaro, el rico Epulón para refrigerar sus quemados labios, y que, hasta el mismo Dios, prefirió el céntimo de la viuda a las grandes dádivas del fariseo?

¿No es de agradecer en alto grado, que el párroco de Niebla haya popularizado por todas partes, los lugares tradicionales de la histórica villa, ligándolos como lemas al carro de sus victorias?

Ya es la «Laguna de doña Elvira» alfombrada de verde césped, que sirve de solaz a inocentes avecillas; ora es el Cristo del Amor, cuyo altar está regado con las lágrimas de muchas generaciones. Al Occidente es la «Puerta del Socorro», ante cuyos tristes y almenados muros se verificó al morir el día la

terrible hecatombe de los Almoravides; o la entrada oriental del «Agua» donde el Xerif afortunado besó los labios de coral de la hija del rey. Ya también es la Virgen de la Granada, que fué llevada en triunfo por Alfonso el Sabio a la mezquita del Sol, donde poco antes, se habían ofrecido los tributos aromáticos a Alá. Y el Urium que serpenteaba los muros de la vieja Ilipla y reflejaba en sus ondas terribles recuerdos.

Sí, sí; cantemos a la histórica villa de Niebla, como la cantaron sus egregios poetas con la lira de Mantuano; festejemos a sus dioses lares a la entrada de los coliseos, y lloremos ante sus imponentes ruínas, desoladas, por el desprecio de tiempos. ¿Qué se ha hecho de sus celebrados templos y anfiteatros. donde las divinidades tutelares recibían los cruentos sacrificios al sonido de bélicos instrumentos?... Ya no hay carreras en el estadio, ni luchas en el circo, ni sus naves trirremes surcan veloces las aguas cenicientas del caudaloso Urium. El silencio medroso ha reemplazado al emperio y a las riquezas y la tristeza de sus muros se ha equiparado a la soledad de las tumbas.

¡Oh terrible mudanza de los tiempos! La ciudad bulliciosa yace hoy cautiva como Babilonia, sujeta al ludibrio de su despiadada suerte. No se sabe nada del ir y venir de sus gloriosas legiones, ni se oyen las algazaras ensordecedoras de sus teatros. La señora del Condado, cual reina destronada, está hoy solitaria y abatida, y sólo puede mostrar al curioso viajero sus torres y muros carcomidos y sus campos desolados. ¿No se ciernen sobre ella como sombras terribles sus antiguos genios y sus grandes tradiciones como si fueran quimeras históricas?

Tampoco estamos conformes con V. en que las cosas pequeñas no sirvan para nada en el grandioso plan de la creación. ¿No comenzó el mundo con los animales pequeños y concluirá, según la ciencia, con el dominio de los seres microscópicos? Acordáos de la nubecilla de Elías convertida de repente en una gran borrasca, de la gotera que da al traste con los grandes edificios, y de las vasijas de barro que desgastan el duro mármol.

¿Acaso no suben también las lágrimas del pobre ante las gradas del trono del Dios de Sabaot?... ¿No es el diminuto colibrí o la peregrina ave del paraíso, de las selvas vírgenes, las que aventajan con sus hermosas plumas a las águilas mages-

del
e la
fué
sol,
s a
ola
n
s
e

tuosas de los Alpes?... ¿No es más encantador el suave murmurio del arroyuelo, que juguetea sobre las alfombradas sábanas de flores multicolores, que los rugidos embravecidos del mar airado?

¿No surgen de la misma fuente los gemidos del dolor y los cánticos del amor y los acompañan los mismos lazos de la poesía y de la magestad? ¿Es por ventura más grande el sabio que la madre querida? ¿No producen las pequeñas semillas del olmo y el cedro los árboles más gigantes de las selvas?

¿Las bellezas armónicas del mundo como las obras de los genios no se forman de luces y de sombras? ¿El trigo humilde que sirve de alimento a la humanidad, no prospera en las laderas solitarias del Asia?

Tampoco hay cosa más hermosa que el trabajo: ¿No es él el cántico perenne de la creación y el que produce las armonías del mundo físico en el gran laboratorio de la Naturaleza...?

¿No es él el que ilumina la frente de los genios y produce las obras inmortales, semejantes a las de la divinidad...? ¿No es él el que abrillanta la civilización de las naciones, en medio de la paz octaviana, embellece la vida del hombre, transforma las pasiones y da la luz solar de las virtudes? Sin el trabajo la vida sería un abismo y el mundo volvería al impetuoso caos de donde saliera.

¿No nos admiran los palacios del hombre, las moradas del castor, los dulces panales de la abeja y los capullos del insecto de donde salen las crisálidas y las palomitas? Pues bien; todas estas cosas artísticas y naturales son producto del trabajo armonioso.

Sí, sí; cantemos al trabajo destello de la luz divina, vara florida de los genios, manantial de la felicidad, espejo de las virtudes y ave de los progresos.

No envainaremos, pues, nuestra espada sin rendir nuestro cariñoso homenaje a nuestro amigo el cura de Nieblá, y al brindar por él, brindaremos también por la patria y por la paz, que queremos se extienda a todas las naciones.

*Bibiano Roldán, José Rite, Juan Rite,
José María Michel, Antonio Vázquez,
Manuel Díaz.*

LA FERIA DE NIEBLA

La feria de Niebla es antiquísima; indudablemente es una rememoranza de los zocos árabes que antiguamente se celebraban en el Arrabal, barrio extramuros de la población militar, que después se llamó real por haber acampado en él las tropas de Alfonso el Sabio cuando vinieron a la conquista de la plaza de Niebla, y que actualmente sigue llamándose el real de la feria.

Las personas más antiguas de la población sólo dicen que la feria se celebró siempre en el Arrabal desde tiempo inmemorial, que se componía generalmente de la concurrencia de bestias mulares, caballares y asnales y que no se interrumpió ni aún cuando las tropas del Mariscal francés Soult ocuparon las fortalezas de Niebla y sus iglesias.

Así es de suponer que durante la Edad Media, después de la toma de Niebla por Alfonso el Sabio, los muzárabes o árabes convertidos, continuaron sus zocos en el arrabáa, orígenes remotos de la feria actual, conservándose también durante el tiempo de la dominación de los Condes.

La feria de Niebla tomó después gran preponderancia con la apertura de las carreteras y vías ferroviarias a mediados del siglo pasado, y con la extensión de los viñedos y campos de cultivo, riqueza principal y natural del Condado, que sigue siendo el sostén de la feria.

Actualmente es una de las ferias mejores de la provincia de Huelva, no superada por la de Gibraleón, sobre todo en ganado mular, caballar y asnal, pues si bien la de Gibraleón se vé muy concurrida con el vecindario próximo de Huelva y los fáciles medios de comunicación que van a ella a pasar unos días de soláz y a comprar fruslerías, en cambio en la de Niebla a la conclusión de la vendimia, que dá repuesto a los pueblos del Condado, acuden éstos a hacer verdaderas compras en platería, pañería, lanas, calzados, albardonería, bisutería, piquetes, dulces, frutas y otras muchas clases de géneros. Todo esto alter-

nando con circos, teatros, vistas, exhibiciones de diversas clases y otros deportes de diversiones.

Se nota una gran falta, el que las autoridades gestionasen con las compañías de ferrocarriles y autos o camionetas de viajeros la más fácil concurrencia a la mencionada feria, asunto de verdadera importancia para dar más facilidades a toda clase de transacciones.

Esta feria es además la última de la provincia, adonde los feriantes traen sus últimos restos de géneros, ya libres para las últimas ganancias y por ello no deja de ser la más importante.

C. J. C

DESCUBRIMIENTO INTERESANTÍSIMO

¿CAVERNA PREHISTÓRICA?

Acaba de descubrirse en Niebla, en los acantilados que forman el cauce de Río-Tinto, frente a la ciudad, una caverna prehistórica. La señora doña Elena Wishaw, que recibe auxilios de una Sociedad extranjera de Liverpool u otras, sospechó, conforme al parecer de otros peritos, que en aquellos huecos de la roca viva pudo alojarse el hombre en edades remotísimas, y no se equivocó. Y con los auxilios recibidos, emprendió las excavaciones de una de las grutas, frente al puente de la Compañía de Río-Tinto, junto a la cual existe una pequeña fuente, las cuales hasta la fecha han dado un resultado esplendente.

La caverna se compone de tres galerías, una mayor como de doce metros de longitud y otras dos laterales menores de unos tres metros cada una. En la del centro existe al final un pozo semi-cuadrado, hecho exprofeso, como para dar mayor luz al antro cavernoso de unos seis metros de hondura (traga-luz).

Excavaciones

Las excavaciones han dado el resultado siguiente: Se han hallado dientes de personas humanas en pequeña cantidad, nunca cráneos enteros ni esqueletos, aunque los dientes presuponen ya individuos de la especie humana. Además está en abono de la presencia del hombre el pozo traga-luz que debió practicarse por las tribus aborígenes y evitar entrada de fieras.

La cerámica encontrada es de lo más pobre de aquellas remotas edades, como son restos de platos con figuras geométricas en forma de zig-zag o triangular, labradas indudablemente sin cocción alguna, secadas al sol, y labradas con las uñas de los dedos o punzones de palo o de hueso. No se ha encontrado ningún instrumento ni aún fragmentos de cobre, metal

o hierro, como no sea trocitos de sierra de épocas recientes de profanación.

Son numerosos los guijarros redondeados y lisos hallados en la caverna, bien para percusión o signos votivos para sepultar los cadáveres, sabida la predilección que en aquellas edades se tenía por las piedras como preservativo de las iras de los espíritus maléficos o de las fuerzas de la naturaleza.

También han aparecido piedras rectangulares o casi cuadradas, algunas de ellas con una cavidad circular en el centro, como para inoler o triturar algunos granos o semillas, generalmente de piedra oscura, más bien importada, pues por aquí no existen criaderos de esa clase de piedra.

Las piedras menores redondeadas que allí se han encontrado, pueden suponerse o vóticas o destinadas para las hondas ibéricas.

Mas lo que ha llamado profundamente la atención son los dientes o colmillos de los animales hallados en ella, como son los de jabalí, lobos y otros grandes y resistentes, bien pudieran ser del gran oso de las cavernas y del Felix Speleus, que, en aquellas edades se alojó en las concavidades de las rocas y fueron después expulsados por el hombre, dada la altura y grandeza de la caverna.

Epoca

No es fácil precisar en qué tiempos fué habitado por el hombre aquel antro, aunque nos aventuramos a suponer que fué entre la época Mesolítica y la Neolítica por las razones siguientes: Por la pobreza de cerámica hallada y por la mayor abundancia de dientes de fieras, en lo cual hay que suponer que el hombre estuvo poco tiempo en los antros cavernosos citados anteriormente y siempre en lucha con las fieras, en la cual al parecer, quedaron éstas vencedoras dada la pequeñez relativa de la gruta y su escasez de fuerzas y la pobreza de artículos hallados en ellas, para defenderse.

Nuestra opinión de que la gruta fué ocupada entre las épocas Mesolítica y la Neolítica está confirmada entre las suposiciones que hemos confirmado más arriba y además de que, según la naturaleza del terreno de la caverna, no han aparecido

signos ni geroglíficos de ninguna clase ni otros conducentes a su clasificación como los hallados en el Norte de Africa y en Fuen-Caliente.

Nosotros nos inclinamos a creer que se trata en este asunto de los primeros aborígenes, que viniendo por el Norte de Africa siguieron por las costas del Atlántico a Francia y a otros países del Norte de Europa, por la escasez de instrumental hallado en la cueva y escasez de esqueletos humanos hallados en ella, y preponderancia de los de cerámica y colmillos hallados en la misma, que permiten asegurar que las familias humanas iban de paso y en transmigración.

No participamos de la opinión de que los grandes colmillos hallados en la caverna pertenezcan a elefantes, que bien pudieron ser, pues en aquellas remotas edades se criaban a orillas del Guadalquivir y muy bien en las selvas del Tinto, sino más bien del grande y corpulento oso de las cavernas o del Felix Speleus que en lucha titánica desalojó al hombre de aquellos lugares de refugio.

Tampoco podemos dar nuestra acertada opinión de que la gruta fuera ocupada por el hombre en su primer paso desde el Norte de Africa, siguiendo las templadas brisas del Atlántico, hasta ocupar Portugal, Galicia, el Norte de España, Francia y otras regiones, donde sufrió los rigores de los últimos diluvios, o mejor, según creemos en su marcha descendente.

Respecto de los colmillos podemos también creer que se trata del Rinoceros que abundaban en aquella época y en estas regiones.

Lo que sí podemos asegurar que se trata de un monumento prehistórico en nuestra provincia, muy anterior a la época del de la Lobita y aún de la Cueva de la Mora, del pueblo dólmen de Jabugo, correspondiente a la época Neolítica, digno del aprecio de los estudiosos y de ser conservado y visitado.

Se nos ha asegurado que doña Elena tiene el propósito de construir en sus inmediaciones una caseta, donde expondrá en vitrinas los curiosos objetos hallados en la caverna, con objeto de que no emigren ni a Inglaterra ni a los Estados Unidos, pudiendo ser vistos y estudiados por los turistas, especialmente por los Ibero-Americanos que visiten la Exposición de Sevilla.

DESCUBRIMIENTO INTERESANTE

LA SINAGOGA DE LOS JUDIOS DE LA
CIUDAD DE NIEBLA

I

Por fin, lo que se hallaba oculto e ignorado, después de la Reconquista de Niebla por el monarca de Castilla, don Alfonso el Sabio, se ha descubierto providencialmente, en una casa de vieja construcción, señalada con el número 11 de gobierno en la calle llamada Real de Niebla la Sinagoga de los Judíos.

La fachada de la casa presenta el estilo, ya iniciado antes de los Reyes Católicos, puerta grande y cuadrada, adornada con ligera cornisa y antepechos.

Las techumbres y maderas del entresuelo son de castaño, procedente de los grandes bosques que rodeaban a la ciudad en aquellos tiempos, siendo el entablamiento de losas cuadradas o ladrillos. Las portadas del interior son mudéjares, con arcos de estilo árabe apuntado.

Esta casa se halla dividida actualmente en tres propietarios, llena toda ella de admirables frescos, que dan a entender que fué una de las Sinagogas más suntuosas de Andalucía y quizás de España, habiéndose perdido muchos por incuria y al hacer restauraciones profanas. Otros aparecen quemados, lo cual pudo suceder, al recibirse el decreto de expulsión.

Recientemente, uno de los dueños, don José Martín, al ejecutar algunas reparaciones encontró con sorpresa el admirable fresco, al claro oscuro, del sacrificio de Isaac, con todos sus detalles, cuando baja el joven del monte conduciendo al haccedito de leña, cuando arrodillado espera el supremo momento de la muerte, viéndose al Angel del Señor que detiene la espada de Abraham. Además se ve en el fresco una gran palmera, debajo de la cual se halla el cordero que es sacrificado en lugar del hijo de Abraham.

Enfrente de este fresco aparece un conjunto de personajes y mujeres con diversos locados y adornos; cuyo fin simbólico no acertamos a expresar, por las lagunas que en él se encuentran, por haber desaparecido gran parte de los dibujos; pero que nos recuerdan los grabados de las Biblias Moralizadas de la Edad Media, llevando en las cabezas gorros y otros diversos adornos propios del siglo XV.

Enterado el párroco de dicha ciudad, don Cristóbal Jurado, de la Real Academia Española de la Historia, del interesante hallazgo, fué a visitar las casas de referencia, concediéndole toda la importancia que merecían los indicados frescos y procediendo a seguir los descubrimientos.

Sus anhelos no fueron defraudados y tras de improbos trabajos y puesto que las pinturas se hallaban, unas quemadas con antorchas, quizás por los mismos hebreos al recibir el decreto de expulsión, y otras encaladas en tiempos posteriores por manos profanas, aparecieron interesantísimos frescos al claro oscuro, todos en forma de tapices y con orla plateresca.

Al subir la escalera principal de la casa, actualmente de doña Paulina Moya, divisamos un fresco incompleto, en dos partes, debido a las lagunas que el tiempo y la incuria ha causado en él, viéndose distintamente en la parte superior, dos columnas, la figura, al parecer de un perro, y una rosa en los intercolumnios.

En la parte inferior, se ve incompleta una figura majestuosa, con largos trajes y barbas, piernas y pie descubiertos, llevando en la cabeza la mitra de Pontífice con adornos de plumas y a un lado una figura de hombre o mujer, recostado en un diván y cubierto con amplio ropaje, llevando en la cabeza un sombrero adornado de plumas. A este fresco le circunda el adorno obligado de estilo plateresco.

Después, siguiendo el primer corredor a la derecha de su entrada, encontramos la escena de un banquete con varias mesas, tal vez representación de la Pascua, o sea la liberación del pueblo de Israel del yugo egipcio.

En este interesante fresco, también orlado con franjas de estilo plateresco, se halla una mujer con amplios y hermosos vestidos plegados, peinado y adornos de plumas, teniendo a sus lados un caballero con gorro cónico y apuntado y el pelo

cortado en melenas, al estilo medioeval, que recibe de la dama un pedazo de vianda, y a sus lados aparece una cabeza con gorro cónico, representativa, tal vez, del cocinero o sirvienta.

En la mesa aparecen un pan, una bandeja con una pierna de cordero, un cuchillo y vaso o jarro para el agua.

Los manteles cuelgan plegados, con algunas franjas y adornos.

En la parte superior de la gran mesa, aparece otra mesa más pequeña con los paños plegados y una botella de cristal en el centro.

Al lado de este fresco nos encontramos con otros interesantes de batallas, en revuelta confusión de soldados, jinetes y caballos, al estilo romano, viéndose como figura principal un jinete, tal vez representativo de Judas Macabeo, el héroe de la raza judáica.

En la parte de enfrente, en la pared que da a la fachada, nos interesa ver dos figuras, la una como de un pontifice con mitra y la otra representativa de un centurión, con nagüeta dividida en tirajes, al estilo romano y armadura; con orla plateresca.

Dejamos para lo último los frescos más interesantes y completos que ornamentan un muro saliente de la sinagoga.

El frente del muro ostenta preciosas labores de estilo renacimiento o plateresco iniciado en el siglo XV.

En su parte derecha se dibuja un fresco simbólico admirable.

La parte central lo constituye un joven que viste nagüetas y sombrero de plumas, con muslos y piernas al natural o revestidas con calzón de punto, que lleva sobre sus hombros, a semejanza del buen pastor, un gran pescado, rodeándole una mujer con tocado parecido al de Isabel la Católica, compuesto de una franja blanca que le rodea la cabeza; viéndose a sus lados dos jóvenes que visten nagüeta y calzón de punto, ostentando en sus cabezas sombreros de plumas.

En la parte superior de este fresco dividido por una franja blanca, se representa una especie de reyerta guerrera, compuestas de tres soldados, con nagüetas, largas lanzas y gorros cónicos, llevando uno de ellos un escudo fantástico especie de una cara humana.

En la parte inferior del fresco aparece una gran alfombra plegada.

Todo él se halla circuido por una orla plateresca.

El otro fresco del muro está dividido también en tres partes ostentando también la forma de tapiz y orla plateresca.

En la parte superior se divisa una figura de mujer entre dos palmeras y en el lado opuesto un perro o león.

En el centro del fresco aparece el Angel del Señor con largos vestidos y una larga lanza que introduce en el pecho de una figura tendida de hombre, envuelta en amplios ropajes y recostada debajo de una fuente de mármol.

Tal vez sea símbolo este fresco de Heliodoro, general de Selence Epifanes, a quien castigaron los ángeles, por sus sacrilegios contra el templo de Jerusalén o del Angel exterminador del ejército de Senaquerib, rey de Siria.

En la parte inferior aparece un adorno plateresco y una alfombra plegada.

Estos son los principales frescos descubiertos, todos en forma de tapices, aparte de otros muchos que quedan por hallar envueltos actualmente entre el encalado de manos indoctas y profanas.

II

Disquisición histórica

Las primeras noticias que tenemos acerca de la Judería de la ciudad de Niebla se remontan hasta los tiempos de Alonso el Sabio, el que, una vez reconquistada Niebla, concedió generosamente a su último rey árabe Aben-Mafot, las rentas de la Judería, en parte, el Señorío de la Algaba y la hermosa huerta, llamada del rey, que forma en la actualidad parte integrante de los Jardines del Alcázar de Sevilla.

Después se pierde la memoria de la Sinagoga de Niebla, pues en el repartimiento hecho en el año 1464 por Rabbi-Jacob-Aben-Nuñez, físico del Rey e su juez Mayor, e repartido de los servicios y medios que las Aljamas que los judíos de sus reinos et Señoríos han de dar a su Señoría cada año, existente en la Biblioteca Nacional, no se mencionan en la provincia de

Huelva más que las de Aroche, Lepe y Moguer con rentas tan importantes como las de las Juderías existentes en Jerez, Sevilla y otras poblaciones de Andalucía.

Mas esta omisión histórica, que no sabemos a qué atribuir, viene a subsanarse ahora con el hallazgo de la interesante sinagoga o Aljama de Niebla, indudablemente del siglo XIV al XV a juzgar por la indumentaria que llevan los personajes de los magníficos frescos hallados que revelan majestad y gran desarrollo artístico. Y cuya Aljama fué indudablemente abandonada a raíz de la expulsión decretada por los Reyes Católicos en el año 1492.

Explicación artística

Se fundamenta nuestra opinión sobre la época de esta Aljama de los siglos XIV al XV en que todos los frescos se presentan a modo de tapices colgados en las paredes llevando una cenefa ornamental de preciosos dibujos, con visos al grandioso estilo plateresco; cuya semejanza es idéntica a las orlas bordadas que ostentan los grandiosos frontales de los siglos XIV al XV en la catedral de Córdoba y en las miniaturas del Códice del Apocalipsis de la Biblioteca Excurialense, del siglo XV, y cuyos dibujos constituyen más tarde, ordinaria ornamentación en las artes platerescas, según se observa en el suntuoso altar que conserva las entrañas del rey Alfonso el Sabio en la catedral de Murcia; en las capas pluviales del XV al XVI del monasterio de Guadalupe, especialmente en el termo llamado de la emperatriz Isabel y en el de Arias Montano en Galarøza.

Generalmente todas las figuras de soldados que adornan simbólicamente los frescos llevan nagüetas, como se observa en el tapiz normando de Bayeux, en los relieves de la iglesia de Carcasone y en las miniaturas de códices españoles.

Los gorros cónicos, llamados vacinetes, se usaron también en la Edad Media, como se ve en el códice de las Cruzadas, de Pasagis in Terran Santa, de la Biblioteca de Venecia; en los grabados de un manuscrito del siglo XIV en la Biblioteca de Viena; en las miniaturas del códice llamado de Alejandro, del siglo XV; en la Colección Dutnit, en París, y en la Historia de Troya, en El Escorial.

Los pies de los personajes eran puntiagudos, como los que lleva la estatua del rey Eduardo o príncipe Negro, en la catedral de Contorbery; en las Miniaturas de un Códice del siglo XIV; de la Colección Forch, en Barcelona, y en la Crónica de don Jaime el Conquistador, de la Biblioteca de San Juan, en la ciudad condal.

A veces, las chaquetas de los soldados o centuriones están divididas en tirajes, como se usaba entre los legionarios romanos, llevando también, al parecer, armadura.

En los escudos ostentan a veces figuras fantásticas de animales, según aparece en el sello del rey Enrique, de Glegau; en el de Otón 4.º, en el Archivo de Ostende, y Berlín, y en la estatua del conde Guinter, en la catedral de Francfort.

Por lo que hace a España, encontramos estos escudos historiados en el sarcófago de Felipe Boil señor de Manises, en el Museo provincial de Valencia.

Las espadas son largas, semejantes a las de San Fernando y los Reyes Católicos en la Armería Real y con el puño redondo, como se advierten en las esculturas del ya citado sarcófago del señor de Manises, en las placas de la Colección del conde de Valencia de don Juan, de los siglos XIII al XV y en el Códice de Balchino de Treneris, en la Biblioteca de Milán.

A veces, las figuras de hombres, que no tienen la misma de soldados en los frescos, usan vestidos largos o chaquetas y calzón de punto, llevando sombrero con adornos de plumas y otros curiosos tocados.

Ya sabemos que los sombreros de plumas estuvieron en boga en los siglos XIV y XV y aún después, como se advierte en los dibujos del Códice llamado del Rey Renato, del siglo XV, sobre los Torneos; en los grabados en cobre de Hogenberg; en los de la entrada de Maximiliano, en Gante, de Burkmaier y en el llamado Códice de los Milagros de la Virgen o de la Grisalla, en la Biblioteca nacional de París.

Por lo que hace a España, las encontramos en el Códice de don Jaime el Conquistador, en la Biblioteca de Poblet y en las pajes del siglo XV, que ostentan adornos y calzón de punto.

Las mujeres usan vestidos anchos, con hermosos pliegues, y tocados sencillos sobre la cabeza, consistentes en una franja

blanca que rodea el cabello y la mitad de su rostro, como se tienen en las miniaturas del códice del siglo XV de la Colección Fosch de Barcelona, que siguen los usos tradicionales, de las miniaturas de un códice del siglo XII en la Biblioteca Capitular de Tortosa, presagiando los tocados que rodean toda la cabeza y cara, como se advierte en los retratos de Isabel la Católica y otras damas de aquellos tiempos y en la Colección de Placas del conde de Valencia de Don Juan en Madrid.

Todos los hombres ostentan los cabellos en forma de mechas, como se ve en los dibujos del códice citado del rey Renato, en el de las Cántigas del rey Sabio y en el códice de la Coronación de San Fernando en la Biblioteca del Escorial, cuyos usos persistieron en toda la Edad Media, como se advierte en las estatuas yacentes y orantes de la Capilla de los Reyes Viejos en Toledo.

Los dibujos de batallas en revuelta confusión de soldados a caballo, cuerpos atropellados, con gorros cónicos, nagüetas y largas lanzas son idénticos a las miniaturas del códice llamado Historia de Troya, perteneciente al rey Don Pedro I de Castilla, que se guarda en la Biblioteca del Escorial.

En el fresco que representa la comida del Cordero Pascual, en memoria de la liberación del cautiverio de Egipto, la mujer usa el tocado sencillo, con una franja blanca sobre la cabeza y sombrero de plumas o rosas, vestido de grandes plegados y zarcillos en forma de trinquete. El caballero y el cocinero o sirviente, usan los clásicos baciñetes.

Las mesas en las que se ven la pierna del Cordero Pascual, el pan ázimo, el cuchillo y la botella de vino tinto con el vaso de cristal y los manteles, plegados artísticamente, nos recuerdan las pinturas del manuscrito llamado Somme de Roi, del siglo XIV, en el Museo Británico, las que adornan la crónica de Don Jaime el Conquistador del códice de Poblet en la Biblioteca de San Juan de Barcelona y con las miniaturas del banquete dado al rey Enrique VII en Roma del códice Balduino de Treveris.

En el fresco del Angel Exterminador, éste lleva el cabello suelto y flotante y largos vestidos y el soldado herido, nagüetas, con tirajes al estilo romano.

III

De los ritos judáicos

En este gran salón de la Sinagoga de Niebla, ricamente pintado, entarimado y cubierto con techumbres de cedro o castaño, se celebraban los ritos judáicos con arreglo al ceremonial que trae el judío Graetz de Aguilar en su Libro: «El Valle de los Cedros».

Todas las paredes de las Sinagogas estaban adornadas de pinturas jeroglíficas y sentencias de la Escritura, alternando con colgaduras rojas.

En la suntuosa Sinagoga de Niebla se interrumpe en cierto modo, la tradición y se adornan las paredes con hermosos frescos simbólicos o emblemáticos en forma de tapices.

En el centro de estas estancias se hallaba una gran mesa cubierta con un rico tapete de terciopelo encarnado donde se ponían los libros sagrados para la piadosa lectura y una campana de plata, bien para imponer silencio o ya para que el rabino llamase la atención de los asistentes a los ritos sobre algún pasaje importante o dudoso del Talmud o Tora, o también para dictar sentencias los jueces o dayanes.

Generalmente en estas estancias había un armario de roble recubierto de terciopelo, con una cortina de púrpura bordada donde se guardaba el Talmud o Libro Santo, adornado con pinturas y pasajes del Viejo Testamento, recubierto de preciosas telas bordadas de oro que contenía las tradiciones y máximas morales, que se trasmitía de boca en boca, desde Moisés, como comentarios o explicaciones de la ley del Sinaí y que escribió dos generaciones antes de Jesucristo, el predicador de los judíos llamado Hillel.

Las sentencias de este libro se cantaban generalmente a coro entre todos los asistentes, los sábados.

Según las leyendas, el Talmud del rabino Abrahám de Woistes, en el Rhur, era de pergamino con cortes dorados, con iluminaciones representando varias historias bíblicas, como las siguientes:

Abraham, rompiendo con un martillo los ídolos de sus padres; Moisés, matando a los egipcios; Faraón sentado en un magnífico trono, rodeado de la plaga de las ranas, que no le

dejan en paz y que al fin, se ahoga con su ejército en el mar Rojo; los hijos de Israel espantados ante la montaña del Sinai, oyendo la ley del Señor entre truenos y relámpagos; David tocando el arpa ante el arca de la alianza y la celestial Jerusalén, con sus muros y baluartes, sobresaliendo los pináculos del templo, iluminado por los rayos del sol.

Además, en el armario de Roble se conservaba el Toro o gran libro bíblico que contenía el Canon de Erza, con todos los libros del Viejo Testamento, adornados de láminas.

Delante de este armario ardían constantemente las lámparas simbólicas de plata u oro.

En las reuniones judáicas, especialmente durante la Pascua, después de la lectura del Toro y del Talmud, se tenían cánticos solemnes que dirigía el rabino ayudado por el chantre.

Después se tenía la sobria comida de la Pascua, en recuerdo de la liberación de la servidumbre del pueblo de Israel del yugo egipcio, usándose primero los panes que se rociaban con vino tinto y que el rabino levantaba en alto y ofrecía a los asistentes, leyendo las palabras del Talmud:

«Mira, este es el alimento que nuestros padres tomaban en Egipto; todo el que sufra hambre que venga y coma; que el afligido participe de nuestra alegría en la Pascua; al presente la celebramos aquí, pero en futuros años en la tierra de Israel; ahora la celebramos como hombres encadenados, pero después lo haremos como hijos de la libertad».

Después se comían además huevos cocidos, lechugas, rábanos y piernas de cordero, concluyéndose con un plato meloso, compuesto de naranjas, canela y avellanas. Todo adobado con el clásico vino tinto.

Antes y después de estas ceremonias se lavaban todos las manos en una jofaina de plata.

En los matrimonios judáicos se tenían también en la Sinagoga reuniones de alegría, así como también en la circuncisión de los nacidos, celebrándose veladas necrológicas por los difuntos. Todas las diferencias y asuntos se arreglaban en el gran salón por los jueces o dayanes, siguiendo en España las normas de la Tecana o junta general hebrea verificada en Valladolid en el mes de Yyar el año 1482, que se guarda en la Biblioteca Nacional.

EL DIVÁN DE LAS MENTIRAS

Al muy ilustre señor Presidente y distinguidos vocales de la Junta onubense de Prensa asociada.

En el regio alcázar de los Califas de la Lebla morisca eran grandes la consternación y la tristeza. Hasta se habían suspendido las fastuosas recepciones de los embajadores extranjeros y en los amplios salones, de purpúreos y dorados adornos, no se daban los acostumbrados conciertos musicales, en los que profesores eminentes, a imitación de Zaryab en Córdoba, demostraban su genial inspiración en sublimes composiciones. También los frondosos jardines aparecieron solitarios, a la caída de la tarde, cuando las frescas brisas del cercano mar esparcían en todos sentidos los finos y agradables aromas de las florestas. Ni realzaban su belleza las odaliscas del haren real con sus vaporosos vestidos orientales de sedas multicolores, con bordados de oro, cuando se deslizaban como visiones de hadas celestiales por entre los verdes senderos y las espesas umbrías, que bordeaban los lagos plateados. Hasta las aves de vistosos plumajes, siempre bulliciosas, que anidaban en las enramadas, parecían participar de aquella melancolía general y mitigaban, al parecer sus trinos a la magestuosa salida del sol y a su marcha por Occidente.

Los Muslimes, a su vez desde las torres altísimas de la mezquita oriental no cesaban de llamar a la oración a los fieles creyentes de Alá.

La bella princesa Elsenor, la de los ojos azules y rostro anacarado, ligeramente esmaltado por sus rubios y ensortijados cabellos, se hallaba enferma y tenía consternado a su buen padre Beni Ismail, el magnánimo, califa de la Lebla victoriosa.

En el hermoso salón del trono del palacio imperial habían concurrido varias veces los más eminentes médicos del reino, con otros venidos de Murcia, Córdoba, Jaén, Sevilla y Badajoz, enviados por los Emires, sin que ninguno hubiese acertado con sus pronósticos y medicamentos a sacar de la profunda tristeza que embargaba a la gentil y linda princesa.

Enterada de ello la atrevida Odalisca Alfar brindó al Sultán un nuevo medio de curación con el fin de sacar a Elsenor de su profunda melancolía. Recorría por entonces las principales poblaciones del reino un joven arpista y procedente de la ciudad de Damasco que a la par que daba sublimes conciertos recitaba, alternando, las leyendas más famosas del profeta, cuando en su corcel blanco y divino, con ojos de esmeralda y alas de brillantes, visitó las mansiones celestiales de Alá.

Apenas anunciada esta proposición fué aceptada y a poco el célebre músico llamado Esmeril pisaba los suntuosos salones del Alcázar de Lebla.

El músico aventurero prometió desde luego al califa la curación de la princesa a condición de que la dejaran pasear todas las tardes, en los bellos jardines, donde en el magnífico diván de los sillares de mármol rojo, en medio de las umbrías de la selva artística, le cantaría sus mejores canciones y le haría saborear sus más lindas tocatas, armonizándolo todo con sus maravillosas e improvisadas leyendas.

Era una hermosa tarde de abril y la fragancia de los claveles y azucenas convidaban a la dulce nostalgia y al placer venturoso en los magníficos jardines del Alcázar. En el diván de los encarnados sillares se hallaba sentada la bella Elsenor con sus vestidos niveos de seda, ligeramente realzados por artísticas franjas de oro y azul. Su hermosura aparecía todavía más saliente, debido a su profunda melancolía, que daba mágica expresión a sus ojos de cielo.

Ante ella el joven músico Esmeril improvisaba sus mejores tocatas con su laud de oro y cuerdas de plata recitando después la siguiente leyenda:

«Señora de la hermosura: Cuando el sublime profeta del Islám pisó las mansiones celestiales de Alá, éste le enseñó en maravillosos instantes los frondosos huertos y brillantes jardi-

nes, reservados a los suaves amores, que curaban con su dulce riqueza las nostalgias y tristezas de la vida. Allí le mostró aves rarísimas de preciosas plumas en los tiernos coloquios de su himeneo, fieras amansadas en el casto placer de sus amores; plantas con flores bellísimas que fecundaban con el hálito aromático de sus gratas caricias y por último las mansiones ideales del amor humano con sus más bellas escenas que cautivaban a las multitudes y hacían germinar en todos sentidos las majestades del cariño armónico del placer y la dicha.

Las músicas y cantares que servían de atracción en aquellos sublimes palacios no eran más que vehículos para engrandecer los amores, divinos aromas que Alá creó para endulzar las tristezas del corazón humano.

Diciendo esto, se paró el galante Esmeril, dando un suspiro doloroso.

Seguid, dijo al punto la princesa Elsenor, en un bello y solemne ademán de su singular nostalgia.

En medio de aquel vergel, prosiguió Esmeril, de encantos y poesía y en un pabellón central, formado de jaspes blancos y adornos de oro, puso Alá una linda joven de la más suprema beldad y creación ante la cual los genios recitaban los conciertos poéticos.

Más un día Betel, el primero de los ángeles, que bajó al jardín de las Espérides a coger las manzanas de oro, contravieniendo las órdenes de Alá quedó perdidamente enamorado de la princesa Esín, que así se llamaba la más suprema deidad de la belleza, haciéndose rebelde para Alá, por lo cual éste le condenó a transfigurarse en pavo, llamándose desde entonces el pavo real de los ángeles, convirtiéndose además a la princesa Esín, por haber besado a Betel, en un ciprés con doradas piñas.

Pero Betel no conforme con este terrible castigo picó un día una de las piñas de oro, saliendo de ella la princesa Esín, acompañada de un hermoso joven y una linda niña de quince abriles.

Satán y Esín, al volverse a ver, se besaron, pero temerosos del poder de Alá, colocaron en sus manos los anillos del rey Salomón, transformándose en cisnes blancos para recorrer los mares, alojándose definitivamente en la ciudad encantada de

Balta, con palacios de jaspes blancos y transparentes donde vivían felices.

Pero allí también los descubrió el gran poder de Alá, el cual para castigo de Betel y Esín secó los mares y redujo a cenizas con un soplo la ciudad encantada de Balta, condenando a llevar una vida errante, no sólo a la enamorada pareja sino a sus bellos hijos Cupido y Venus, complemento de los dulces amores, que, en unión del pavo real de los ángeles, vienen causando desde entonces la perdición de la juventud del mundo. Todo producto de aquellos contrariados amores».

Mas no bien había terminado Esmeril su curiosa narración, cuando se oyeron pasos suaves y aromáticos rumores como de una persona al pasar por los senderos angostos de las flores, presentándose repentinamente ante ellos un hermoso mancebo de gentil apostura, de rostro moreno y sonrosado sombreado por abundante y negra cabellera.

La princesa Elsenor palideció al verlo, pero pronto se reanimó su semblante, produciéndose en él agradables y continuas sonrisas.

Mas habiéndose sorprendido también el cantor Esmeril, le calmó la bella princesa diciéndole:

No os inquietéis porque Abul es el sueño dorado de mis ilusiones, el cual, por su condición de ser hijo de una esclava del harén, no puede unirse a mi regia estirpe, causándome la profunda melancolía que frecuentemente me devora y haciéndome insoportables las encantadoras mansiones del Alcázar, que no pueden hacerme feliz, como el ave maravillosa encerrada en jaulas de oro.

Y, dicho ésto, prorrumpió en dulce llanto...

Entonces Esmeril se apresuró a consolarla y le propuso, al fin, la fuga con su amado a los lejanos países del Oriente, donde recorrerían las más famosas ciudades, acompañándoles él, para dar interminables conciertos, armonizando con su laúd las sublimes canciones del amor contrariado. Todo lo cual se efectuó rápidamente aquella misma noche.

Al amanecer del nuevo día la consternación en el regio Alcázar era general, debido a la repentina desaparición de la bella Elsenor. El sultán Beni-Amer mandó enseguida en su perse-

cución a la escolta real, compuesta de cien jinetes adiestrados, que montaban caballos árabes excelentes. Pero todo fué en vano porque los fugitivos, habiendo escogido la ruta del Tinto, y llegado al puerto de Onube, se embarcaron en bajeles griegos con dirección a las regiones orientales.

El Califa entre tanto, lleno de furor y rabia, mandó ahorcar a la odalisca Alfar que le propuso la curación de la princesa Elsenor con las mentiras y cantatas del aventurero Esmeril. Pues efectivamente la princesa había curado, pero la había perdido para siempre.

Más tarde hizo colocar alrededor del hermoso diván de los mármoles rojos una baranda dorada con un letrero, en el cual se leía: «La trampa del mentidero».

—

Todavía en las proximidades de la puerta de Hispalis en el recinto amurallado de la vieja Libla, se halla un diván de gruesos sillares ennegrecidos por la acción del sol y de antiquísima prosapia y trascendencia, llamado actualmente: «El mentidero», donde es fama que el aventurero músico árabe Esmeril engañó a la princesa morisca El-Senor.

DIENTE NOTABLE

Se dice por los transformistas que todo evoluciona y se perfecciona en este mundo. pero será también con sus excepciones, por aquello de que «no hay regla sin excepción»; es decir, que no será cuestión cerrada, pues en punto a armas defensivas juzgo yo que nos hemos quedado muy atrás de las que tuvieron los seres que son objeto del presente articulejo y que en otros tiempos hubo.

No hace muchos días el señor don Miguel Marín se encontró en las canteras calizas granujentas de Niebla un diente fósil terrible, como aparece por sus extraordinarias dimensiones, pues tiene 50 centímetros de alto por 21 de lado o ancho en su raíz y 50 centímetros de circunferencia en su base total, arrojando un peso neto de seis kilogramos. Esto es, un señor diente.

Mas ahora tenemos la perplegidad dontológica de que de quién sería o habrá sido el enorme diente y en qué tiempos viviría el formidable animal, que, armado con otros muchos de su calibre, ya podría darnos muestra de una buena dentadura postiza...

Los curiosos trabajos de paleontología o ciencia en los fósiles, todavía, puede decirse, en estado rudimentario o de pubertad, nos dan a conocer que en tiempos remotísimos, muy anteriores al Diluvio, hace tal vez veinte o treinta millones de años, pues este cómputo puede alargarse o disminuirse como una cinta de goma, en una edad que se llamó la Edad secundaria de nuestro globo, como si dijéramos en su adolescencia o en los tiempos de su juventud y lozanía, la tierra se halló como conmovida e inquietada por sus grandes pasiones, que diríamos al hablar de un ser humano. Todo fué para ella grande entonces, extraordinarios cataclismos la agitaron, enormes mónstruos marinos, anfibios y terrestres hicieron de ella un teatro sangriento de luchas horrosas, atronando el espacio con estridentes mugidos, y frondosas y gigantescas selvas, que sepultadas y petrificadas dieron origen a las minas de carbón, servían de morada y asilo a aquellos séres, que si les viéramos ahora nos cree-

ríamos cerca de las moradas de Pluton o en el apogeo de sueños mágicos y terribles. Entonces el hombre no existía, y desgraciado de él si hubiera vivido, pues se lo hubieran merendado como pan bendito.

Ha dicho bien el que dijo que la vida salió entonces de los mares, y, efectivamente, en aquellos tiempos de temperatura tropical, únicamente sería posible vivir en constante baño, y así vemos que los rudimentos de la vida terrestre aparecen ya en los mónstruos marinos, mitad peces y mitad reptiles. Entre los primeros colosos que indudablemente se disputaron entonces el dominio de los mares y reprimieron la excesiva reproducción en sus inmensidades, merecen señalarse el Plesiocauro, con cuello de serpiente, cuerpo de lagarto y aletas de ballena y su feroz rival, ambos carnívoros, el Ichthyosauro, de diez metros de longitud, armado de agudos dientes, según Cuvier, encajados en unas mandíbulas de dos metros de abertura y provistos de ojos enormes de 36 centímetros para divisar las presas durante la noche. Sus pies eran palmeados, que les hacía excelentes nadadores, pudiendo albergar en sus órganos respiratorios grandes cantidades de aire para poder estar mucho tiempo debajo de las aguas. El Mosasauro y el Henosauro, especie de serpientes terribles del mar, de más de 20 metros de longitud, con cabeza de un metro sesenta centímetros de longitud y agudos dientes que se reemplazaban a su caída como los de los cocodrilos. Mas a todos ellos excedió en tamaño el Cetiosauro, lagarto ballena, el animal más grande que ha vivido sobre la tierra; pues sus dimensiones eran tan grandes que excedían a veces de cuarenta a cincuenta metros de longitud.

Entonces aparecieron también los grandes Saurios terrestres, palabra que viene del griego Sauros, lagarto y sus congéneres los Dinosaurios, que quieren decir formidables; presentando ya muchos de ellos los caracteres de los mamíferos, como el Protosauro, reptil colosal; el Megalosauro, gran lagarto carnívoro, de 20 a 25 metros de longitud. Mas entre todos se llevaban la palma por su ferocidad el Pilosauro, carnívoro de 25 a 30 metros de longitud, y el Ceratosauro, cuyos restos fósiles se han encontrado en el Colorado en América. Este último animal tenía una grande y afilada hacha de cortante hueso sobre las fosas nasales, con 66 dientes horribles y garras espantosas.

Entre estos mónstruos los había también que se alimentaban sólo de yerbas y servían de pasto a la voracidad de sus buenos amigos... los carnívoros, tales como el Brontosauro o Saurio del trueno, que alcanzaban una longitud de 16 metros; el Stegosauro, cubierto de espinas de 70 centímetros de longitud, parecidas a las del puerco espín; el Triceratops, con pico ganchado, cuernos y uñas acerados, con cola de dragón y alcanzando una corpulencia de diez bueyes de los nuestros; el Ignanodon gigante, que se levantaba sobre sus patas traseras como los Kanguros, con cola de cocodrilo y cuyos esguelos fósiles en el Museo de Bruselas miden nueve metros de longitud por seis de alto.

¿A cuál de estos terribles mónstruos anfibios o terrestres pertenece el diente gigantesco hallado en Niebla? No nos es posible determinarlo, pero sí que opinamos firmemente que puede ser de uno de los grandes saurios carnívoros que vivieron en la Edad Secundaria de la tierra, como se juzga por el hecho de haberse encontrado en las canteras calizas granujentas, rocas sedimentarias propias de aquella época geológica remotísima. Podría ser también un fósil errático en virtud de algún cataclismo diluvial, pues fué hallado en la superficie de las canteras, pero esto último no hace al caso.

De todos modos el hallazgo de Niebla es tanto más notable cuanto que hasta ahora solamente se habían encontrado fósiles importantes de estos gigantes animales en los terrenos inferiores jurásicos de Inglaterra, en los Estados Unidos y América del Sur, al abrir las trincheras del ferrocarril de «Unión Pacífico», en la cuenca del Mosa en Bélgica, en las Indias y en las montañas del Jura, en Suiza; siendo las colecciones más notables la de Enalosaurios del profesor inglés Owen y la de Ignanodontes de Mantell, del Museo de Bruselas, debida a la diligencia y pericia de los sabios Bon Beneden y De Paw. No teniendo noticia de que en ninguna de las provincias españolas donde existen sedimentos Triásicos, Jurásicos y Cretácicos, que caracterizan la Edad Secundaria, se hayan encontrado fósiles importantes de los grandes reptiles antdiluvianos, pues los señores don Juan Vilanova y don Juan de Dios de la Rada no los mencionan.

¡Los señores dentistas tienen la palabra!

EXCURSION HISTÓRICA

De tal puede llamarse la que el digno y culto señor gobernador civil de la provincia, don Eduardo Rivadulla, con don Manuel Siurot, don José Duelós, don Francisco Muñoz, Ilustrísimo señor Delegado de Hacienda, don Gerardo Gavilanes, comandante señor Vidal y don Diego Calle, realizaron el sábado pasado a la antigua e histórica ciudad de Niebla la Ilpula de los romanos, la Elepla de los godos y la Libla de los árabes.

A vista de pájaro, dada la premura del tiempo, examinaron sus pasadas grandezas, todavía enhiestas las más fuertes y poderosas, como el recinto amurallado, semejante al de Jerusalén, del tiempo de los almohades, la torre o alminar de la oración, el castillo del homenaje y el Alcázar Señorial, pero silenciosas e imponentes, como los gigantes de la naturaleza en los límites de los desiertos.

Por todas partes se veían los restos arqueológicos más pequeños en confusión desoladora, ya truncados y rotos, ya íntegros guardados por aficionados, causando la admiración del turista, semejantes a las piedras de esmalte en las alhajas misteriosas de la historia y del tiempo:

Fabio, si tú no lloras, para atenta
La vista en luengas calles destruídas;
Mira mármoles y arcos destrozados,
Mira restos de estatuas, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,
Y ya en alto silencio sepultadas
Sin dueños celebrados.
Emulación ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades:
Que no os respetó el hado, no la muerte,
¡Ay! ni por sabia a ti, ni a ti por fuerte.

Se presentaron mudas y silenciosas al turista, la puerta de Hispalis con restos romanos y adornada de arquiteos lobulados,

la del Buey con idéntica ornamentación, por donde los muslines dejaron salir, a la vista de las tropas del rey sabio, un lustroso toro, como similar engañoso de la fuerza y de la abundancia de los sitiados y la puerta del Agua con elegante arco tumido, por la cual en luengos tiempos, entraba el apreciable líquido para embellecer los jardines y que un apuesto y enamorado príncipe morisco, hacía traer de huertos frondosos y lejanos para obtener mejor así la bronceada mano de la hija del Emir.

Numerosos arcos de herradura, ya peraltados, ya tumidos o apuntados, como los ejecutados por los artistas bizantinos, sus inventores, en las mezquitas de Amrú en el gran Cairo, Alaksa de Jerusalén, Aljama de Córdoba y en las de Medina y Damasco, se veían por todas partes como símbolos tradicionales y místicos de la plateada luna que en las galas y bodas de su novilunio, iluminó espléndidamente en aciaga noche la huida del profeta Mahoma a la ciudad Santa de Medina y como signo de las imágenes o señales que dejaron impresas en la tierra los cascos de su brioso corcel al volar por los desiertos caminos de la Arabia.

Aquellos arcos nos recordaban también como por encanto los tiempos godos, sus basílicas y prelados asistentes a los célebres concilios de Toledo, dominadores de la histórica ciudad antes de los árabes cuyos modelos trajeron los artistas griegos y persas, copiándolos tal vez de las viejas basílicas de Dighour en la Armenia, o bien remedando los de las de Toledo y los existentes en las cisternas de Baños, o traduciendo los iluminados de los códices de San Millán de la Cogulla, o copiando el que se dibuja en la portada de Virgilano en la Biblioteca Escorialense.

Numerosas bóvedas cilíndricas esparcidas por todas partes y al estilo bizantino, indicaban también a los piadosos creyentes del Corán y elevaban su imaginación hacia la bóveda celeste del firmamento, asiento del trono de Alá.

Como signo característico de la enciclopedia y volubilidad ante aquellas históricas grandezas, y para que se cumplieran una vez más las leyes de la vida y del tiempo y del desprecio y sarcasmo de la muerte, los turistas hicieron chistes jocosos. remedaron a los saltimbanquis, en períodos de franca alegría y reprodujeron episodios de los célebres cristobitas de la infan-

cia, como si se acordasen de aquellas frases de Rodrigo Caro en su célebre canción a las ruínas de Itálica:

Todo desapareció; cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo;
Mas aún el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros a los ojos,
Y miran tan confuso lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.

No faltaron tampoco sus episodios selinescos. Hubo, pues, quien, un lienzo del siglo XVII, lo bautizó como si fuera de los tiempos del llamado de Falipso en Rodas pintado por Protogenes. Un diente de un gran Megalosauro, de cuatro kilos de peso, se creyó ser de algún político afortunado de las edades prehistóricas, de la raza de Cro-Magnon. Una fuente bautismal de los siglos medioevales, como si fuera un enorme hornillo de gazpacho. Manifestando algunos que los objetos de la colección parroquial provenían del Museo de Tolomeo Filadelfo de Alejandría.

Y aquí viene a pelo lo del perro Ganelón, de un señor francés, de los tiempos de Ludovico Pio, al cual, por sus virtudes perrunas y por haber librado a un niño de las mordeduras de una serpiente, a su muerte, su cariñoso y feudal amo, le mandó construir un sencillo sepulcro, junto a una fuente, en los límites del bosque, con esta sencilla inscripción: «A la memoria de Ganelón».

Mas habiéndose perdido, andando los tiempos, la memoria del perro y del amo y creyendo ver el vulgo en la referida fuente virtudes milagrosas, supuso también que en dicho modesto sepulcro se encerraban los restos de algún santo ermitaño muy comunes en aquellos tiempos, a quien empezaron a implorar con el título de San Ganelón.

Tal fué desde entonces la devoción de los pueblos y de las gentes hacia el venerando sepulcro y salutíferas aguas y tal el número de peregrinos y ex-votos que hubo necesidad de levantar un templo en aquel sitio al milagroso santo Ganelón, llamando la atención de Walfrido, obispo de Auvernia.

Mas queriendo el celoso prelado que las venerandas reli-

Caro
quias de San Ganelón se adorasen públicamente mandó abrir el sepulcro, encontrándose sorprendido con los huesos de un enorme perro; confirmándose después la verdadera existencia del virtuoso can, llamado Ganelón, por los pergaminos del Archivo del Castillo de Auvernia.—(P. Feijoo).

Después como digno remate de la tourné histórica y a la salud de las victorias arqueológicas se sirvió en el Ayuntamiento a los señores excursionistas un espléndido almuerzo, al que concurrieron las autoridades y otras personas distinguidas del pueblo, recordando a don José Manuel Pacheco, don Cristóbal y don Pedro Barrera, don Agustín Ales, don Casiano López, don Bibiano Roldán, don Buenaventura Ribas, don José Joaquín Ortega y don Teodoro Ibáñez. Todos los cuales, a decir verdad, anduvieron más acertados y afortunados en aquellos imprescindibles menesteres que en litigar a punto fijo las edades y señas de los vetustos objetos de los tiempos y siglos pasados, recordando a Baltasar de Alcazar:

La mesa tenemos puesta;
Lo que se ha de comer, junto;
Las tazas del vino, a punto
Falta comenzar la fiesta.

Por la tarde, camino de la Estación del ferrocarril, entre las finas y chistosas ocurrencias del señor Siurot, que ya recitaba versos de Luis de León, ya invocaba la tiara del Gran Pantagruel o las momias de Sesostris, y los ditirambos de don Pepe Duclos, imitando en inglés los sainetes de los tíos vivos, se pasó un rato delicioso, en el que todos hablaban, reían y se confundían en aquella Babilonia de la amistad que nos traían a la memoria la consabida de Iriarte:

De Santo Domingo trajo
Dos loros una señora.
La isla es mitad francesa,
Y otra mitad española.

Así, cada pajarito
Hablabá distinto idioma,
Pusieronlos al balcón,
Y aquello era Babilonia.
De francés y castellano
Hicieron tal pepitoria,
Que al cabo ya no sabían
Hablar ni una lengua ni otra.

Sonó el silbato de la locomotora y entre apretones de manos y saludos cordiales, partieron los distinguidos excursionistas que por su trato afable y franca nobleza, dejaron un vacío difícil de llenar entre las personas del pueblo de Niebla, cabiendo aquello de repetir el célebre trozo de oda de Fray Luis de León:

Los antes bienhadados,
Y los agora tristes y afligidos.
A tus pechos criados,
De ti desposeídos,
¿A dó convertirán ya sus sentidos?

DIVULGACIONES CIENTÍFICAS

(NIEBLA)

HALLAZGO ARQUEOLÓGICO PREHISTÓRICO

A los Sres. Maestros Nacionales de Huelva.

En las orillas del Tinto, en las laderas pétreas de los Bermejales, junto a las canteras romanas, procedentes indudablemente de los vacíos de las excavaciones llevadas a cabo hace seis años en la caverna prehistórica enclavada en dichos sitios, un pastorzuelo encontró no hace mucho, dos guijarros interesantes: uno de ellos es un alizador de hachas neolíticas y otros instrumentos cortantes de la Edad de Piedra. Hasta ahora habíamos visto en las grandes piedras, sobre todo en las que forman el magnífico y soberbio dolmen de la Lobita, las ranuras para el pulimento de las hachas y otros objetos para el uso doméstico y de la caza del hombre primitivo; pero la piedra que ha llegado a nuestro poder es pequeña y manual, adornada con dibujos esquemáticos y arcáicos con la figura tosca y pueril de la cabeza humana, labrada con un hachita o punzón de pedernal o de metal de la época eneolítica. La piedra lleva su ranura para el objeto a que se la destinaba: es de piedra durísima y de carácter ferruginoso.

Esto nos induce a creer que la caverna prehistórica de Niebla, todavía no concluida de explorar, era un taller donde se elaboraban instrumentos de piedra, pues sabido es que en la remota época neolítica comenzó el intercambio comercial de ob-

jetos pétreos entre los diversos clanes, una vez que ya había pasado el terrible período glacial, en que el hombre estuvo a punto de perecer, refugiándose en las cuevas naturales y en el cual sostuvo luchas temibles con diversas clases de fieras como el clefas primigenius, el Félix Spelens, la hiena crocuta, los lobos corpulentos, los grandes simios, el gran oso de las cavernas y el león enorme de largas melenas; cuyos huesos y dientes terribles se encuentran a veces aglomerados y confundidos con los restos humanos en las cuevas, signos de sus luchas fantásticas para apoderarse de los refugios, pues todos hufan de las inclemencias horrorosas de los fríos que reinaron en Europa al principio de la Epoca Cuaternaria, caracterizada especialmente por la aparición del hombre sobre la tierra.

La directora de las excavaciones con un desconocimiento supino de lo que traía entre manos supone que la caverna era una mina y que varios clanes de la Edad Neolítica trataron de explotarla, pero en vano porque nada se ha encontrado digno de explotación de riqueza alguna. Sí, sí, indudablemente fué una mina para algunos...

El tragaluz que existe en la parte superior de la caverna está bien explicado: era una entrada fácil para el hombre por medio de escalas o cuerdas de raíces, o tal vez de palmas abundantes en estos terrenos, que, además de dar luz en su interior, constituía un acceso difícil para las fieras, como se ha observado en las cavernas de otros sitios.

Los dientes y colmillos enormes y otros restos de fieras como de osos, elefantes, lobos, hienas, tigres, leones y otras fieras que se han encontrado en su interior fueron cazados por el hombre primitivo en las selvas vírgenes del Tinto, entonces de ondas azuladas y cristalinas, valiéndose de fosas, hondas, arcos y flechas de piedra, de las cuales han llegado a nuestro poder varios ejemplares, así como raspadores, raederas para comer el tétano y los sesos de los animales cazados, después de tostados los cráneos y huesos al fuego.

El otro objeto interesantísimo que ha llegado a nuestras manos, es un trozo de piedra dura de carácter ferruginoso, representando la mitad superior del cuerpo de una Venus Neolítica; cuyos ejemplares son escasísimos en los Museos Arqueológicos-prehistóricos de Europa y aún del mundo.

Sabido es que el hombre en aquellos remotos tiempos gustaba de reproducir la figura de la mujer desnuda, tosca e imperfectamente como correspondía a las infancias del arte. En la época del Reno antes de la terrible época glaciaria el hombre reproducía la figura de la mujer desnuda en marfil o hueso procedentes de las astas del rumiante y colmillos de otros animales, generalmente con la frente achatada, tipo del hombre paleolítico, y largos cabellos que cubrían sus hombros. Este arte casi se interrumpió en la época glaciaria, apareciendo después las Venus o mujeres desnudas labradas toscamente en piedra en la época neolítica.

Estos curiosos y raros ejemplares encontrados en las cavernas refugios del hombre primitivo, eran mofletudos de formas adiposas y con vientres muy desarrollados así como los brazos y demás partes del cuerpo.

Como ejemplares raros o sea de la primera época, período del Reno se cita la Venus encontrada en la caverna de Brasempury de medio cuerpo con brazos adiposos caídos y gran abdomen. Esta figura fué hallada sin cabeza, pero se la reconstituyó con otra cabeza de mujer hallada en la misma caverna.

La Venus Neolítica hallada en Niebla y procedente indudablemente de la caverna de los Bermejales ofrece todos los detalles de las Venus de la Época Neolítica, ya mencionada, toscamente labrada tiene la cabeza inclinada hacia el lado derecho, llevando sobre el izquierdo los largos cabellos. Tiene algo perdidas las facciones y otros relieves por haber sido a nuestro juicio canto rodado en los períodos diluviales. Sus brazos son gruesos y adiposos, llevándolos hacia la parte del vientre que es voluminosa, como el tipo de Brasempury, siendo también gruesos los muslos en la parte superior, así como la espalda en el nacimiento de los hombros y brazos.

La edad de la Venus de la caverna de Niebla, aunque más moderna que la de Brasempury, puede calcularse en ocho a diez mil años, teniendo presente que el escultor Praxiteles, ya en la época histórica, labró la primera imagen de la mujer desnuda.

La ignorancia de los directores de las excavaciones de la gruta de los Bermejales más atentos en que los grandes col-

millos de los animales cuaternarios, antecesores de la fauna actual, fueran conocidos en el Museo Arqueológico de Nueva York y en el de Londres, dejaron escapar y tirar a los vacíos los dos objetos más interesantes procedentes de ella, el vaciador manual de hachas e instrumentos de piedra y la interesantísima escultura de la Venus Neolítica, uno de los pocos y más raros ejemplares que existen en los Museos del mundo.

CRÓNICA DE VERANO

LA FUENTE DEL DUQUE

*Al muy Illre. Sr. Ingeniero
don José Albelda y Albert.*

Durante los siglos medios la histórica ciudad de Niebla constituía con su poderoso recinto de murallas una fortaleza imponente y majestuosa. Los precipicios de sus fosos coronados de almenas eran baluartes y obstáculos seguros para la contención de las huestes invasoras. Las grandes puertas de bronce impedían el acceso del enemigo y las sorpresas de la noche. Y sus altas torres servían de centinelas avanzados y hasta de faros en sus fértiles llanos. Su alcázar o ciudadela situado en el extremo oriental y rodeado de pequeños castillos parecía, a lo lejos, un gigante vigoroso que luchaba con un grupo de atletas.

Esta ciudad bien fortificada fue elegida por los Duques de Medina Sidonia, después Condes de Niebla, para su mansión señorial.

El conde don Enrique cuarto de su nombre, que nació y murió en ella, pobló sus alrededores de grandes y extensos bosques de castaños, chopos y abedules blancos, que le daban un aspecto fantástico, a la vez que le servían de lenitivo para mitigar los ardores del estío.

En su lado más saliente, que recibe los últimos rayos del sol, donde un manantial de aguas cristalinas resurgía espontáneo, hizo el duque construir una hermosa fuente, en cuyas cercanías pobladas de juncias, mastrantos y adelfas rosa, con la armonía de los ruiseñores y otros pajarillos de la enramada, entretenía sus ocios el buen prócer, sobre todo a la caída de la tarde en sus paseos vespertinos.

Allí, al pie del cadencioso ruido de las aguas, conoció a la bella Sol, gentil y hermosa campesina, a quien los pastores de los contornos habían bautizado con el sobrenombre de perla del Tinto, quedando perdidamente enamorado de ella, dándole pa-

labra de casamiento y ofreciéndole el condado y señorío de Niebla.

La población estaba engalanada como en los días de sus mejores fiestas. Comparsas de músicos ambulantes recorrían las calles de la población para dar animación a las gentes. Numerosos Condes, Duques y títulos de Castilla con grandes séquitos habían acudido a la celebración de la boda del Duque D. Enrique con la princesa Elvira, emparentada con el trono de Castilla. Compañías de danzantes se disponían a celebrar en las plazas públicas farsas y autos, canas y torneos como muestras del regocijo por el fausto acontecimiento.

Entre los números más espléndidos figuraba el de una gran corrida de toros, lidiados por famosos matarifes, venidos de Olite en Navarra y en la que habían de lucir lujosas divisas de colores los caballeros rejoneadores.

El banquete de bodas prometía ser suntuoso y espléndido para el que se habían sacrificado treinta becerros y mil quinientos corderos, numerosas aves de corral, veinte lechones asados, cincuenta libras de almendras tostadas, mil gazapos y diez ciervos provenientes de los cercados y heredades del señor duque.

En la plaza pública se había establecido una fuente perenne de vino para que bebiese quien quisiere.

El templo principal, por otro lado, presentaba un aspecto deslumbrador. Sus paredes se hallaban adornadas con ricos tapices. En el altar mayor hermosos candelabros de plata sostenían grandes cirios de cera blanca. Y a los lados se admiraban preciosos reclinatorios góticos y doseles de terciopelo rojo con las armas ducales, bordadas en oro, para los desposados y demás dignidades eclesiásticas que habían de intervenir en la augusta ceremonia.

La comitiva salió del regio alcázar de este modo. Le precedían los maceros de la nobleza con ricas dalmáticas, después el séquito ducal con suntuosos vestidos y arreos, realzados por el brillo de las armas, y aderezados de piedras preciosas. Cerrando el cortejo numerosos caballeros y ricos hombres con sus favoritos y pajes vestidos de escarlata y oro, seguidos de muchas compañías de músicos y cantores que ejecutaban canciones y marchas reales,

de
me-
las
ro-
os
ri-
i-
a-
il

Ante el altar principal de la iglesia se hallaba esperando la comitiva el prelado don Baltasar del Río, Obispo de Scalas y Arcediano de Niebla, revestido de pontifical, rodeado de dignidades eclesiásticas, para dar la bendición a los nuevos duques y condes.

Al estruendo de las músicas y a los vítores de júbilo sucedió en el interior de la iglesia un silencio profundo que atrajo las miradas y atención de todos. Una joven blanca hermosísima con el cabello suelto, cuyas hebras imitaban los dorados rayos del sol y de cuyos ojos de azul purísimo caían gruesas y brillantes lágrimas, cual perlas de rocío en la corola de las flores a la salida de la aurora, abriéndose paso por entre la muchedumbre mostraba al obispo de Scalas un niño de alabastro y hermoso como los ángeles que llevaba en sus brazos. La cual dirigiéndose de pronto hacia la imagen del Cristo Crucificado que se hallaba en el altar le dijo:

¡Señor! ¡tú y la fuente sois testigos de que el duque, mi señor, al mancillar mi honra, me prometió su mano!

¡Amparadme!

Apenas concluida esta fervorosa oración, como movidas las gentes por un resorte providencial miraron instintivamente a la cara del Cristo, cuya sangre parecía salir fresca de su costado.

En tan precisos momentos los rayos del sol, al penetrar por los ventanales, iluminaban esplendidamente el templo y sólo se oía durante aquel religioso arrobamiento de la muchedumbre los cánticos de las golondrinas; percibiéndose además la fragancia de las flores que adornaban los altares del santuario.

La cara de Jesús brillaba celestialmente, y ante el éxtasis de las multitudes arrodilladas a sus pies, dijo así:

«Si es como dice Sol, la fuente, testigo de las palabras y promesas del duque. Ireis allá y obrareis como el agua cristalina os dijere».

Habiéndose levantado entonces el obispo, entre los murmullos y asombro de la muchedumbre, invitó a todos a dirigirse a la fuente milagrosa para obrar conforme al mandato del Salvador.

Una vez en la fuente llamada del duque, y en medio de religiosa calma y majestad el manantial clarísimo de la misma ha-

bló: haciéndole coro los pajarillos de la enramada, y pidiendo todos la mano del duque para la pobre Sol, según el ofrecimiento que había hecho ante ellos.

El pueblo entonces pidió clamorosamente el enlace del duque con la aldeana Sol; cuyo prócer, volviendo en su palabra, la hizo condesa en el mismo sitio en que había ultrajado su honor.

Al momento los cánticos y las músicas atronaron el espacio y los vivas ensordecedores se parecieron al ruido de los torrentes.

La princesa doña Elvira huyó avergonzada por los campos, acompañada de su fiel doncella Silveria y habiendo llegado a una extensa y profunda laguna, que no muy lejos de la ciudad de Niebla había, se precipitó en ella, la cual desde entonces lleva su nombre. En ella los cazadores difícilmente cogen las zamudas, las avefrias, los trigueros y alondras que acuden a sus alrededores, los cuales asustadizos y fugitivos, como de sombras vanas, apenas se ponen al alcance del hombre.

Y todavía en la antigua iglesia señorial de Santa María se muestra al viajero la venerable imagen del Cristo Crucificado, llamado de la Sangre, ante la cual es fama que se obró el milagroso suceso referente a los desposorios del duque Enrique IV con la bella aldeana doña Sol, después condesa de Niebla.

CRÓNICA DE VERANO

LA TORRE DEL BUEY

*Al muy ilustre Ingeniero don
Francisco Montenegro y Calle.*

Mohamed - Almanzor - Beni - yaya, rey poderoso de la Lebla Morisca había hecho construir sobre la parte occidental de la hermosa capital de su reino una soberbia torre adornada con alfeizares que miraban hacia la parte de la salida del sol y a las ardorosas regiones de la Arabia y de la Meca, patria santuario del profeta. Sus puertas imitaban en sus bellos y elevados arcos a la plateada luna en su creciente por ser este el astro de la noche testigo fiel de los amores y predilecciones de Alá hacia su fiel profeta, que en las noches espléndidas y serenas le enviaba a los poderosos genios para que le condujesen en blancos corceles, cuyos ojos relumbraban como las piedras preciosas para que visitase las maravillosas regiones de los cielos y oyese a los ángeles recitar las sesenta mil canciones en un segundo.

Sus dinteles eran de alabastro transparente y en sus bóvedas se imitaba a las maravillas la mágica circunferencia del firmamento tachonado de estrellas. En la parte superior una manzana dorada de grandes dimensiones bifurcaba en todos sentidos los refulgentes rayos del astro del día.

Para más hermostear aquella torre cuyas puertas eran de bruñido metal de corinto, la adornó en sus alrededores con espléndidos jardines regados con las dulces aguas del río Azeche que eran conducidas por numerosos canales por medio de ruedas de madera que se movían en los diques al compás de ingeniosos mecanismos.

Todas las tardes la princesa Ben Amar, de extraordinaria belleza y hermosura por su rostro de nacar, sus ojos del purísimo azul de los cielos y sus rubios cabellos, se asomaba a los esplendorosos miradores de la torre de mármoles blancos y rojos, para aspirar los suaves aromas de las flores y contemplar exta-

siada a las huestes guerreras que con lucidos y brillantes uniformes regresaban de hacer sus correrías por los extensos límites del territorio.

Adel-Jarelo, guerrero y apuesto mancebo, procedente de los dilatados campos de Argelia al pasar por delante de la hermosa torre hacía todos los días ante la blanca princesa maravillosos ejercicios con su negro caballo árabe, luciendo su singular maestría en el arte ecuestre y ejercicio de las armas.

El día era espléndido, en el Alcázar real se hacían grandes preparativos para recibir a los embajadores del rey de los Algarves que venían a solicitar para el príncipe Estel la mano de la preciosa princesa Ben-Amar.

Mas ya era tarde porque la rubia y altiva majestad enamorada perdidamente del guerrero argelino, aunque de condición humilde, al enterarse de la misión propuesta de los embajadores portugueses, se había fingido loca por los consejos de su esclava Fátima.

Pero un adulator cortesano, que estaba en el secreto enteró poco después a Mohamed Almanzor de aquellos ocultos amores, el cual montado en cólera dió una orden para que se persiguiese y cortase la cabeza al joven Adel-Jarelo, que advertido a tiempo huyó al cercano reino de Onuba.

Adel-Jarelo no se desconcertó por esta terrible contradicción pues habiendo guerreado después con las huestes de Almotadid de Sevilla y participado de un buen botín se hizo construir por un mecánico árabe de Córdoba un buey maravilloso, que se parecía perfectamente a los naturales y se movía hábilmente por medio de ingeniosos mecanismos haciéndose conducir de este modo a los huertos frondosos de la torre de Lebla, en donde sin inspirar sospechas, conversaba diariamente con la princesa Ben Mar.

Mas la ingrata favorita y esclava Fátima, que había recibido grandes sumas de dinero del príncipe de los Algarves, descubrió traidoramente el curioso ardid de Adel-Jarelo al rey, viéndose obligado otra vez el joven argelino a huir nuevamente de Lebla por los consejos de su amada Ben-Amar.

La lucha entre los reinos de Onuba y Lebla había sido terrible, peleando ambas huestes de guerra de una manera encarni-

uni-
lmi.
de
er-
vi-
u-
s

zada. El rey de Lebla Mohamed Almanzor fué hecho prisionero con gran parte de sus aguerridas tropas, siendo condenado a ser pasado por las armas.

Mas la noche anterior para que se cumpliera la sentencia impuesta por Jalar rey de Onuba el joven argelino Adel-Jarelo, dando pruebas de una astucia increíble logró salvar al monarca de Lebla, poniendo en su lugar a un esclavo muy parecido, restituyendo a Mohamed Almanzor a la capital de su reino en un veloz e intrépido caballo árabe.

La ciudad de Lebla aparecía engalandaada con colgaduras y arcos de follaje: músicas de añafiles, atabales y dulzainas recorrían las calles de la población dando mayor animación y alegría a la marisma. Los guerreros, con vistosos uniformes y jaiques de colores, llevaban en sus turbantes medias lunas de plata y brillantes alfanjes que contribuían a dar más esplendor y realce a los grandes festejos de aquel día.

El rey de Lebla agradecido a la lealtad y nobleza del joven argelino Adel-Jarelo, que le había proporcionado su libertad, le había concedido al fin la mano de su hija la bella y rubia princesa Ben-Amar; cuyas bodas debían celebrarse fastuosamente.

Durante los extraordinarios festejos se exhibió a las multitudes el famoso y artístico buey artificial de que se valía el enamorado Adel-Jarelo para hablar con la princesa Ben-Amar.

Para perpetuar estos sucesos el monarca de Lebla, Mohamed Almanzor, dió el nombre del Buey a la hermosa torre cuyas parduzcas almenas acarician todavía los multicolores rayos del sol poniente.

LAS ABEJAS DEL SANTUARIO

*Al venerable y sufrido clero
rural de la provincia de Huelva.*

Apenas el sol bordeaba las colinas, en una ardiente mañana de Julio, cuando las huestes de Fernando IV el Emplazado, monarca de Castilla, daban el último asalto a los fuertes muros y baluartes de la histórica ciudad de Niebla.

El Alcaide de los Castillos, don Gonzalo Garci-Méndez de Soto Mayor y Montañina, emparentado con la nobleza de Medina Sidonia y la casa de los Condes de Niebla, levantándose en armas contra los reyes castellanos, se había resistido a entregar las llaves de la fortaleza a los enviados de la corona.

Sitiada la plaza por todos lados con numerosas tropas agueridas e ingeniosas máquinas de guerra tuvo, al fin, que rendirse ante la superioridad de las fuerzas leales, las cuales, después de asaltar los muros y apoderarse de sus torres, hicieron en ella un castigo ejemplar. Las tropas sitiadas fueron pasadas a cuchillo, siendo saqueadas las viviendas y vendidas las cosas y enseres en pública almoneda.

Ante tamaños desmanes y crueles procedimientos las gentes y familias que poblaban la ciudad huyeron despavoridas a las sierras próximas, atemorizadas de los crímenes y devastación de los invasores. Y los pocos caballeros de la nobleza que quedaron, lograron escapar fiados en la fiereza y destreza de sus caballos, ausentándose para no volver más a Jerez de los Caballeros, según la tradición.

Desde aquella terrible y memorable fecha la población quedó desierta, derrumbada y triste, arrastrando desde entonces la gran decadencia que le agobia. Sobre los muros de sus recintos y baluartes creció la yerma grama, las esparragueras, el olivo y las parras indígenas, las alcaparroneras y otras plantas silves-

tres. Y de sus templos abandonados tomaron posesión los pajarillos y gorrionzuelos, alegrando su interior con trinos y algarrabías, en defecto de las súplicas y oraciones de los fieles.

Sobre sus altares o retablos viejos y solitarios hicieron sus nidos las golondrinas, tomando asiento en las torres de piedra los mirlos cenicientos, las carrascas multicolores, las pardas aguilillas y las taciturnas cornejas, que dejaban oír sus silbidos suaves y cadenciosos durante las noches.

Tras de la capilla del venerable Cristo de la Columna, que, desde tiempos remotos, recibía la adoración de los creyentes cristianos, en la iglesia de San Martín, vinieron a fijarse las solícitas e industriosas abejas, que llenaron sus bóvedas de ricos panales de exquisita miel, cual fiel tributo de la madre naturaleza al buen Jesús.

Un día, según la tradición legendaria, la abeja maestra de aquella república de obreras vino a posarse en la cárdena y entreabierto boca del Cristo dolorido para labrar en ella un rico panal; pero el Señor se dignó hablarle antes y le dijo:

—¡Sí, hija mía!, estoy ya harto de la hiel y el vinagre de los hombres que, con sus odios y rencores pasionales amargan la dulzura y misericordia de mi corazón, considerándose unos mejores y superiores a los otros por egoísmo, sin acordarse de que yo recibí los tributos de la Magdalena pecadora; absolví al paraltico de la probática piscina y a la mujer adúltera; llevé al paraíso al ladrón pendiente a mi lado en una cruz; hablé con la Samaritana; perdoné a los judíos que me crucificaron; recibí humildemente el beso de Judas y me complacía en comer y reunirme con los pecadores, abrazando pródigamente a mi hijo perdido, que me había disipado todos mis bienes, cual bondadoso pastor que dejó las noventa y nueve ovejas para coger sobre sus hombros la que se había extraviado, resuscitando al pobre Lázaro y aceptando el pequeño óbolo de la viuda. Para poder establecer de este modo mi mandamiento de «amaos los unos a los otros, y haced bien a vuestros enemigos».

«¡Sí, hijas mías! os permito que labreis aquí vuestros panales, para que con la bondad de vuestros trabajos y vuestra solicitud, laborando en favor de la desgraciada humanidad, endulceis mis amargas penas y mis perpétuos sacrificios, para que deis ejemplo a los mortales de que el trabajo y no la ociosidad

es la base del bienestar de las naciones y de los pueblos, cimentado en una fe pura y sencilla en Dios, autor de todo bien, que es como el aroma espiritual que todo lo hace próspero y agradable con sus delicados efluvios».

«¡Sí, hijas mías!, tengo sed de que la verdadera justicia y el amor entrañable, que son la base de la verdadera democracia, se implante entre todos los hombres a semejanza de vuestras solícitas repúblicas. que resplandezca la paz, que suaviza el bienestar social, y el amor a Dios y a la patria que hace poderosos a los Estados».

«Vuestro ejemplo anime a los mortales que de multitud y diversas flores que libais el licor que transformais después en exquisita miel, trabajando sin cesar y unánimamente bajo la dirección de vuestra discreta maestra».

Y, apenas el sol sale por el Oriente, con sus dorados reflejos, o se deja caer por el Occidente, entre velos de gasa de color de rosa, no cesais de producir, brindando vuestros desvelos y actividad al hombre desagradecido e indiferente...

Así lo haremos, Señor, respondió la Maestra de las laboriosas abejas, para imitar a Vos que haceis salir vuestro sol diariamente para el bueno y para el malo y derramais vuestra benéfica lluvia sobre las tierras del justo y del impío y disteis vuestra mano al enfermo abandonado en la piscina de Siloé.

Iremos a las torres de todas las iglesias, donde tambien andan y arrullan las blancas palomas y otras inocentes avecillas, y labraremos en los huecos de ellas exquisitos panales de miel, para así alegrar más de cerca vuestras amaguras, pues siempre con los brazos extendidos sobre la cruz, como estuvisteis moribundo en el Gólgota, llamáis a todos los mortales a vuestro amor y al de sus semejantes. Convidando a todos los vivientes para que en vez de la hiel y el vinagre que os brindaron los judíos y que todos los días os presenta tambien el hombre malvado, os den en cambio las personas buenas multiplicadas gracias en todo tiempo por vuestras magnimidades y misericordias y por los innumerables beneficios que de Vos recibe la humanidad.

Apenas hubo concluído su oración y cánticos de alabanzas la maestra de las abejas, se oyeron de improviso los melodiosos

acordes de los órganos solitarios, los trinos de los pajarillos y los sonidos majestuosos de las campanas abandonadas en las altas torres, como en los días de mayor regocijo religioso, ensalzando todos, al parecer, los beneficios de Dios hacia los mortales.

Y todavía desde aquellos remotos tiempos, la república de discretas y solícitas abejas sigue elaborando sus ricos y blancos panales de miel en las pintadas y altas bóvedas de la capilla del venerable y santo Cristo de la Columna en la derruida iglesia de San Martín de Niebla; cuyas dulces gotas caen, a veces, sobre el ara santa del altar entre el regocijo y cantares de los pajarillos, que allí próximo tejen y hacen también sus nidos, parodiando siempre las oraciones de los fieles creyentes.

EL PÁRROCO DE NIEBLA

Don Cristóbal Jurado, el ilustrado párroco de Niebla, dará dos conferencias los días 30 y 31 del corriente mes a la Juventud Artística sobre el tema: «La música instrumental en la Iglesia Española, especialmente en la época Visigoda».

Con este motivo, es interesante recordar algo de sus merecimientos y justos triunfos literarios, para que la opinión, algo olvidadiza en estas cosas, se dé cuenta de la calidad del conferenciante, que ha tenido la valentía de escoger un tema de difícil investigación y estudio. Para el que conozca sus trabajos, esto no será una sorpresa, ya que se trata de un escritor que no mariposea en los libros, ni trata las cosas superficialmente; es de la madera de nuestros clásicos, fuerte, personal, hondo; con profundidad de concepto y galanura de dicción.

Entre sus muchos triunfos, recordamos los siguientes:

En el año 1890 obtuvo en Sevilla el primer lugar en unas reñidas oposiciones de Arqueología, Teología e Historia.

En Lérida desde el año 1910, ha obtenido 8 premios, siempre en concursos donde se han presentado más de cien literatos y prosistas eminentes.

En el Congreso de música de Sevilla fueron calificados de sobresalientes y eruditísimas dos memorias sobre la música en la Edad Media. En el certámen celebrado en Ayamonte el año pasado, obtuvo el primer premio en el tema 4.º y el primer accésit por dos eruditos trabajos sobre la caricatura y sobre las piedras tumulares.

Le fué premiado un trabajo en el certámen celebrado en Almería el año 1912.

En el Congreso Eucarístico de Madrid de 1912, presentó tres memorias sobre la pintura eucarística, sobre arqueología y sobre ornamentos, que el Congreso calificó como verdaderamente notables. En el certámen literario de 1913 celebrado por el periódico «La Defensa de Málaga», obtuvo el primer premio extraordinario y mención de honor, con pluma de oro, por la Información de un mitín con 8 discursos notabilísimos.

Fué también muy celebrado su trabajo sobre la pintura visigoda.

Pertenece a la Academia de Ciencias y Letras de la ciudad de Córdoba, correspondiente de la Academia de Historia de la ciudad de Burdeos y Académico supernumerario de la Academia de Música y Bellas Letras de la ciudad de Málaga.

Colabora con notables artículos en el «Fígaro» y «Noticiero Sevillano», en la «Semana Católica» de Madrid, en «La Defensa» de Málaga y «La Provincia» de Huelva.

Muchos trabajos notables pudieran citarse, pero basta lo expuesto para comprender el alto concepto literario en que se le tiene.

Algunos me han preguntado extrañados: ¿Por qué don Cristóbal no reside en una capital? Yo creo que hace bien en no salir de Niebla, que por su historia, sus recuerdos artísticos y su interesante carácter, es el marco más apropiado para su vida y sus obras.

«El cura de Niebla», como generalmente se le conoce, constituye un nombre literario, y ese nombre no debe descomponerse. Hay algo en esta unión de ciudad y de hombre, que le hace interesante. El, sus obras y su pueblo, forman la trilogía donde se asienta su merecida popularidad.

EDUARDO CRIADO.

Huelva 26-5-914.

Estas eruditas Conferencias se dieron en el gran Salón de Actos del Instituto Provincial y Técnico ante los Profesores del mismo, numerosos sacerdotes y público que aplaudieron al conferenciante, por su docta labor interesantísima.

VISITA DE PRINCIPES

El lunes 14 del corriente estuvieron de excursión arqueológica en la histórica villa de Niebla, Sus Altezas las hijas de los Condes de París, acompañadas del Duque de Guisa y de su Mayordomo Mayor.

Sus Altezas Reales montaban hermosos caballos alazanes y vestían de amazonas al estilo de las damas de Windsor: chaqueta torera, amplia falda, bajo la cual ocultaban el indispensable pantalón y media bota y elegantes sombreros a lo «Machaquito».

Excuso decir, que, realzada toda esta graciosa indumentaria con la apuesta gentileza y hermosura de las Princesas, resultaba un cuadro interesante y por demás agradable. Así era, en efecto, pues el pueblo en masa les hacía una apiñada y numerosa vanguardia y retaguardia y tan larga como los pelotones de cruzados, cuando se encaminaban a Oriente en la Edad Media.

Una vez en la plaza de Santa María, hicieron alto para visitar la Iglesia parroquial, en cuyo átrio se detuvieron Sus Altezas, para examinar las curiosidades arqueológicas allí existentes.

Al lado derecho de su entrada, se halla orlada de azulejos, una tabla ornamental latino bizantina en mármol blanco, recuerdos y adornos indudables de la catedral visigoda, construída quizás en los días de San Leandro, durante el reinado de Leovigildo. Estilo de tradición latina, dada la influencia aportada, desde el reinado de Athenagildo, en el siglo VI, por los griegos bizantinos, y su relación con los monumentos de la misma especie y época en España, y dada la costumbre de adornar entonces las basílicas y palacios, con mármoles blancos como el de que se trata.

Corroborar la existencia de la catedral eleplense, la columna existente en el segundo cuerpo de la torre árabe, y que se refiere al mismo estilo que la tabla ornamental referida, como lo indica la (*crux in missa*), cruz griega de cuatro brazos iguales, en forma toscamente labrada, que ostenta por una de sus caras; y además por los adornos fabulosos, históricos y profanos, también en tosco relieve, de que está adornada toda ella; muy conforme a la costumbre o estilo bizantino.

No han faltado quienes hayan considerado que dicha columna se refiere a los restos de un templo fenicio, por la semejanza de la cruz griega que ostenta, con las halladas en los monumentos asirios, signo no olvidado por los Egipcios, y muy parecida a las cruces prehistóricas halladas en Briteiro (Portugal). Señal que usaron también los Cántabros y los Babilonios, relacionada con el culto del sol y de la luna, de que hay vestigios en nuestra España.

Admiraron después Sus Altezas los capiteles bizantinos de las columnas de la puerta de entrada y los otros varios de estilo árabe y romano que hay en dicho patio, así como el tragaluz con el símbolo de la cruz sobre el mundo de los tiempos de la reconquista; y asimismo las diversas clases de azulejos árabes que en forma de cuadros exhornan el antiguo átrio de las abluciones, plantado de naranjos, de la Mezquita oriental.

En el lado del dicho patio, a la izquierda de su entrada, Sus Altezas contemplaron el curioso sillón de piedra labrada, el cual, según Rodrigo Caro, el insigne cantor de las ruínas de Itálica, en su tiempo era tradición, ser la silla episcopal donde se sentaron los insignes Obispos eleplenses: Basilio, contemporáneo de San Leandro; Juan, amigo de San Isidoro, a quien asistió en su muerte con Espacio, Obispo de Itálica, Servando, Geta y Papulo que asistieron a los célebres Concilios de Toledo; y los demás Obispos hasta el año 1144 que existió la silla de Elepla, según dice en su historia D. Rodrigo Jiménez de la Rada, Arzobispo de Toledo.

No han faltado también, quienes opinen que el sillón de piedra a la manera de las sillas curules de los romanos, sirvió en los tiempos del feudalismo a las señoras de aquellas épocas.

Contemplaron además Sus Altezas Ilustres, la preciosísima inscripción de la urna cineraria, donde Julia Marcela guardó los

quemados huesos de Clodio Fabato, su marido, que dice así: «En mí hay cuerpo terreno y espíritu celeste: el cual, al volver a su asiento, allí vive: por lo que goza en los cielos de eterna luz Fabato». Inscripción correspondiente al año segundo de la Era Cristiana; y que en el espíritu y en las palabras hace maravillosa consonancia con ideas y frases de las Epístolas de San Pablo.

Sus Altezas se fijaron en el cipo o altar romano dedicado a la Diosa Minerva por Marco Curatio, Decurión de Itipula, en acción de gracias por su longevidad, y como recuerdo de haber celebrado, en su honor, los juegos del Circo y divertido al pueblo, por tal motivo. Examinaron también el precioso San Martín de azulejos de la escuela italiana.

Habiendo penetrado en el templo, admiraron el magnífico crucero de estilo ojival, del tercer período, construido por el segundo conde de Niebla, D. Enrique de Guzmán, sobre el año 1402. El soberbio altar mayor, estilo renacimiento, primer período, con cuadros de los discípulos de la escuela sevillana. El Cristo de la sangre, semejante al célebre Cristo doloroso de la Catedral de Burgos, del siglo XIII. La cabeza del Jesús Nazareno, del artista Montañez, y las efigies de los mártires, hijos de la Lebla visigoda, Walabonso y su hermana María, martirizados en la época de Abderrahman Abulmotrefo, en Córdoba, año de ochocientos cincuenta y uno. Admiraron el magnífico artesonado de azulejos y maderas pintadas, labradas e incrustadas, que cubre toda la Iglesia, de los tiempos de Cristóbal Colón y los Reyes Católicos.

Al salir del templo, Sus Altezas estudiaron detenidamente la torre nueva o alminar, que algunos atribuyen fué hecha por alarifes musulmanes, en la dominación árabe, reinando Aben-Yachoch, y otros a los mudéjares de principios de la reconquista de Niebla, en tiempos del fratricida de Montiel: aduciendo los últimos, hallarse la torre primitiva de la Mezquita dentro de la actual, la que revistieron y alzaron los mudéjares a petición de los cristianos, para darle mayor fuerza para el sostenimiento de las campanas.

Desde la Parroquia se dirigieron Sus Altezas al Ayuntamiento, examinando detenidamente los curiosos pergaminos manuscritos, con privilegios de Alfonso el Sabio y de otros reyes

cristianos. Pidiendo datos de la estancia del Mariscal francés Sault, por los años 1810 al 12, durante la guerra de la Independencia, y sucesos próximos notables con ella relacionados.

Después se dirigieron sus Altezas al Castillo Señorial, emplazado en el mismo lugar donde estaba el palacio árabe, y en una de cuyas torres se colocó el estandarte real de Alfonso el Sabio, que tremolaba el Alférez Mayor del Reino; y cuyo Alcázar, con todo el territorio de Niebla, donó después el dicho don Alfonso a su hija D.^a Beatriz, y más tarde D. Enrique de Trastámara a la casa de los Guzmán, porque le ayudaron en la traición contra don Pedro el Cruel.

En el murete, llamado de la reina, elogiaron Sus Altezas la preciosa puerta de estilo ojival y de arco conopial. Allí estuvo la célebre torre del Homenaje, restaurada, así como el Alcázar, por don Enrique de Guzmán, en 1469, en tiempo de los Reyes Católicos; siendo de construcción tan hermosa, que Rodrigo Caro, al verla y admirarla dijo: Que después de la torre de Sevilla (que no tenía igual en el Orbe), no sería fácil hallar otra tan alta, fuerte y magnífica como ella. Desgraciadamente, dicha torre fué derruida por el terrible terremoto de 2 de noviembre de 1755.

Después, en los tiempos sucesivos, siguió la mansión conal sumida en el olvido, hasta los años mil ochocientos diez al doce, durante la guerra de la Independencia, en que fué Niebla, el antemural de Sevilla, plaza fuerte; cuyas condiciones militares y estratégicas supo apreciar el mariscal Sault, habilitando a este propósito el abandonado Alcázar, abriendo troneras en las barbacanas, artillando los muros y devolviéndole el aspecto belicoso de los siglos pasados, para la defensa de Axarafe.

En 1811, todavía, permanecía parte del Alcázar en pié, pues refiriendo el Conde de Toreno el sitio que puso Blake en 30 de junio de aquel año a la villa de Niebla, dice que ésta se hallaba rodeada de un muro viejo y de un castillo, cuyas paredes, en especial las de la torre del Homenaje, eran de un espesor desusado. (Historia del levantamiento libro XIV, página 239).

Después, en 1812, los franceses antes de abandonar la villa en su retirada, dieron fuego a los almacenes de pólvora del Castillo, y volaron los restos de la antigua obra del Conde don Enrique.

Esta es la segunda visita que Sus Altezas han hecho a la histórica villa; la primera vez vinieron acompañadas de su malogrado padre, el señor Duque de Motpensier.

Terminada la excursión histórica y arqueológica por sus Altezas, las hijas de la Condesa de París se dirigieron a caballo hacia La Palma, para tomar allí el tren que las condujera a Aznalcázar, punto de partida para Villamanrique.

Las autoridades, personas principales y el pueblo entero, acompañaron durante su visita a los príncipes y les despidieron con gran entusiasmo.

his-
alo-
Al-
illo
z-
o,
n

HALLAZGO ARQUEOLÓGICO EN NIEBLA

(CARTA ABIERTA)

Excmo. Sr. D. Guillermo J. de Osma.

Ilustre y distinguido señor: Al dirigirme a V. E. para ocuparme de la piedra tumular árabiga descubierta recientemente en Niebla y que fué de mi propiedad, opino como V. E., que se trata de un monumento genuinamente español y no africano.

Verdaderamente son escasos los monumentos del arte y civilización árabes, sobre todo inscripciones, que de los tiempos de la dominación musulmana en España, han llegado hasta nosotros. El odio implacable de razas y la vehemencia de las creencias religiosas hicieron desaparecer la mayoría de los vestigios de cultura árabe. Y, esto último, hasta el extremo de que, exceptuados en Granada la Alhambra, en Córdoba la Aljama, en Segovia y Sevilla el Alcázar, en Toledo, Santa María la Blanca y San Juan de Luz, y alguna que otra cosa notable en otros puntos, son muy escasos los que en Valencia, Murcia, Almería, Málaga, Huelva y otras regiones dan testimonio de aquellas generaciones.

No tengo noticias del hallazgo de piedras tumularias africanas, argelinas o marroquíes encontradas en España en ninguna de las provincias que pertenecieron a la morisma en ningún tiempo; por consiguiente hay que desechar el supuesto particularísimo de que la hallada en Niebla sea de tales procedencias. Además, es una aberración el pensar que traída la tal piedra de Africa, se la hubiera encontrado en Niebla, en una cisterna o noria, a veinte y nueve metros de profundidad y teniendo que removerse más de quince metros de escombros para dar con ella. La noria y el recinto de piedra dentro del cual está aquella, son obras árabes anteriores a la Reconquista, cuyo mismo origen y época hay que señalar al monumento tumulario, a don-

de serla arrojado seguramente, bien por los árabes que abandonaban a Niebla, a la entrada del rey de Castilla, tal vez para evitar la profanación de sus creencias, o más bien por los invasores que deseaban a todo trance hacer desaparecer toda clase de recuerdos ligados con el culto de Mahoma.

Sobre la fecha del año 1516 de la Hégira que opina V. E., debe llevar la piedra, no debe admitirse, puesto que la Historia nada recuerda que supiera a musulmán en esa época en Niebla.

No se debe olvidar que la mayoría de las inscripciones sepulcrales árabicas más notables encontradas en España, exceptuadas las correspondientes al reino de Granada, corresponden a los siglos V y VI de la Hégira, o sea a las centurias XI y XII de la Era Cristiana; perteneciendo al primero la de Mahommed-ben-Abdala-ben-Cid-Bobo el Ansari, de Valencia; las de los Becries, encontradas en Puebla de Guzmán, de Huelva; la de Ahmad-Ibu-Jatack, la de la poetisa Fathlma y las de los nobles jóvenes Fadhilah y Guazir, de Murcia, y algunas halladas en Almería; correspondientes al segundo período el fragmento hallado en Cartagena y existente en el Gabinete de la sociedad de Amigos del País.

Las granadinas corresponden al siglo VIII de la Hégira, o XIV de la Cristiana edad, tales como: la de Mohamed III y la de su hermano Nazar, y la de Mohammed-ben-Ismail IV, colocada por su hermano Yusuf sobre los restos mortales trasladados a Málaga.

Sólo debe inquirirse, pues, a qué clase de las designadas puede agruparse con acierto la piedra tumular árábica descubierta en Niebla, lo cual puede intentarse con el estudio comparativo de los caracteres y de la forma de las ya enumeradas y existentes de aquellas edades.

La elegancia y limpieza de los caracteres cúficos de la piedra tumular leblense nos permite conjeturar que no debe asignársele al grupo de las que ostentan los caracteres rígidos africanos, que se sustentaron en los siglos IV y V de la Hégira, ni tal vez a los que llevan el estilo cúfico florido que predomina en la Alhambra de Granada, y sí tal vez al de transición del primero al segundo período, que concuerda más con el tiempo de la dominación árabe en Niebla.

Este estilo que, sin ser rígido, no es demasiado elegante, sino de una suavidad intermedia, se ve en las inscripciones cúficas existentes en el convento de Santa Clara de Murcia, en la de la torre de la acequia llamada la Aljuña de la misma ciudad, en las del hospital del Rey en Burgos y en la que adorna la entrada de la capilla del Salvador en el Real Monasterio de las Huelgas; acercándose estas últimas más al estilo granadino que al almohade.

Respecto de las formas de las piedras sepulcrales arábigas parece que predominaron de dos clases, unas las rectangulares y otras las triangulares; usándose las primeras de una manera general en los reinos de Valencia y Murcia y las segundas en toda la región de Al-Andalus. Y si bien la encontrada en Cartagena es de las mismas formas que las de la región occidental, se debe, tal vez, como opina un docto escritor, a las influencias que a través de sus correrías por Andalucía, llevaron a su reino de levante Jairan y Zohair.

Es de todo punto indudable que la inscripción sepulcral hallada en Niebla es en un todo semejante a la encontrada en Cartagena de forma triangular y que parece referirse al siglo XII de la Era Cristiana, a las encontradas en Almería de la misma época, llamadas allí piedras de tapia por adoptar las formas puntiagudas de la conclusión de los tapiales y a una existente en el Museo Arqueológico Nacional. Así es que lleva en sí el sello de la tradición de la región morisca de Al-Andalus.

Mas, siendo la mayoría de las inscripciones sepulcrales arábigas encontradas de reyes y nobles puede suponerse muy bien que la piedra tumular de la Lebla Arabe pudo ser de algún príncipe de la dinastía de los Beni-Yahya, cuyo último vástago Ybu Jalaf fué desposeído por Al-Motadhid de Sevilla en el año 1051; o tal vez a la familia de Aben-Mafot, que reinó desde 1235 a 1256, en cuya fecha pasó Niebla a la corona de Castilla. Viniendo en abono de esta opinión el haber sido hallada la inscripción dentro del recinto del derruido Alcázar o palacio árabe. O, en último término, sirvió para cobijar los restos mortales de algún noble señor o alcaide de la Lebla morisca de aquellos tiempos.

De todos modos la importancia del hallazgo de la piedra

sepulcral árabiga de Niebla es grande, por ser la única encontrada en la parte occidental de Andalucía y por confirmar la tradición artística de las formas triangulares de los túmulos árabes en la mencionada región. Además, el hallarse completa la inscripción, mientras que sus similares, la existente en Cartagena y la del Museo Arqueológico Nacional, son incompletas.

Pidiendo a V. E. mil perdones por mi atrevimiento en exponer las razones anteriores, dada mi insuficiencia, la ilustración y competencia de V. E. en la materia, y el tratarse de asunto arqueológico tan complejo, se repite de V. E. con la mayor consideración humilde capellán q. s. m. b.

Niebla y Octubre de 1907.

ATENEOPOPULAR

CONFERENCIA DEL PÁRROCO DE NIEBLA

Con gran brillantez se celebró anoche la conferencia inaugural en el Ateneo Popular de Huelva, dada por el colaborador de «La Provincia», don Cristóbal Jurado.

Por más de una hora cautivó la atención de los oyentes sobre el tema: «Soledad de la Virgen del Rocío», en el que hizo galas de su dominio sobre la literatura en párrafos llenos de poesía y riqueza de dicción, llamando justamente la atención de los oyentes.

Además se refirió a la aparición de la Virgen y su hallazgo y a los tiempos en que fué labrada la imagen, demostrando en ello grandes concimientos.

Terminó su conferencia con un cuento rociero andaluz, que gustó mucho y causó la hilaridad de los oyentes.

El Ateneo, complacidísimo, invitó al señor Jurado a dar otras conferencias, nombrándolo socio corresponsal del Ateneo y obsequiándole con un banquete.

A continuación publicamos párrafos del discurso del señor Jurado:

LA CULTURA

He aquí una palabra que encierra toda una serie de armonías y es como el talismán de la civilización, porque guarda en sí la sublimidad de las artes, la majestad de los genios, las grandezas de la industria, los descubrimientos físico-químicos, las vislumbres de los mundos desconocidos, los aromas suaves de las virtudes, las grandiosidades de los cielos, los prodigios terrestres y los dorados frutos del árbol de la ciencia.

Esta es una palabra inspirada en todos los siglos por todas las generaciones humanas y sin la cual la vida de los hombres sobre la tierra sería puramente mecánica, un yermo helado,

prados mustios y sin florestas, cumbres inaccesibles, pedregosas y desiertas, músicas desconcertadas, sin clásicas armonías y cadencias; el silencio profundo ante el espectro de la muerte y de la pavorosa eternidad.

La cultura es el orden, las bellezas y las alegrías purísimas; las espléndidas virtudes, las doloridas abnegaciones, la nobleza de los más caros sentimientos, el triunfo mágico de los sublimes deberes, la modalidad de las costumbres públicas y la férrea potestad sobre las frías o impetuosas pasiones.

Cultura natural es el mandato de la Providencia sobre la marcha ingente de los astros; la suprema conciencia de la razón en el cumplimiento inexorable de las leyes; las congijas del desvalido, auxiliadas por una mano pródiga; el bienestar de la vida en los senderos de la civilización; las lisonjas afortunadas de las bellas letras, con las ternuras y sentimientos de la suprema poesía y los latidos del corazón en los encumbrados amores paternos y de la buena amistad.

¡Qué hermosa es, pues, la diosa afortunada de la cultura, que siempre deberíamos llevarla grabada en nuestras frentes; a semejanza del Sumo pontífice de la vieja ley, que lucía sobre su mitra el nombre de Jeová y que obligó al gran Alejandro a postrarse de rodillas ante él!

Sigamos paso a paso todos los períodos de la civilización humana y la cultura se impone siempre y arrastra penosamente a los recalitrantes.

La cultura, que lleva en pos de sí, como en carro triunfal, a las ciencias, a las letras y a las artes todas, se inclina también ante el trabajo valiosísimo de las muchedumbres disciplinadas, que contribuyen a la gran obra de la civilización humana cual industriosas y solícitas abejas, que elaboran el rico néctar que brindan a la desagradecida sociedad.

Cantemos a los genios, príncipes de la cultura universal, que, cual brújulas prodigiosas van guiando a las multitudes por los cauces del saber, conduciendo como expertos pilotos las naves de la civilización mundial a través de los siglos.

Cantemos a las bellas artes, paladines famosos y aguerridos de la gran cultura de las naciones, porque han modificado dulce y mansamente las pasiones y las obras irregulares de la humanidad.

Cantemos a las industrias, que cual poderosos genios alados, hienden las esferas humanas, como las soberbias águilas en el dominio de los aires, llevando a los hombres a las altas cumbres de la perfección y del trabajo.

Cantemos al amor maternal y a las virtudes, que con sus lágrimas, besos, caricias y aromas sencillos introducen a las juventudes por las sendas de la educación, de la honradez y del bien.

Cantemos al sabio y poderoso dominio en el gobierno de las naciones que guían a los pueblos, como las blancas y humeantes columnas de fuego al pueblo de Israel en el desierto.

Y cantemos por último a las sociedades culturales, que reciben y educan a los ignorantes, como el hijo pródigo del Evangelio, modelando los corazones de piedra y fundiéndolos como la nivea y blanda cera en nobles y sublimes sentimientos y aspiraciones, ejerciendo sobre la razón extraviada el cargo de piadosos mecenas, con la abnegación sublime del generoso desprendimiento y una gran dosis de paciencia imitadora de la de Job.

Viva, pues, la cultura y pidamos a la Providencia que se extienda a todas las gentes para procurar en todo tiempo el bienestar de la humanidad dolorida.

Mas, apesar de estas pomposas alabanzas no es bastante, ni con mucho, la cultura material para engendrar la felicidad de los pueblos, si no está cimentada sobre una profunda fe religiosa, como lo afirma la historia en sus doradas páginas.

El Egipto de los Faraones, la Roma de Virgilio y Augusto, la Atenas de Licurgo, Solón y el gran Alejandro, Cartago y Alejandría, Damasco de Omar y de Harun el magnífico, la Provenza de Teodorico, Toledo de Recadero y Viena de San Esteban, alcanzaron su mayor grado de esplendor, en unión de su gran unidad y apoteosis religiosa entrando en los campos de la decadencia con el frío indiferentismo.

Porque la fe es como el aroma espiritual que da vida y sostiene las debilidades de la materia, encumbra a los genios, consuela a los humildes y traspasa en sus excelsas excursiones el árbol del límite donde se detiene la ciencia humana, visitando las doradas regiones donde se encuentra el trono sublime de la divinidad, creadora de los mundos.

No recitéis a los oídos de los moribundos y desgraciados los problemas científicos y culturales, porque les molestan, más bien habladles de los besos de la misericordia y de la fe, que producen los genios del bien. La cultura, en una palabra, no llega más que hasta los umbrales de la muerte; pero la fe traspasa los dinteles de la eternidad.

Cantemos a la fe sincera, que es paz, amor, caridad sublime, nobleza, resignación y venturoso éxtasis, en el que nos unimos a la divinidad con los suaves efluvios de espirituales besos.

CRIMEN DESCUBIERTO, O EL DOLMEN DE «LA LOBITA»

No se trata, señores lectores, de un crimen pasional, sino de un crimen arqueológico, que al cabo de más de un año, se da a conocer a la provincia de Huelva, lo cual da mucho que pensar acerca de la comisión Provincial de Monumentos y de la cultura general de las gentes en estos asuntos.

Se trata de uno de los mejores monumentos de Andalucía y quizás de España, levantado por los aborígenes o primeros pobladores de la provincia de Huelva, quizás tres o cuatro mil años antes de Jesucristo y situado en la finca llamada «La Lobita», término de Trigueros y en el límite mojonero con la demarcación de Niebla.

Solamente dos hombres se han tomado la molestia de decir a los demás mortales de esta Región la noticia de su hallazgo y la época del monumento y los detalles curiosísimos que en él se encuentran, digno por todos conceptos de ser visitado y admirado después de su completa restauración.

Estos dos hombres han sido el abate D. Hugo Obenmahier, profesor de la Universidad de Madrid, en el Boletín de la Sociedad Española de Excursiones de Madrid, del mes de Marzo último y, ¡quién lo pensara! el modesto párroco de Niebla don Cristóbal Jurado, que parece que camina a la cabeza de la nota cultural de nuestra Provincia, cuyo trabajo fué premiado el día 3 de Agosto en el Certamen Colombino celebrado en la Rábida en el año pasado, de 1923.

Ambos trabajos han pasado por nuestra vista. El primero o sea el del Padre Hugo es ligeramente descriptivo y sobrio en todos sus detalles, como si dijéramos en forma didáctica, avalorado con hermosas fotografías y dibujos. Está escrito especialmente para los doctos y especialistas, conteniendo en síntesis los párrafos siguientes:

El Dolmen, su hallazgo, sus grabados y objetos, las sepulturas encontradas y el ajuar funerario. Sus notas se refieren a los nombres de diversos autores consultados y a sus obras.

No es así el trabajo del Párroco de Niebla, don Cristóbal Jurado, que prescindiendo de tecnicismo, ha logrado ponerlo y amenizarlo al alcance de toda clase de gentes que saben leer. Es un estudio admirable de vulgarización arqueológico-prehistórico, para que todos se enteren de aquella remotísima época de la existencia humana, sobre todo en Huelva. Es un tratado de gran condición, pues en él como en una especie de cinta cinematográfica, se entera el lector de las gentes que habitaron nuestras Regiones en la Edad Neolítica o de la piedra pulimentada, de sus usos, costumbres y artes y la relación del monumento de «La Lobita» con los demás Dólmenes o megalitos de España y el Extranjero. De las cavernas, sepulcros y maneras funerarias de aquellos tiempos.

El trabajo se halla también avalorado con numerosísimas notas, coma una especie de extracto de las principales obras de prehistorias nacionales y extranjeras, que hacen de él como un verdadero Menhir de divulgación científica.

Merece plácemes en ésto el laborioso sacerdote, por este valioso método de vulgarización de las ciencias, que tanta falta hace en nuestro país, siguiendo en ello el ejemplo de aquellos beneméritos profesores de universidad pública para el vulgo.

En suma creemos que el notable trabajo sobre el Dolmen de «La Lobita» del Párroco de Niebla, una vez publicado, se debe propagar para recreo y saber de todos, especialmente para los visitantes del grandioso Hipogeo, quedando el del Padre Hugo Obenmahier para los sportmans, cultivadores asíduos de la ciencia prehistórica-arqueológica.

El estudio del señor Cura de Niebla, está además completado con interesantes apéndices como son el de la división de las épocas protohistóricas y prehistóricas, como medio de ilustrar trabajos y facilitar su estudio. Con otro del culto de las piedras y las hachas votivas, antiquísimo en la humanidad. Y otro notable y de gran erudición de la adoración de la serpiente entre los hombres primitivos.

De las faenas agrícolas del fatuage y de los dibujos en asta

de ciervos. Del origen de los utensilios más comunes; de las fiestas y danzas de aquellas edades y de los modos de cazar. Y otra multitud de conocimientos que revelan la gran cultura de su autor y el dominio sobre la materia.

De lo expuesto se puede comprender la importancia de la obra del párroco de Niebla y lo utilísimo que sería su publicación y divulgación.

Concluyendo este merecido elogio, animando a tan laborioso sacerdote a que continúe en el camino emprendido, para que sirva de estímulo a otros y vean la manera de interesarse por la cultura provincial.

E. R. C.

(De la Real Academia de la Historia).

EL CAMAPE DE LA REINA

En la parte Occidental de la Ciudad de Niebla, en el promontorio pétreo que sirve de base a la misma existen unos asientos largos ennegrecidos por el tiempo y labrados toscamente sobre la misma roca.

En ellos pasaba sus mejores horas de solaz y entretenimiento, acompañada de sus odaliscas o doncellas de honor, la bella Princesa Rosel, sobre todo en los días espléndidos de primavera y verano, a la caída de la tarde, cuando la caballería del ejército musulme volvía de sus correrías militares. Cerca de los grandes y rudos asientos había un pequeño huerto en la explanada para sus recreos y esparcimiento, donde una fuente de aguas cristalinas, que allí brotaba, espontáneamente, llenaba un gran pilar de jaspes transparentes donde había numerosos peces plateados y de vivos colores que jugueteaban bulliciosos.

Y a donde los monarcas de la Lebla morisca acumularon plantas raras y exóticas del Oriente, para su mayor embellecimiento y algunos animales curiosos que servían de recreo a la joven princesa Rosel. Las frescas brisas del cercano mar, las aromáticas selvas y verdes márgenes del Tinto hacían agradables aquellas estancias maravillosas que convidaban al placer.

Es tradición legendaria que a aquellos encantados y agresivos parajes acudían apuestos Príncipes de cercanos reinos a solicitar la mano de la bella Rosel. Desde aquellos remotos tiempos conservan aquellos duros asientos, entre el vulgo, el nombre de Camapé de la Reina.

NOTA: Desde la remota antigüedad prehistórica, a Río que defiende y circunda la Ciudad de Niebla se le llamó Tinto porque a su salida al mar enturbiaba sus azuladas aguas. Más tarde el vetusto historiador Festo Rufo Avieno lo designó con el nombre de Hiberus de donde, según algunos, vino a España el nombre de Hiberia. Después Plinio le llamó Urium, porque sus corrientes según otros muchos arrastraban pepitas de oro. Finalmente los árabes interpretaron o tradujeron esta última palabra por Río de Aceche o del Cobre.

APÉNDICE



NIEBLA

DESCUBRIMIENTO ARQUEOLÓGICO
PROTOHISTÓRICO

A unos tres kilómetros de la ciudad, en el sitio conocido por el Palmarón, un labrador ha descubierto un pequeño dólmen, orientado hacia la salida del sol, cuyo plano pequeño es parecido a uno existente en Cangas de Onís en Oviedo, en forma de una pequeña sartén. Su corredor mide unos seis metros de largo por dos de ancho y metro y medio de altura, siendo de forma de herradura la cámara o dólmen propiamente dicho. Las piedras o pilares del corredor son informes y de tosca labor, alternando las pizarrosas con las de caliza. La gran piedra cabecera de la cámara sepulcral es de dura caliza en forma de mesa redondeada. Los grandes cantos de la cubierta han desaparecido.

En su interior no se han encontrado más que restos de un solo cadáver, con señales de tostadura, rodeados de numerosos guijarros blancos, como tributo de veneración y piedad hacia el difunto. También se han hallado como aduana del muerto y ofrenda de los parientes o individuos de la tribu, una artística ánfora de bronce, de cuello y boca estrechos, con panza ovoide y su única asa formada por acanalados de bronce, terminando en la parte inferior en forma de cola o abanico y por la parte superior con tres cabezas de sierpes. Dicha ánfora es muy semejante a la cerámica de arte púnico encontrada en Formentera, conservando la tradición greco-fenicia en las asas, con el remate en forma de abanico redondeado, semejantes a las que tiene una patera pequeña de plata hallada en Amato, de la Isla de Chipre, actualmente en el Museo del Louvre, en París.

X dos segun ferns garcia de soto (una la vendio
el a los americanos N.Y.)

También se ha extraído del interior del dólmen una fuente de plata redonda y ovalada, quemada y hecha pedazos, exceptuando los bordes, con parecido en su forma a la encontrada con dibujos en un sepulcro de Melusia, en la Isla de Chipre, de origen fenicio, actualmente en el Museo de Berlín.

Asimismo, se ha descubierto una curiosa patera, en forma de brasero, para funciones crematorias, todo de bronce con curiosas asas terminadas por largas y estrechas manos de bronce, con los dedos ligeramente señalados, como de arte incipiente y clavos de bronce en forma de estrellas dobles con remates en forma de hojas de rosas.

Además, se han encontrado, como aduar del difunto, una espada de forma céltica, de bronce, con ligera cruz inicial de empuñadura para su mejor manejo y no cortarse los dedos con los filos.

También han sido halladas varias lanzas de hierro de dos y tres cuartas de largas, para los usos de la guerra, con casquetes para poderlas fijar en palos de madera, como los chuzos actuales, y semejantes en un todo a las lanzas anteromanas encontradas en Almedinilla (Córdoba). También se halló un clavo de hierro de gruesa cabeza.

De todo lo expuesto se infiere que el Monumento o Dólmen descubierto puede asignársele a la Edad de los Metales, unos dos mil años de la antiera, como lo demuestra el haberse encontrado unidos objetos de bronce y de hierro, conservando en su forma viejas tradiciones y señales indelebles de la cremación de cadáveres, cuyos usos fueron frecuentes en la edad de los Metales, pues los huesos humanos y todos los objetos encontrados presentan señales inequívocas de la acción del fuego, incluso el ánfora y la fuente, y la patera, que en forma de brasero sirvió, tal vez, para la cremación, después del banquete fúnebre con el que se honraba la memoria de los muertos. Los huesos humanos serían descarnados primeramente y después tostados al fuego, o ambas cosas. Además, la tierra del dólmen aparece mezclada con las cenizas de la hoguera. No se vieron al principio restos de cerámica roja que después aparecieron alrededor del cráneo del cadáver y algunas hachas de piedra y cuentecitas doradas y de colores, como de collares, y algunos pedazos de bronce con labores. Solamente en una piedra pizarrosa de la galería

En el Museo
las segalo
sim Garcia
desoto

aparece un signo esquematizado, al parecer de figura humana, algo invertido, como en otros monumentos de esta clase, al menos que se trate de algún jeroglífico, a los que eran muy aficionados los hombres primitivos, o de una imperfecta y tosca figura de ídolo dolménico.

De todo lo cual se infiere la importancia del Monumento hallado en Niebla, no sólo para su historia, sino para la de la provincia, por lo cual lo recomendamos a la Comisión de Monumentos.

X. P. B.

[Faint handwritten notes in the lower half of the page, including the word "Niebla" and other illegible scribbles.]

UN SABIO EN NIEBLA

Ahora que tanto se habla de turismo, Arqueología y Museo en las columnas de este «Diario de Huelva», voy a ocuparme de una persona que apenas la nombra nadie. ¿Por qué? Misterio. De una persona a la que no voy a halagar si no a hacerle justicia.

Hace ya tiempo en un viaje que hice a Niebla, me presentaron a «un cura», don Cristóbal, como le dice el pueblo cariñosamente, al cual rogué me enseñara algunas antigüedades, de las que, según me dijeron, tenía, pues soy muy aficionado a estas cosas. A los dos minutos de estar en su casa comprendí que me hallaba ante una persona extraordinaria. Su conversación llena de verdades y su cultura tan enorme, ya que comprende no sólo la Arqueología, sino también Astronomía, Numismática, Ciencias, etc., me atrajo extraordinariamente. Al entrar en su casa es preciso «quitarse el sombrero», como vulgarmente se dice.

Don Cristóbal es un sabio y parece mentira que un señor de tantos conocimientos esté en un pueblo tan humilde como Niebla, cuando hay tantos ignorantes en las principales provincias de España ocupando puestos inmerecidos, como ocurre, por ejemplo, en algunos Museos cuyos directores no saben distinguir una moneda árabe de otra romana ¡el colmo! Y, sin embargo, este señor, a pesar de estar enfermo, continuamente está escribiendo libros, verdaderas joyas literarias y recogiendo tantas riquezas arqueológicas como existen en Niebla, permanece olvidado y solamente se preocupan en sus artículos de alabar a los extranjeros.

El motivo que principalmente me ha hecho tomar la pluma, han sido ciertos párrafos que el señor García escribe en su elocuentísimo artículo: «Huelva y el Ubai-Oria de los iberos». ¿Cree el lector que un señor que hace mucho tiempo ostentaba, como he podido leer, los siguientes títulos: Presbítero; Párroco de Ntra. Sra. de la Granada de la ciudad de Niebla; Procurador de los Tribunales Civiles del Reino; Individuo correspondiente

de las Reales Academias de Ciencias y Letras de Córdoba, Burdeos, Málaga y Toledo; de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, de la Real Academia Hispano-americana de Ciencias y Bellas Artes de Cádiz; Capellán de Honor honorario de S. M.; Socio de Honor de la Colombina Onubense y otra multitud de títulos que no quiero mencionar, puede ser algún ignorante o no conocer la Historia de Huelva? Además, como he dicho anteriormente, don Cristóbal ha escrito multitud de libros que son admirados por el mundo cultural.

Y, termino, porque de seguir nombrando obras y hechos de don Cristóbal, o X. P. B., como firma actualmente en «Diario de Huelva», ocuparía gran parte de este simpático diario.

Lector: si algún día te preguntan algo sobre Niebla, no dudes nunca de decirle, señalando a sus rojizas murallas: ¡ahí vive un sabio! humilde como todos los sabios; es español y, por eso está olvidado por sus compatriotas; si fuera extranjero, aunque no supiera la centésima parte, se le pondría por las nubes. ¡Así somos los españoles; ensalzamos al extranjero y olvidamos al compatriota! ¡Así está España y así está Niebla!

T.

LA SANTA PATRONA DEL SOCIALISMO DEMOCRÁTICO

A las juventudes de Niebla.

En los principios del siglo IX dominaban en la vieja Lebla los almoravides, venidos de las regiones ardorosas del Sahara a España. Como raza tolerante y amistosa se avino admirablemente con los cristianos de la Cora de Lebla, hasta el extremo que según algunos historiadores, las mezquitas y otros edificios destinados al culto, se dividían amigablemente sin fanatismo alguno entre cristianos y musulmanes, con la debida separación, para que cada cual diese culto al dios de sus ideales y amores, los unos a Jehová y los otros a Alá.

En esta época venturosa de paz, engrandecimiento y tranquilidad vivía en Lebla un matrimonio, el marido, varón cristiano, descendiente de los godos o francos y la esposa de raza árabe, los cuales afortunadamente tuvieron dos hijos, llamados María, la mayor, y el segundo Walo, el más pequeño.

Criados ambos niños en aquella atmósfera de paz y convivencia, al ser llevados por sus padres a la ciudad de Córdoba, la Atenas de Occidente, para su mejor educación, arrastraron consigo los ideales y máximas sabias de democracia tolerante, social y cristiana en las cuales se habían educado, según las modalidades evangélicas: «Amad al prójimo como a vosotros mismos aunque sean vuestros enemigos». ¡Notable!

Mas, en aquellos oscuros tiempos, reinaba a la sazón como en los nuestros, en aquella populosa ciudad, el más grande despotismo de ideales, sostenidos por los califas, haciendo las veces de persecutor como siempre el caciquismo que tenía las riendas del poder y que podía cantar y enseñaba gritando la máxima, entre nosotros moderna y despótica: «Los libres ideales odio en alta voz y muera quien no piense igual que pienso yo».

Los dos jóvenes nacidos en Elepla defendieron, como dos paladines poderosos, la verdad contra el error y protestaron

enérgicamente contra el fanatismo musulmán, en formas respetuosas y educadas, pero ambos pagaron su atrevimiento con la vida, que dieron generosamente y con el más alto valor, para defender la gran democracia, la de Cristo, que comía y se reunía con los pobres y pecadores.

Walo, al fin, fué degollado y quemado vivo, por defender los ideales de sus amigos, que gemían en Córdoba la más cruel persecución, y su hermana María fué condenada con su amiga Flora a ser decapitada por el verdugo, en la extensa plaza que precedía a las puertas del palacio imperial, ante la presencia de las airadas multitudes.

María, la heroína del socialismo cristiano, el más alto valor de las mujeres y doncellas de Lebla, antes de morir, fué sometida a crueles tratamientos y finalmente se la redujo a las mazmorras o cárceles públicas, en revuelto consorcio con criminales de todos matices, delinquentes político-sociales, y hasta torpes mujeres de vida airada.

Sujeta aquella joven hermosa, débil y delicada por una fuerte cadena de hierro, como si fuera un ser facineroso, sólo tenía a sus pies por mullido lecho una gran piedra, que también le servía de dura almohada. Mas allí brilló con inefables resplandores su alma generosa, verdaderamente social y democrática, como el oro purificado en el crisol, rodeado de piedras preciosas.

Mas en aquella lóbrega y oscura prisión fueron tales su abnegación, caridad, humilde resignación, comportamiento y finos modales hacia todos los encarcelados, que bien pronto su paciencia ejemplar conquistó el cariño y respeto de todos los presos políticos y criminales, anarquizantes, comunistas, marxistas y plebeyos, que en todos tiempos han poblado en las grandes urbes humanas del mundo, aunque con distintos nombres y modos, pues siempre ha habido heces o hiel en las sociedades como en los corrompidos alimentos.

Llegado el momento de partir para el martirio la humilde y buena joven María, como la llamaban, todos a porfía, la consideraron digna de la aureola de la santidad. Los cautivos cristianos le rezaron vísperas y oraciones matinales en su honor, aún en vida y el prelado Eulogio, gran escritor y obispo de Córdoba le dedicó una obrita elogiosa, llamada Aviso o Documento para los Mártires, celebrando ya todos su santidad y

augurando el premio y el galardón divino a sus bondades angelicales.

Pero, donde más brilló el mérito y el cariño a la joven y heroína María, hermana de Walo fué cuando la multitud de los presos sociales y políticos y mujeres de vida airada se hincaron de rodillas ante ella, sollozando y derramando ardientes lágrimas, al despedirla y verla salir de la prisión entre soldados y sicarios, atadas sus blancas manos, para el suplicio del martirio. Besaron sus manos, con dolor y tristeza, y la fimbria de sus pobres vestidos, exclamando a gritos: ¡María, acuérdate de todos nosotros y de nuestras familias hambrientas, cuando estés presente delante de tu Dios en los cielos!...

Desde aquellos momentos los pobres, los políticos, los socialistas y comunistas la proclamaron Santa y quedó hecha voluntariamente patrona de ellos en la sucesión de los tiempos, no en lujosos salones y festines, sino en tristes y tenebrosas cárceles, ante desgracias y desolaciones humanas, como el mayor galardón y corona y esclarecida aureola de su santidad, cual valerosa Judit ante Holofernes.

La noche oscura no hacía mella en las cárceles, porque jamás había entrado en ellas la luz del día. El bochorno, la hediondez y la más completa suciedad reinaba en ellas. Mas de pronto, a los pocos días, sin esperarlo, después del Martirio de María un mandatorio del califa Abderramán, acompañado de algunos soldados de las huestes musulimes y con un farol en sus manos leyó a todos aquellos miserables la orden de la gracia de indulto y amnistía, que recibieron con la mayor alegría, bendiciendo a Santa María, hermana de Walo, porque creyeron firmemente que por su mediación providencial para con el buen Dios de los cristianos, les había concedido el califa la libertad y alegría, según se lo habían pedido al ir a la muerte.

Todavía los obreros socialistas cordobeses celebran la memoria y los triunfos de Santa María de Lebla, proclamada Patrona de ellos en las cárceles de Córdoba.

¡Viva Santa María de Lebla, Patrona del Socialismo! ¡Viva la mujer valerosa de Niebla!

EL ARRABA.

Niebla.

BIBLIOGRAFÍA

LA GRUTA DE LAS MARAVILLAS ANTE SUS SEMEJANTES

Esta obrita científico-geológica de don Cristóbal Jurado, Párroco de Niebla, ilustre colaborador de «Diario de Huelva», ha merecido los siguientes elogios:

«He leído su obra de la Gruta de las Maravillas, que es interesante y de alta conveniencia para el turismo.—Jerónimo Fernaud, Gobernador Civil». «Mis felicitaciones por su curiosa obrita.—F. G. de Valdés». «P. Regional del Turismo. Es una obrita valiosa.—P. Normal de maestros. «Su obra es de gran ingenio y de maravillosa erudición. — Admor. Pral. de Correos». «El Excmo. Sr. Burgos y Mazo se complace en recibir una obra de tanta cultura como revela su autor». «He leído su obra de la Gruta de las Maravillas, que considero de gran interés científico. — José Cruz Auñón, Catedrático de la Universidad de Sevilla». «Su obrita es de gran valía e interés. — Director del Colegio de San Casiano (Huelva)». «Es una obra muy curiosa, fantástica e interesante.—R. Terrades, Director Instituto «Rábida». «Su obra sobre la Gruta de las Maravillas me parece altamente interesante, digna de hacer un elogio de ella.—L. Martínez, Abogado, Archivero, Diputación (Huelva)». «Su obra sobre la Gruta de las Maravillas es interesantísima, y ante ella cabe cantar la copla de «Los campanilleros».—A. L. Tejada, Arcipreste de Aracena:

En la Gruta de las Maravillas
Es donde se admira el poder de Dios.
El cristiano dobla las rodillas
Y el menos creyente reza una oración».

«Su obra es un verdadero estudio científico geológico y será inmortal en Aracena, no igualada por otros. No es una obrita, sino una gran obra.—V. G. Tello, escritor y publicista (Aracena)».

«Hemos hecho muchos trabajos en esta imprenta, pero este de la Gruta de las Maravillas es de gran mérito y ha gustado mucho.—I. Sisó. Imprenta Mariana (Lérida)».

Y el mejor elogio es que don Cristóbal Jurado, la cede para una obra benéfica en Aracena.

C.

UNA OBRA INTERESANTE DE DON CRISTÓBAL

La Academia Pontificia de Lérida, ha impreso la última obra premiada al ilustrado y erudito párroco de Niebla, don Cristóbal Jurado, que hace la décima tercera de su extenso haber intelectual.

La obra del señor Jurado se refiere al culto de la Virgen en los países septentrionales de Europa: la región de Polonia, que guarda los restos del gran astrónomo Copérnico; Finlandia, el país de los lagos y de las canteras de mármol de color de rosa, desde cuyos Santuarios se contemplan a veces los sublimes esplendores de las auroras boreales y el mágico sol de medianoche; Lituania, Curlandia, Estonia y Livonia, en las regiones del mar Báltico, el Mediterráneo del Norte.

Trata también tan curioso y erudito trabajo de las regiones del Oriente: Turquía, Palestina con el Líbano y el Monte Sinaí, y las regiones del Eufrates y el Tigris, los ríos del Paraíso Terrenal; Damasco, Siria y Arabia. Continúa con las naciones de Armenia, donde todavía se encienden ante la Virgen las simbólicas lámparas de huevos de avestruz; Grecia, Albania, Servia, Montenegro, Bosnia, Herzegovina, Bulgaria y Rumanía con sus bandadas de gallos silvestres de que están pobladas las montañas de los Balkanes, y concluye con el monte Athos, en Macedonia, la patria de Alejandro el Grande, que el arquitecto Dinocrates quiso transformar en una gran estatua del gran rey, de mil metros de elevación, llevando en una de sus manos una ciudad con sus torres y almenas y en la otra una cascada de un río formidable. Esta célebre montaña, debido a una ironía de los tiempos, está dedicada a la Virgen María.

Al tratar de la Transcaucasia, se habla de la gran garganta del Dorial, a través de la cordillera caucásica de 8.000 metros de elevación, abierta por cautivos, en cuyas terribles cimas se da culto a la Virgen.

Este notable trabajo de don Cristóbal Jurado, repleto de erudición y curiosidades, ha sido calificado de meritísimo por el ilustre director de la Academia Mariana, monseñor Luis Borrás, y se halla destinado para noticiar el gran culto de María en el mundo, que en vano tratarán de destruir sus enemigos, y difundirlo por España y América.

Felicitemos muy cordialmente al ilustre y sapiente párroco de Niebla por esta nueva y magnífica aportación de su talento.

X.

NIEBLA, CIUDAD DE TURISMO

I

Entre los pueblos más vetustos de la provincia de Huelva y cerca de esta capital, se destaca indudablemente la ciudad de Niebla, de gran abolengo histórico y prehistórico, sólo aventajada por la ciudad de Tartesia en las marismas del Coto de Oñana, a orillas del Guadalquivir.

Los pueblos originarios del Asia, que vinieron a España por el Sur y Estrecho o Itsmo de Gibraltar (Ligures, Iberos, Fenicios) dejaron huellas imborrables, durante la edad Neolítica (Piedra Pulimentada) y siguientes. Lo cual se acredita por el descubrimiento de la Gruta protohistórica, en el sitio de los Bermejales, recientemente descubierta y aun no concluída de explorar, donde innumerables objetos de piedra, restos de cerámica roja y estiletes de pizarra negra, para los dibujos triangulares de las vasijas de barro cocido, dan idea de haber sido un taller comercial de aquellos oscuros tiempos, no mina como erróneamente se ha dicho.

Las osamentas y dientes encontrados en ella de grandes dimensiones, delatan la riqueza de la fauna de las orillas del Tinto, como el Elefas-Primigenius, la Hiena Crocuta, el Gran oso de las Cavernas, que todavía se ve en Alaska, (América del Norte), el Félix Speleus o león de largas melenas y otros animales, con los cuales el hombre primitivo sostuvo luchas horribles y trasladó después a la Cueva de los Bermejales, para comérselos al fuego, en unión de la tribu.

Debido a las luchas con las fieras, la caverna tiene un tragaluz o entrada, en la parte superior, indudablemente para evitar la acometida de tan terribles enemigos como se ve en otras cuevas. Por el lado de Occidente, la puerta de la caverna tiene un canto enorme, que tal vez le serviría de puerta para cerrar la abertura por aquel lado.

Además hay como recuerdo de aquellas Edades, a unos ocho kilómetros próximos a la población, el Gran Dolmen llamado de

La Lobita (de la Dehesa en que se encontró), primeras construcciones del hombre después de las Cavernas, uno de los mejores de España, restaurado convenientemente por el que fué su propietario don Armando de Soto. Soberbia construcción, de unos tres mil años de fecha, en el período Eneolítico, comienzo de la Edad de los Metales. Habiendo un pequeño Museo Arqueológico junto al mencionado monumento, con los objetos prehistóricos hallados en él. Se considera digno de ser visitado por los Turistas, así como la Cueva de los Bermejales, para tener una idea de las costumbres y construcciones artísticas de aquellos remotos tiempos.

La Fundación de la Ciudad de Niebla sobre un promontorio de piedra, se atribuye a los Celtíberos, mezcla de Iberos y Celtas, que vinieron a la Península por el Danubio y el Rin, que tal vez le dieron el nombre de Ilipa, según el uso de los pueblos de Oriente, de dar a las nuevas regiones que dominaban, los títulos de los países y lugares de donde venían.

A estas gentes se atribuyen el circuito y los primeros cimientos de las vetustas murallas, semejantes a las de Numancia, Osuna y otras ciudades de aquellos tiempos, donde alguien ha creído ver restos ciclópeos como los de Tarragona; sobre todo, en la parte oriental a orillas del Tinto. Estos muros engrandecidos por los Romanos y después por los Arabes, forman un recinto completo uno de los mejores conservados de España, como los de Avila y Tarifa, dando a la ciudad un aspecto grandioso medieval y belicoso, que llaman poderosamente la atención del viajero.

Se cree y con razón, que desde muy antiguo estaba aquí el embarcadero de los minerales de los yacimientos de Río Tinto, que transportaban y bajaban por el río en balsas de madera, sobre cueros inflados, como se usó en remotos tiempos en el Eufrates y el Tigris, especialmente desde la época cartaginesa muy dados a los puertos, viéndose en la parte oriental del Tinto, un gran embalse y una gran escalinata y puerta para bajar al río, con su Torre de Oro, nombre tal vez tradicional para el vigía; cuyo puerto indudablemente fué visitado por la flota de Hirán con sus buques o bageles tirremes, para llevar la plata y el oro del Tharsis, para el gran templo de Salmón.

Se sabe que el almirante cartaginés Himilco estuvo por estos sitios.

II

Mas en la ciudad de los Decuriones romanos, Condes o Jefes militares visigodos, Walies o Reyes árabes, Santos como Walo y María, Obispos que asistieron a los célebres concilios de Toledo y Condes de Niebla, que marchó al unísono con la ciudad de Sevilla en la historia medieval, nos ha legado interesantes recuerdos del paso de aquellas generaciones.

En el patio de los naranjos de la antigua mezquita, actualmente iglesia de Santa María, fundada por Alfonso el Sabio, el párroco don Cristóbal Jurado tuvo la feliz idea de reunir a los pies de la torre árabe almohade del siglo XII, importantes objetos arqueológicos, de varios siglos, donde se ven acumulados capiteles romanos, godos, árabes y cartagineses, sin excluir los del Renacimiento, diseños de templos romanos, columnas y tablas ornamentales de la catedral goda, de artistas bizantinos, cuadros de azulejos policromados de tradición granadina, un San Martín de azulejos de la Escuela italiana, lápida de sarcófago cristiano del siglo II de la Era Cristiana, restos de barandales góticos de piedra de la Torre del Homenaje o de la Reina, curioso ajimez de piedra con la Cruz sobre el mundo, proveniente del castillo señorial, que nos recuerda el descubrimiento de América, cipo o altar romano con recuerdos del Circo, curiosa silla donde según Rodrigo Caro, se sentaban los preladados eleplenses, lápida sepulcral árabe de forma triangular de la gente plebeya, precedido por una curiosa portada de estilo ojival florido, que remata con el escudo señorial de los Condes de Niebla, de los tiempos de la reconstrucción del Alcázar, por el Conde don Enrique IV, de la casa de los Guzmanes, con un tapamento o cierre de madera con clavos ovalados, de los tiempos de la conquista de los Reyes Católicos, de la ciudad de Granada.

Este tesoro artístico arqueológico, se aumenta al entrar en la parroquia de Santa María, fundada en la mezquita oriental por Alfonso el Sabio, ya citado, a la cual se entra por un precioso arco lobulado de estilo árabe de herradura, sostenido por

dos columnas de mármol, viéndose enfrente una curiosa tabla pintada del siglo XV, que representa a Santa Bárbara.

La mencionada iglesia en su interior, revela estilo ojival, edificada sobre la primitiva mezquita abovedada, luciendo artesonado mudéjar de azulejos blancos y azules, tablas y vigas pintadas, de artistas árabes sometidos y un crucero de estilo gótico florido, del tiempo de los Condes de Niebla.

Cabe admirar también en su recinto, el retablo del altar mayor, de severo estilo Renacimiento, con cuadros de la Escuela Sevillana; y en él las imágenes de Nuestra Señora de la Granada y el Cristo dolorido, en la parte superior del mencionado retablo, la primera con símbolos de realeza, pues sabido es, que las imágenes de María sentada, como los reyes, se usaron hasta el siglo XIII y los Cristos doloridos delgados y largos, en forma retorcida, no se empezaron a usar hasta el siglo XIII. Se cree que dichas imágenes fueron traídas por Alfonso el Sabio, a la conquista de la ciudad, pues el nombre de Santa María de la Granada, se usó entonces.

Puede también verse, el retablo borrominesco, al desnudo, del llamado Cristo de la Sangre, parecido al Cristo de Burgos y buenos lienzos de la Escuela Sevillana, perfectas copias de religiosos, tal vez de Zurbarán, y una bonita copia de la Soledad, del divino Morales, cuyo original se encuentra en la Sala Capitular de la Catedral de Toledo.

En la capilla del Sagrario, se admira un interesante relieve de las Angustias del siglo XVI, con delicado sabor místico y una cabeza en el altar del Sagrario, de Jesús Nazareno, que algunos atribuyen a Alonso Cano, por la dulzura de su expresión, el gran artista coetáneo de Mesa y Martínez Montañés.

También existen en el tesoro parroquial, dos buenos Cristos de marfil, uno de ellos, con chapeado de plata, de la Escuela italiana del buen gusto. Las demás imágenes de la iglesia, son esculturas de regular mérito, incluso la de San Walabonso, patrono e hijo natural de Niebla, que corresponden al siglo XVII, en retablos de estilo churrigueresco.

III

Dentro del recinto amurallado del pueblo, se encuentran por todas partes interesantes restos arqueológicos.

En la Plaza de San Martín, se saborean todavía los restos de su Iglesia ojival del siglo XIII, con curiosas pinturas, ya desaparecidas, en cuyo emplazamiento se cree que estuvo la catedral goda de Elepla y no muy lejos, el aula episcopal, antes de los árabes. Esta sede de los preladados, fué convertida por los árabes en mezquita occidental, por cuya portada entró Alfonso el Sabio después de la conquista y que dicho monarca cedió generosamente a los judíos para Sinagoga, (después iglesia cristiana de San Martín); viéndose todavía a la izquierda de su entrada, una capilla almohade destinada al culto, con una antigua imagen, al parecer de piedra, llamada Nuestro Señor de la Columna, obra del siglo XIV, por la poca maestría que revela el artífice y por que como sabemos, hasta el siglo XIII no comenzaron a usarse las imágenes de los Cristos doloridos.

En la misma plaza de San Martín, encontramos la puerta romana, llamada hoy del Socorro con su entrada de arco redondo de gruesos sillares, con dinteles de lo mismo, para puertas de hierro, con una bóveda de entrada en forma de cañón, de gruesos cantos como la portada, rematando la espesa muralla, en almenas cuadradas y puntiagudas, para defensa de los soldados combatientes. Este muro estaba antes precedido de un foso interesante, ya desaparecido, así como los mosaicos romanos de suntuosos edificios anejos, destruidos por la barbarie.

No debemos olvidar, a mediados de la calle antigua de Alcolea, llamada hoy Real, los interesantes frescos del siglo XV, de asuntos bíblicos, en dos casas particulares, antiguas, con fachadas cuadradas, como sus portadas, del tiempo de los Reyes Católicos, que indican claramente que allí hubo establecidas sinagogas judaicas.

Refiriéndonos ahora a la parte del antiguo Alcázar, observamos en la pequeña entrada romana llamada del Agujero, de arco redondo y grandes piedras, muy semejante a la Puerta del Socorro, un lienzo de altísimas murallas del tiempo de los Césares y a sus lados, las soberbias edificaciones del palacio de los decu-

riones, Wabies y Condes de Niebla, conservándose todavía de los tiempos romanos, sus tenebrosas cárceles, depósitos o reclusos de cautivos, con triples pisos unos sobre otros, tal vez para los grados de delincuencia, semejantes a las que existen en Roma, como la Mamertina, con sus estrechas y difíciles entradas en forma cuadrada, como de un tragaluz.

La grandiosa área alargada del Castillo contiene soberbios baluartes y altas torres redondas y cuadradas de gran majestad e impresión, con su torre altísima del Homenaje, (ya destruída por el terremoto de Lisboa de 1.755 y que, según Rodrigo Caro, igualaba en esbeltez a la Giralda de Sevilla. Rodeando a todo el área romana, después Alcázar árabe y mansión señorial de los Condes de Niebla, un grandioso foso de piedra, de difícil escalamiento.

Los recuerdos árabes más interesantes, los encontramos en las puertas de entrada a la ciudad, con sus lados adornados de arquitos lobulados, que miran hacia el Oriente, en dirección a la Meca, santuario del Islamismo. Sus preciosos arcos de herradura, recuerdan el novilunio y la huída del profeta a Medina, en su blanco corcel; y sus bóvedas, el firmamento estrellado, bajo cuyos auspicios obtuvo la victoria de sus enemigos y afirmó la religión mahometana.

La Puerta del Buey, nos trae a la memoria la estratagema del último rey de Niebla, Aben-Mafot, que dejó salir por ella un hermoso buey hacia las huestes del rey cristiano, para demostrar la abundancia de víveres en la ciudad, más no se logró el engaño. La de Sevilla, en dirección y camino de enlace hacia la ciudad de Hispalis, pasando por el puente romano sobre el Orión o río rojo, que algunos creen ser obra del Emperador Trajano, muy aficionado a esta clase de construcciones, y del rico y extenso Aljarafe, y la vía romana que pasa por el Palmarón. La Puerta del Agua, con su notable arco de herradura, que hace alusión a la entrada y contención de las cañerías de agua dulce, potable y rica, para las fuentes de la ciudad y el riego de los extensos jardines públicos y de la mansión señorial o Alcázar, de los espléndidos manantiales de Valdemorales, en unión de otros de Bienvenida por el Norte.

Es digno de visitarse, el Museo que en Puerta del Buey tiene instalado la Escuela Anglo-Hispano-Americana de arqueo-

logía, dirigido por la culta arqueóloga doña Elena Whishaw, donde se ofrecen al turista, colecciones completas y originales, de objetos curiosísimos de las épocas más remotas, entre los que se encuentran restos protohistóricos de la caverna de Los Bermejales.

Es también de tenerse en cuenta el Archivo municipal, donde todavía se conservan los pergaminos de los Reyes de la Edad Media, concediendo privilegios a la ciudad y la colección particular de objetos curiosos y originales, que posee el párroco don Cristóbal Jurado.

Sirva pues esta crónica, de pequeño guía del turista en Niebla, en obsequio del cual se ha hecho esta recopilación, incluyendo la pila de abluciones árabes, un capitel cristiano visigodo y un mosaico romano de gran valor, que se encuentran diseminados por el pueblo, en diferentes casas particulares.

C.

NOTA: La mayor parte de los objetos que se encuentran en el Museo de la Inglesa son reproducciones artísticas, no originales, como torpemente se ha consignado por los copistas, evitándose así engaños arqueológicos, pues muchos originales e interesantes se hallan en los Museos arqueológicos de Londres y Nueva-York.

riones, Walies y Condes de Niebla, conservándose todavía de los tiempos romanos, sus tenebrosas cárceles, depósitos o reclusos de cautivos, con triples pisos unos sobre otros, tal vez para los grados de delincuencia, semejantes a las que existen en Roma, como la Mamertina, con sus estrechas y difíciles entradas en forma cuadrada, como de un tragaluz.

La grandiosa área alargada del Castillo contiene soberbios baluartes y altas torres redondas y cuadradas de gran majestad e impresión, con su torre altísima del Homenaje, (ya destruída por el terremoto de Lisboa de 1.755 y que, según Rodrigo Caro, igualaba en esbeltez a la Giralda de Sevilla. Rodeando a todo el área romana, después Alcázar árabe y mansión señorial de los Condes de Niebla, un grandioso foso de piedra, de difícil escalamiento.

Los recuerdos árabes más interesantes, los encontramos en las puertas de entrada a la ciudad, con sus lados adornados de arquitos lobulados, que miran hacia el Oriente, en dirección a la Meca, santuario del Islamismo. Sus preciosos arcos de herradura, recuerdan el novilunio y la huída del profeta a Medina, en su blanco corcel; y sus bóvedas, el firmamento estrellado, bajo cuyos auspicios obtuvo la victoria de sus enemigos y afirmó la religión mahometana.

La Puerta del Buey, nos trae a la memoria la estratagema del último rey de Niebla, Aben-Mafot, que dejó salir por ella un hermoso buey hacia las huestes del rey cristiano, para demostrar la abundancia de víveres en la ciudad, más no se logró el engaño. La de Sevilla, en dirección y camino de enlace hacia la ciudad de Hispalis, pasando por el puente romano sobre el Orión o río rojo, que algunos creen ser obra del Emperador Trajano, muy aficionado a esta clase de construcciones, y del rico y extenso Aljarafe, y la vía romana que pasa por el Palmarón. La Puerta del Agua, con su notable arco de herradura, que hace alusión a la entrada y contención de las cañerías de agua dulce, potable y rica, para las fuentes de la ciudad y el riego de los extensos jardines públicos y de la mansión señorial o Alcázar, de los espléndidos manantiales de Valdemorales, en unión de otros de Bienvenida por el Norte.

Es digno de visitarse, el Museo que en Puerta del Buey tiene instalado la Escuela Anglo-Hispano-Americana de arqueo-

logía, dirigido por la culta arqueóloga doña Elena Wishaw, donde se ofrecen al turista, colecciones completas y originales, de objetos curiosísimos de las épocas más remotas, entre los que se encuentran restos protohistóricos de la caverna de Los Bermejales.

Es también de tenerse en cuenta el Archivo municipal, donde todavía se conservan los pergaminos de los Reyes de la Edad Media, concediendo privilegios a la ciudad y la colección particular de objetos curiosos y originales, que posee el párroco don Cristóbal Jurado.

Sirva pues esta crónica, de pequeño guía del turista en Niebla, en obsequio del cual se ha hecho esta recopilación, incluyendo la pila de abluciones árabes, un capitel cristiano visigodo y un mosaico romano de gran valor, que se encuentran diseminados por el pueblo, en diferentes casas particulares.

C.

NOTA: La mayor parte de los objetos que se encuentran en el Museo de la Inglesa son reproducciones artísticas, no originales, como torpemente se ha consignado por los copistas, evitándose así engaños arqueológicos, pues muchos originales e interesantes se hallan en los Museos arqueológicos de Londres y Nueva-York.

HALLAZGO PREHISTÓRICO INTERESANTE

Poco a poco se va reconstituyendo la venida del hombre primitivo a nuestra provincia de Huelva. Primero por el descubrimiento feliz de la Cueva de la Mora en Jabugo, habitada por agrícolas en el período francamente neolítico, hará tal vez unos seis mil años, en cuyo período el hombre usaba todavía como habitación las cavernas y sostenía grandes luchas con las fieras si bien con más ventaja que en el período de paleolítico anterior, debido a la invención de armas y útiles de piedra que le daban una escala superior para la lucha.

Segundo, por el hallazgo del Dólmen de la Lobita que algunos suponen obra de la raza Ligur, después de las Cuevas en el período de transición eneolítico, cuya gente vivió ampliamente en las cercanías del Lago Ligústico, marismas de Almonte, cuyo nombre se perpetúa a través de los siglos, asignándosele al dólmen la fecha de tres mil años antes de Cristo, de cuyo tiempo es la fecha de la Cueva de los Bermejales de Niebla, y tercero por el hallazgo reciente en esta ciudad de sepulturas Ibéricas del período neolítico, que revelan el paso de emigraciones entre nosotros de razas arias o africanas que vinieron por el Istmo o Estrecho de Gibraltar.

En las dichas sepulturas ibéricas descubiertas en un corral de la calle Sagasta, los cadáveres aparecen metidos en cuclillas en grandes tinajas como las descubiertas en Argar, con inducción de algunos útiles domésticos.

Se trata de enterramientos ibéricos del Neolítico inferior semejantes a los que se usaban en Asiria, Caldea y otras regiones del Oriente, cuyo paso por estas regiones está además acreditado con moldes encontrados de la Palmera Asiria y un vaso de piedra con los grabados de la cigüeña y la flor del

Loto, escena de las riberas del caudaloso Nilo descubiertos en Niebla.

Recomendamos a la Comisión de Monumentos su interés por el curioso hallazgo de los sepulcros ibéricos hallados en Niebla, no vaya a suceder lo que con el busto de la dama de Elche, que, debiendo estar en España, aparece ahora en el Museo de Louvre en París.

Además se trata de cosa de interés para determinar la Historia de la venida de los hombres primitivos o aborígenes, a la provincia de Huelva.

NIEBLA

GARCIA SANCHIZ

El ilustre e incomparable charlista Federico García Sanchiz, aprovechando su estancia en Huelva con motivo de la charla dada en el Gran Teatro, ha estado en esta histórica ciudad.

El erudito y culto párroco de Niebla, don Cristóbal Jurado, obsequió al insigne valenciano y le donó algunas de sus curiosas obritas, que le merecieron frases de admiración y aprecio.

García Sanchiz, agradecido a esta ilustre gentileza de nuestro sabio párroco, le ha remitido el siguiente autógrafo:

«Al señor don Cristóbal Jurado Carrillo, Pbro., y de la Academia de la Historia, etc. Niebla (Huelva).

Para el álbum del insigne historiador, don Cristóbal Jurado Carrillo, con la admiración y el afecto de s. s. s.—F. G. S.

Olivos

Los olivos, árboles de Jesús, porque su jugo es a un tiempo luz, alimento y bálsamo, como son bálsamo, alimento y luz las doctrinas de Cristo.—*Federico García Sanchiz*—Sevilla, julio 935».

Felicitemos a nuestro párroco, colaborador ilustre de «Diario de Huelva» por esta grata deferencia del gran charlista español.

C.

AUTOGRAFO DEL PADRE FIDEL FITA
SABIO DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA DE LA
HISTORIA, QUE ACOMPAÑABA A SU RETRATO

«AL SR. D. CRISTÓBAL JURADO, SABIO PÁRROCO
DE NIEBLA, FUNDADOR DEI MUSEO ARQUEOLÓGICO
EN SU PARROQUIA»

Madrid 9 de Agosto de 1916.
Fidel Fita, S. J.

INDICE DE MATERIAS

	<u>Págs.</u>
La Banda del Mariscal	5
La Torre del Oro	9
La Cruz de los Mozos	14
El Santo Cristo de Mateo	18
La Cruz del Sable	21
Santa María de Niebla	24
La Torre de las Cigüeñas	29
San Walo de Elepla.	33
La Breva de San Walabonso	37
San Martín de Niebla	41
La Puerta del Socorro	44
El Arbol de la Virgen	48
La Cruz de los Ajusticiados	50
El Homenaje	53
El Cristo de la Palmera	58
El Pino de la Virgen	61
El Caballo de Abu-Said	64
La Virgen del Pino	67
A la Ciudad de Niebla	71
El Decurión de Ilpula	75
La Ciudad de Niebla (Hipla).	80
El Escudo de Niebla	83
La Necrópolis Pre-Romana	85
Una Excursión a Niebla (E. Triunfal)	88
Homenaje a D. Cristóbal	93
Acto de Justicia	97
La Feria de Niebla	100
¿Caverna Prehistórica?	102

	<u>Págs.</u>
La Sinagoga de los Judíos de la Ciudad de Niebla . . .	105
El Diván de las Mentiras	114
Diente Notable.	119
Excursión Histórica.	122
Hallazgo Arqueológico Prehistórico	127
La Fuente del Duque	131
La Torre del Buey	135
Las Abejas del Santuario	138
El Párroco de Niebla	142
Visita de Príncipes	144
Hallazgo Arqueológico en Niebla	149
Ateneo Popular.	153
Crimen descubierto, o el Dolmen de «La Lobita».	157
El Camapé de la Reina	160

APENDICE

	<u>Págs.</u>	
Descubrimiento Arqueológico Protohistórico	163	x Palmero
Un sabio en Niebla	166	
La Santa Patrona del Socialismo Democrático	168	
La Gruta de las Maravillas ante sus semejantes	171	
Una obra interesante de D. Cristóbal	173	
Niebla, ciudad de turismo	175	
Hallazgo prehistórico interesante	182	x Argar ?!
García Sánchiz	184	
Autógrafo del sabio Padre Fidel Fita, S. J.	185	

Agar S. 182.

UNIVERSIDAD DE HUELVA
BIBLIOTECA



0000127883